This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

52. c. 28

COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

Tomo VI.

EL LIBRO

DE LOS CANTARES,

COMPUESTO POR

D. ANTONIO DE TRUEBA.

Yo soy un ciego que ve.

LEIPZIG:
F. A. BROCKHAUS.

1860.

LIBRARY OF THE TAYLOR INSTITUTION
15 NOV. 1944
OF OXFORD

AL SEÑOR D. ANTONIO DE COMINGES

DEDICO ESTE LIBRO, EN TESTIMONIO DE CARIÑO Y AGRADECIMIENTO, SU AMIGO EL AUTOR.

PROLOGO DE LA SEGUNDA EDICION.

El pueblo es un gran poeta, porque posee en alto grado el sentimiento, que en mi concepto es el alma de la poesía. Su espresion es comunmente desaliñada; pero en cambio siente mucho y apénas hay género de poesía que no le sea familiar. Por la mañana le veréis en una procesion elevando piadosos himnos á la «madre del amor hermoso,» dulcísimo nombre que el instinto poético del pueblo cristiano ha dado á la madre de Jesus; — por la tarde le hallaréis en las riberas del Manzanares entonando seguidillas llenas de picaresca sal; — y por la noche le oiréis cantar su amor bajo la ventana de su novia, suavizando con sus lágrimas las cuerdas de su guitarra; — unas veces respeta la gramática y otras la destroza; — tan pronto se remonta á las nubes como se arrastra por el suelo; — ora es púdico como una vírgen y luego es obsceno como una ramera; — pero casi siempre es original y poeta, en todo halla poesía, todo es objeto de sus cantares.

El pueblo va narrando en verso la historia de su corazon, en presencia de los sucesos, como narraba Ercilla, el poeta oriundo de mis queridas montañas, la conquista de Arauco.

En las coplas populares veo yo algo mas que coplas: veo amores desdeñados y amores correspondidos, traiciones y fidelidades, placeres y dolores, alegrías y tristezas. Cada copla popular es para mí un capítulo de la historia de un corazon.

Los recuerdos de mi niñez suministran ejemplos que justifican estas opiniones.

En la falda de una de las montañas que cercan un valle de Vizcaya hay cuatro casitas, blancas como cuatro palomas, escondidas en un bosque de castaños y nogales; cuatro casitas que desde léjos solo se ven cuando el otoño ha quitado á los árboles sus hojas. Allí pasé los primeros quince años de mi vida.

En el fondo del valle hay una iglesia cuyo campanario rompe la bóveda de follaje y se alza majestuoso sobre los nogales y los fresnos, como si quisiera significar que la voz de Dios se eleva sobre la naturaleza; y en aquella iglesia se dicen dos misas los domingos, una en cuanto sale el sol y la otra dos horas despues.

Los jóvenes nos levantábamos con el canto de los pajaritos y bajábamos á misa primera, cantando y saltando por los sombríos rebollares, y los ancianos bajaban luego á misa mayor. Miéntras iban á esta nuestros padres y nuestros abuelos, sentábame yo bajo unos cerezos que habia frente á la casa paterna, porque desde allí se descubre todo el valle que finaliza en el mar, y poco despues iban á buscarme cuatro ó cinco muchachas, coloradas como las cerezas que pendian sobre mi frente ó como los airosos lazos de sus largas trenzas de pelo, y me hacian componerles coplas para cantar á sus novios por la tarde, al son de la pandereta, bajo los nogales donde bailábamos los jóvenes y conversaban los ancianos regocijándose con nuestro regocijo.

Recuerdo que un dia una de aquellas muchachas estaba muy triste porque su novio iba á ausentarse por largo tiempo, y deseaba un cantar que espresase su tristeza, y que á instancias suyas compuse. Pocos dias despues, aquella misma muchacha ya no necesitaba mi ayuda para cantar sus tristezas.

Conforme se habian aumentado estas, se habia aumentado su aptitud para cantarlas, porque la poesía es hija del sentimiento. Sus cantares, lo mismo que el que yo le compuse, no tardaron en ser populares en el valle.

Otra mañana, vi sentada, bajo los árboles que dan sombra á la iglesia de mi aldea, una jóven forastera de tan peregrina hermosura que jamas se apartará su imágen de mi memoria. No comprendí entónces el sentimiento que me inspiró; pero, concluida la misa, seguí con la vista á aquella jóven hasta que la vi desaparecer allá á lo léjos en el laberinto de una arboleda, y volví á casa poseido de una tristeza que en muchos dias no me fué dado vencer. Durante aquellos dias, sentado en la cumbre de una colina desde donde se descubria el camino que tomó la peregrina forastera, compuse muchos cantares que espresaban algo de lo que mi corazon sentia. Diez años mas tarde, pasando por un pueblo de Castilla, oí con profunda emocion uno de aquellos cantares á una jóven que estaba tendiendo ropa á la orilla de un arroyo.

Una tarde, cuando doraba la cumbre de las montañas «el sol de los muertos», que así llaman en mi país á los últimos resplandores que el sol despide al tocar en el ocaso, me hallaba yo conversando, en casa de un rico labrador de mi aldea, con una niña de quince años, dulce y delicada como una sensitiva. La niña cosia al lado de un balcon. Una voz melancólica, en la que reconocí la de uno de mis compañeros que me habia revelado su amor á la niña y la oposicion que en los padres de esta encontraba á causa de su pobreza, cantó en el castañar inmediato:

«Ojos de color de cielo,
azules como los mios,
no perdáis las esperanzas,
que yo no las he perdido.»

La niña se estremeció al oir este cantar y me pareció que asomaban dos lágrimas á sus ojos azules. Entónces, respetando su emocion, me despedí de ella, y al pasar

bajo sus balcones, la oí cantar con acento tembloroso y conmovido:

«No pierdo las esperanzas
ni tú las pierdas, amor,
que tú solito, solito,
reinas en mi corazon.»

Aquella niña, dulce personificacion del sentimiento y la pureza, es el tipo que despues he tenido presente al pintar las vírgenes de ojos azules que ocupan el primer término en mis desaliñados cuadros.

Una noche de noviembre me alejaba yo de mi aldea ¡tal vez, Dios mio, para nunca mas volver! Caminaba, caminaba por el valle arriba con los ojos arrasados en lágrimas. Comenzaban á cantar los gallos, ladraban los perros, lloraban los cárabos en la montaña, gemia el viento en las copas de los nogales y mugia furioso el rio, despeñándose por el valle abajo; pero dormian apaciblemente los moradores de la aldea, escepto mis padres y mis hermanos que asomados á la ventana, seguian llorando el ruido de mis pisadas, próximo á desvanecerse entre los rumores del valle. Iba á dejar atras la última casa de la aldea, cuando se asomó á sus ventanas una de aquellas muchachas que tantas veces habian ido á buscarme bajo los cerezos, y se despidió de mí sollozando. Al trasponer una colina, próximo á perder de vista el valle, oí un canto lejano y me detuve. Aquella misma muchacha me enviaba su último adios en un cantar tan bello como el sentimiento que le inspiraba!

Mas tarde, cuando pude darme razon de ciertas cosas que ántes no habia comprendido, y cuando quise examinar la poesía desde el punto de vista del arte, evoqué todos estos recuerdos y... — «¡hé aquí, me dije, la historia de los cantares populares!»

Muchas veces, soñando con mi país, que ese es mi sueño perpetuo, me figuro el momento en que Dios me permita tornar al valle en que nací. «Cuando eso suceda, me digo,

habrá ya arrugas en mi frente y canas en mi cabeza. Será un dia de fiesta aquel en que yo torne á mi valle nativo, y al trasponer la colina desde la cual se descubre por completo, oiré repicar las campanas á misa mayor. ¡Qué dulcemente resonarán en mi oido aquellas campanas que tantas veces me llenaron de alborozo en mi niñez! Penetraré en el valle con el corazon palpitante, la respiracion difícil y los ojos arrasados en lágrimas de regocijo. Allí estará, con su blanco y sonoro campanario, la iglesia donde vertieron sobre la frente de mis padres y la mia el agua santa del bautismo; — allí estarán los nogales y los castaños á cuya sombra bailábamos los domingos por la tarde; — allí estará la sebe donde mis hermanos y yo buscábamos nidos de pájaros y hacíamos silbos con la corteza del castaño y del nogal; — allí, sobre las estradas, estarán los manzanos cuya fruta derribábamos á pedradas mis compañeros y yo cuando íbamos á la escuela; — allí estará la casita blanca donde nacimos mis abuelos, y mi padre, y mis hermanos y yo; — allí estará todo lo que no siente ni respira; pero ¡dónde estarán, Dios mio, todos aquellos que con lágrimas en los ojos me dieron la despedida tantos años há! Seguiré, seguiré por el valle abajo. Conoceré el valle, pero no sus moradores! Ved si habrá entre los dolores un dolor mas grande que el mio! Las gentes reunidas en el pórtico de la iglesia esperando el momento de entrar á misa, se asomarán al pretil que da sobre la calzada, y otras gentes se asomarán á las ventanas, todas para ver pasar al forastero. Y ni ellas me conocerán, ni yo las conoceré, que aquellos niños, y aquellos mancebos y aquellos ancianos, no serán los ancianos, ni los mancebos ni los niños que yo dejé en mi valle nativo! Seguiré, seguiré tristemente por el valle abajo. «Todo lo que sentia, esclamaré, se ha modificado ó ha muerto! ¿Qué es lo que conserva aquí puros é inmaculados los sentimientos que yo infundí?» Y entónces alguna aldeana entonará uno de aquellos cantares en que yo encerré los sentimientos mas hondos de mi alma, y al oirla, mi corazon querrá saltar del pecho, y caeré de rodillas, y si la emocion y los sollozos no embargan mi voz, esclamaré: — «Santa

y tres veces santa, bendita y tres veces bendita la poesía que inmortaliza el sentimiento humano!»

Desde mi niñez ha sido mi embeleso la poesía popular, desde mi niñez han derramado en mi alma inefables delicias esas coplas desaliñadas, pero ingenuas, y frescas y gratas como las alboradas de San Juan, que el pueblo compone y canta para espresar sus alegrías y sus tristezas, sus placeres y sus dolores, sus amores y su fe, su patriotismo y sus glorias. Por eso he compuesto este libro.

No busquéis en este libro erudicion, ni cultura, ni arte. Buscád recuerdos, y corazon y nada mas. Quince años há que dejé mi solitaria aldea, quince años há que en lugar de cantar bajo los cerezos del país nativo, canto en esta Babilonia que se alza á orilla del Manzanares; y sin embargo aun me entretengo en contar desde aquí los árboles que sombrean la casita blanca donde nací y moriré, si Dios quiere; aun se parecen mis cantares á los de quince años há. ¿Qué entiendo yo de griego ni de latin, de preceptos de Aristóteles ni de Horacio? Habládme de cielos y mares azules, de pájaros y enramadas, de mieses y árboles cargados de dorada fruta, de amores y alegrías y tristezas del pueblo honrado y sencillo, y entónces os comprenderé, porque de eso nada mas entiendo.

No faltará quien encuentre pueril el lenguaje en que generalmente espreso mis pensamientos. No hay lenguaje mas pueril que el del cariño y la inocencia, el de las madres y los niños; pero ¿dónde hay mas pureza y sentimiento que en los niños y las madres?

La mayor parte de los versos que contiene este libro se han compuesto de memoria, soñando con mi país y vagando por el Retiro, por la Florida, por la montaña del Príncipe Pio, por la casa de Campo, por la vírgen del Puerto, por las praderas del Canal, por Lavapiés y el Barquillo, por donde quiera que cantan pájaros y ostenta el pueblo sus virtudes y sus vicios, que de todo tiene el noble pueblo español. Con este sistema ha perdido el arte, pero ha ganado el sentimiento.

En resúmen: he compuesto mis cantares como sé, á la buena de Dios, como el pueblo compone los suyos.

Si en el *Libro de los cantares* he cantado y he llorado muchas veces las dichas y las desdichas ajenas, tambien he cantado y he llorado las mias, porque en mi vida hay algo que cantar y mucho que llorar! ....

INDICE.

	Pág.
Prólogo	VII
1. Introduccion	1
2. El ramo del soldado	7
3. La primera verbena	10
4. Desde balcon á balcon	15
5. Los ojos de la morena	18
6. La niña de ojos azules	19
7. La niña de ojos negros	24
8. A la orilla del arroyo	29
9. Amor sin esperanza	31
10. Bienaventurados los que creen	35
11. A oscuras	40
12. El adolescente	42
13. La perejilera	45
14. La ausencia	46
15. La serrana	48
16. La rosa entre las rosas	49
17. A Inarco Celenio	51
18. La romería	56
19. La gorra de pelo	61
20. A la luz de las estrellas	69
21. La mancha de la mora	71
22. Contra tristeza, cantares	80
23. La ordenanza militar	86
24. Oros son triunfos	88
25. La casa donde vivió	91
26. Las muchachas de Sanlúcar	93
27. La vida de Juan soldado	100
28. Castigo de Dios	117
29. Gente morena	124
30. La vida y la muerte	126

Pág.
31. Antonia la cigarrera 130
32. Cuando nació la princesa 133
33. La Sanjuanada 135
34. El labrador 141
35. Corazones partidos 142
36. La primavera 148
37. Con buen fin 151
38. Cárlos el de Lavapiés 154
39. Melancolía 159
40. Amor de los amores 162
41. Glorias de la mujer 166
42. Amor inmortal 171
43. Las flores para la Vírgen 174
44. La cacería 177
45. Las madres 183
46. Lo mejor de las niñas. 189
47. Los desengaños 190
48. Cadenas de oro 201
49. Duerme en paz! 206
50. Periquito entre ellas 208
51. Una y no mas 214
52. Los doblones 215
53. Noche-buena 219
54. La Guardia civil 224
Apéndice 233

EL LIBRO
DE LOS CANTARES.

1.[1])

INTRODUCCION.

I.

Vosotros los que bajáis
el domingo por la tarde
á bailar en las alegres
praderas del Manzanares,
¿no habéis visto en la Florida,
medio oculta entre el ramaje,
la pobre casita blanca
de Anton el de los cantares? —
Sobre su puerta una parra
sus hojas pomposa esparce,
ora brindándome sombra,
ora racimos brindándome,
y á mi ventana se inclinan
los guindos y los perales
para que su dulce fruta
desde la ventana alcance.
En torno de mi casita
exhalan su olor fragante
siemprevivas y claveles,
azucenas y rosales,

1) Por la numeracion arábiga que llevan las composiciones se hallarán íntegros en el Apéndice los cantares glosados, y cuantas aclaraciones han parecido al autor convenientes.

y cuando el alba despunta
música vienen á darme
entre la verde enramada
de mi ventana las aves.
A la ventana me asomo
apénas el dia nace
para entonar desde allí
la salutacion del ángel
á nuestra santa patrona
la del histórico adarve
y un himno de bienvenida
al sol de Dios cuando sale;
y sin envidia contemplo
el regio alcázar gigante
que señorea mi dulce
ribera del Manzanares.
¡Noble Reina de Castilla!
yo te tributo homenaje
porque á su Dios y á su rey
reverenciaron mis padres,
porque ademas de ser Reina
el corazon tienes grande,
porque ademas de ser buena
eres mujer y eres madre;
mas yo aunque pobre, no envidio
tus opulentos alcázares,
pues la paz del corazon
no está en las moradas reales,
que está en la casita blanca
de Anton el de los cantares.

II.

En el fondo de mi alma
hay dolores, y muy grandes!
Unos, los saben los hombres,
otros, solo Dios los sabe!
Mas rara vez mis dolores
recordaré en mis cantares,

que ya no tengo esperanza
de que los alivie nadie
y... ¡dónde el mortal está
que al atravesar el valle
no ha encontrado entre las flores
alguna espina punzante!
Los cantos son el destino
que al Señor le plugo darme,
pues, niño inocente, ya
cantaba en las soledades
que con sus eternas olas
el mar de Cantabria bate.
«—Quién te ha enseñado á cantar?»
me preguntan todos. — Nadie:
yo canto porque Dios quiere,
yo canto como las aves.
Si alguien pregunta quién soy
al escuchar mis cantares,
oíd la sencilla historia
con que debéis contestarle:
Por la orillita del rio,
del rio de Manzanares,
al compas de mi guitarra
me fuí cantando una tarde,
y vi en la vírgen del Puerto
á la sombra de los árboles,
un niño que sonreia
en el seno de su madre.
Latiendo mi corazon
de gozo, fuí á acariciarle,
porque los niños hermosos
se parecen á los ángeles
y con los ángeles sueño
vagando en mis soledades.
Echóme sus bracecitos
al cuello el niño al instante,
poniendo en mi faz morena
su labio rosado y suave,

y al tornar al dulce seno
de su madre esclamó: — «Madre,
pues si es un ciego que ve
Anton el de los cantares!»

III.

Yo soy un ciego que ve,
la verdad dijo aquel ángel.
Con mi guitarra apoyada
sobre el corazon amante,
cuyos ardientes latidos
son sus únicos compases,
me veréis siempre vagar
desde la ciudad al valle,
desde la choza del pobre
al palacio del magnate,
llorando con los que lloren,
cantando con los que canten,
que mi rústica guitarra
es el eco perdurable
de todas las alegrías
y de todos los pesares.
Mis cantos entonaré
en el sencillo lenguaje
del labrador y el soldado,
de los niños y las madres,
de los que no han frecuentado
doctas universidades,
de todos los que no entienden
pomposas y cultas frases,
pues me basta que se entiendan,
y alguna lágrima arranquen,
y agiten los corazones
con sentimientos leales,
á la benéfica sombra
de las encinas del valle
ó en las veladas de invierno
en torno de los hogares.

Yo ensalzaré en ese idioma
la fe y los santos combates
de los soldados de Cristo
con el sacrílego alarbe;
yo cantaré los heróicos
esfuerzos de nuestros padres
para domar las soberbias
legiones de Bonaparte:
y la hermosura del cielo,
y las flores de los valles,
y el amor y la inocencia,
todo lo hermoso y lo grande
en mi rústica guitarra
tendrá un eco perdurable.
En la populosa villa
no habrá verbena, ni baile,
ni serenata, ni fiesta
en que yo alegre no cante.
Para mí una historia tienen
cada plaza y cada calle,
que el amor y el heroismo
me han mostrado sus anales
y en ellos he hallado historias
aun no contadas por nadie.
Los de corazon sensible,
si esas historias os placen,
cercád la casita blanca
de Anton el de los cantares.

IV.

¡Oh vírgen de la Almudena
que desde tu antiguo adarve
presides, siglo tras siglo,
las fiestas del Manzanares!
Invoque el cantor pagano
sus falsas divinidades,
que yo soy cristiano, y debo
la inspiracion demandarte.

Préstame, santa Patrona,
aliento para que ensalce
la fe y la gloria del pueblo
que patrocinas amante. —
Débil, inocente niño,
vertiendo llanto á raudales,
me arrancó la desventura
del regazo de mi madre,
y busqué en tu villa quien
mis lágrimas enjugase.
Quince años há que discurro
por sus plazas y sus calles,
como mis padres honrado
y pobre como mis padres.
A veces me faltan fuerzas
para seguir adelante,
y nadie sostiene al pobre
Anton el de los cantares;
pero el amor de mi alma
tu noble villa comparte
con el valle solitario
donde me parió mi madre.
Yo la amo porque sus muros
adorna tu santa imágen,
porque sus campos Isidro
hizo que fructificasen,
porque en sus templos oraron
Calderon, Lope y Cervántes,
porque dió á la ciencia sabios
y á la independencia mártires.
Dáme fe, santa Patrona,
y ardiente inspiracion dáme
para que en tan noble empresa
mi corazon no desmaye,
que yo haré todos los dias,
orillas del Manzanares,
frescas guirnaldas de flores
que el santo muro engalanen

y un dulce canto á tu gloria
alzará mañana y tarde
de pechos á la ventana
Anton el de los cantares.

2.

EL RAMO DEL SOLDADO.

I.

«Un soldado me dió un ramo,
yo le recibí con pena»
porque quien prenda recibe
se obliga á dar otra prenda.
Ay! las encinas del valle
vieron durante una siesta
que en vano á esta ley tirana
opuse mi resistencia!
Un sabio refran nos dice:
«dádivas quebrantan peñas»
y.... ¡no es mucho que quebranten
corazoncitos de cera!
¡Pobre de mí cuando al cura
se lo confiese en la iglesia!
¡Pobre de mí si lo saben
mi madre y mis compañeras,
que en dádivas de soldado
no fia ninguna de ellas!
El domingo por la tarde,
en el baile de las eras,
mis compañeras cantaban
al son de la pandereta
que de mano del soldado
nunca vino cosa buena.

II.

Busco la paz en el sueño
y si duermo, duermo inquieta...
¡Ay triste de mí si entónces
mi madre al lecho se acerca,
porque le diré dormida
lo que le callo despierta!
En vano con mi ignorancia
disculparé mi flaqueza,
que mi madre muchas veces
me dijo, al ver mi inocencia:
«Lucero de la mañana,
sol de mis ojos, mi prenda,
si el aliento de los hombres
nunca empaña tu pureza,
tú serás siempre el espejo
donde tu madre se vea.
Un soldado te da flores
y tú, niña, las aceptas
sin saber que flores pide
quien da flores á doncellas...
Idolo del alma mia,
nunca admitas sus ofertas,
que de mano del soldado
nunca vino cosa buena.»

III.

Apénas despunta el alba,
como el amor me desvela,
me voy con mi cantarito
á coger la agua serena...
¡Ay cómo cantan las aves!
¡ay cómo el aura refresca!
¡ay cómo huelen las flores!
¡ay cómo todo se alegra!
Mi corazon solamente
está lleno de tristeza,
pues al despuntar el alba

como durante la siesta,
ya ¡nadie me ofrece ramos
de flores en la arboleda!
Una corona de flores
ofrezco á la Magdalena
si en mi ceguedad me guia,
porque de amor estóy ciega!
Llorando paso los dias,
llorando la noche entera
y al verme llorando siempre
mi madre se desconsuela...
¡Pobre madre, pobre madre,
bien dijiste, verdad era
que de mano del soldado
nunca vino cosa buena!

IV.

Ya cantan los pajaritos
en la vecina arboleda,
ya amanece y las campanas
tocan á misa primera...
¿Cómo no me ha despertado
como siempre me despierta,
al rayar el alba, el toque
de tambores y cornetas?...
Pero ¿qué cantar es ese
que cantan junto á mi reja?
«Amorcitos de soldado
«son amorcitos que vuelan,
«pues en tocando la marcha
«quédate con Dios, morena» —
Se ha marchado! se ha marchado!
y me escarnece la aldea!!
¿Dónde ocultar mi deshonra?
¿dónde ocultar mi vergüenza?
Madre, cuando el sol asome
ven á mi alcoba y en ella
encontrarás un cadáver,

que otro cadáver encierra!...
¡Pobre madre, pobre madre,
bien dijiste, verdad era
que de mano del soldado
nunca vino cosa buena!

3.

LA PRIMERA VERBENA.

La primera verbena
que Dios envía
es la de san Antonio
de la Florida.

I.

Entre flores y ramas
tienes tu ermita,
glorioso san Antonio
de la Florida;
ramas y flores
te dan, Santo bendito,
tu dulce nombre!
Bien haya el arquitecto
que edificara
tu templo entre las flores
y entre las ramas,
hermoso emblema
del patron de los niños
y las doncellas! —
Tras las floridas lomas
de Sumas-aguas
se hunde el sol entre nubes
de oro y de nácar;
su luz postrera
brilla en el santo muro
de la Almudena! —
Siempre que el sol se esconde,
vírgen María,
melancólica y triste

queda tu villa...
Santa Patrona!
que el sol para tu villa
nunca se esconda! —
Sobre el dorado alcázar
que el cerro ocupa,
vertiendo resplandores
sale la luna,
y en las tranquilas
ondas del Manzanares
sus rayos brillan.
Repican las campanas
de san Antonio;
todos los corazones
laten de gozo,
todos los labios
publican de las almas
el entusiasmo.
Ya bajan por la cuesta
de san Vicente
doncellas y mancebos
cantando alegres;
ya el pueblo invade
la florida ribera
del Manzanares.
Vírgen de la Almudena,
santa Patrona!
que la luna esta noche
su luz no esconda,
pues ilumina
la primera verbena
que Dios envía!

II.

¡Oh que azul es el cielo
de nuestra patria!
Azul como tus ojos,
niña del alma,

vírgen hermosa,
débil enredadera
que en mí te apoyas!
¡Oh qué serenas brillan
luna y estrellas!
¡Qué bien huelen las flores
de la pradera!
¡Qué perfumadas
á refrescar mi frente
vienen las auras!
Gloria al Señor que puso
mi pobre cuna
donde hay estas estrellas
y hay esta luna
y hay estas flores
y hay estas dulces auras
y hay estas noches!
Todos se regocijan
en la verbena,
todos, mozos y ancianos,
varones y hembras,
cantan y bailan,
comen, beben y rien
ó amores tratan.
Para tratar amores
unos anhelan
las misteriosas sombras
de la arboleda,
los otros buscan
las praderas en donde
brilla la luna.
Y en el prado florido
ó en la arboleda,
á la luz de la luna
ó en las tinieblas,
¡qué bien, Dios santo,
se comprenden los pechos
enamorados! —

El oriente se inunda
de resplandores,
estrellas y luceros
su luz esconden,
las aves cantan,
aquí suenan clarines,
allí campanas.
Y por ver los encantos
de la ribera,
y escuchar los cantares
que en ella suenan,
los moradores
del alcázar se asoman
á los balcones.
¡Oh qué hermosa es la vida,
pues la engalana
cada veinticuatro horas
una alborada!
¡Oh si tuviera
cada veinticuatro horas
una verbena!

III.

Repican las campanas
de San Antonio,
el templo abre sus puertas
á los devotos...
¡Bendito sea
el patron de los niños
y las doncellas!
De agradecidas madres
son donativo
esas flores que adornan
el santo niño,
el niño hermoso
que sonríe en los brazos
de san Antonio.

Y en el altar pusieron
esas guirnaldas
las tiernas doncellitas
enamoradas,
que al Santo deben
el ver correspondido
su amor ardiente.
¿Veis esa hermosa jóven
que llega al templo
conduciendo en sus brazos
un ángel bello?
Pues es la madre
con quien todas las noches
sueña ese ángel,
Y á cumplir viene un voto
que al Santo hizo
estando moribundo
su dulce hijo,
sin esperanza
viendo el fruto bendito
de sus entrañas!
¿Veis esa hermosa vírgen
cuya mejilla
se pone colorada
cuando la miran?
¿que al altar llega
cargadita de rosas
y de azucenas?
Pues sabéd que en la villa
cuentan que un voto
hizo al Santo bendito
si hallaba novio,
y desde entónces
va un mancebo á su reja
muerto de amores. —
Hijos de la armonía,
nobles hermanos,
ofrenda de cantares

traéd al Santo,
que hoy es la fiesta
del patron de los niños
y las doncellas.

4.

DESDE BALCON A BALCON.

I.

Desde mi balcon te veo,
cara á cara y frente á frente,
cuando riegas los jazmines
y la albaca y los claveles
que tu habitacion perfuman
porque en tu balcon florecen.
Me parecen muy hermosas
las flores que regar sueles,
pero tú, flor de las flores,
mas hermosa me pareces;
y por eso á todas horas
en tu balcon quiero verte,
y por eso, ay Dios, por eso
enamorado me tienes!
Me muero por confesarte
lo que el corazon te quiere,
pero es la calle tan ancha
que mis palabras se pierden
entre tu balcon y el mio
por mas que la voz esfuerce,
y no te puedo decir
lo que mi corazon siente.

II.

Cuando cierras los cristales
de tu balcon, me parece

que la luz del sol se apaga,
que una oscura noche viene,
y fijo mis tristes ojos
en la muselina tenue
que te recata á la vista
del que se muere por verte.
A veces la agita el viento
y la levanta otras veces...
¡Ay, si vieras qué ilusiones
entónces forja mi mente!
Me figuro que es tu mano
quien la cortinilla mueve,
porque tus ojos me buscan
y tu corazon me quiere;
pero recuerdo en seguida,
que ignoras mi amor ardiente;
pues velo el fuego del alma
con un semblante de nieve
y no te puedo decir
lo que mi corazon siente.

III.

Desde mi balcon descubro
el blanco lecho en que duermes,
no bien le abandonas y abres
tu balcon cuando amanece.
La confusion y el desórden
que en él mis ojos advierten
me revelan que tus sueños
son agitados y breves.
¿Qué inquietudes te desvelan?
ó ¿de qué mal adoleces?
¡Acaso, como yo, el alma
enferma de amores tienes!
¡Acaso en el lecho lloras,
como tambien me sucede,
esperanzas amorosas
que en él nacen y en él mueren!

Ven á llorar en mi seno,
pobre tórtola doliente...
Pero mi acento amoroso
en el espacio se pierde,
y no te puedo decir,
lo que mi corazon siente!

IV.

Blanca paloma encerrada,
rompe esas tiranas redes
y ven á buscar el cielo
que mi corazon te ofrece.
La juventud es hermosa;
pero se marcha y no vuelve,
y es triste pensar en ella
cuando pasó estérilmente!
Las almas como la mia
hasta el dolor embellecen:
ven á mi lado y el arte
que Dios me enseñó te enseñe,
y verás como los cielos
mas azules te parecen,
mas floridas las praderas,
mas perfumado el ambiente,
mas placentera la vida
y ménos triste la muerte...
Pero, ay Dios, en el espacio
estas palabras se pierden,
y no te puedo decir
lo que mi corazon siente!

5.

LOS OJOS DE LA MORENA.

I.

Tus ojos, morena,
me encantan á mí
aun mas que las rosas,
aun mas que el jazmin,
aun mas que las perlas,
aun mas que el rubí.
Por eso sin ellos
no puedo vivir,
por eso los mios
se fijan en tí,
por eso á sus rayos
quisiera morir,
por eso me encuentro
contento y feliz
si tú á la ventana
te dignas salir,
si tú una mirada
me das desde allí!
Morena, por eso
te vuelvo á decir
tus ojos, morena,
me encantan á mí!

II.

Rondando tu calle,
cantando feliz
la sal y la gracia
que Dios puso en tí,
las noches enteras
estóy, serafin;
y rabia tu madre
diciendo que así

en toda la noche
la dejo dormir;
mas nada me importan,
sufriendo por tí,
el aire y la lluvia
y el fiero mastin
que suele tu madre
soltar al oir
mis tiernos cantares,
¡oh rosa de abril!
La luz de tus ojos
me lleva tras sí,
pues soy mariposa
y anhelo morir
en ella abrasado,
que es dulce ese fin
y.... ya te lo he dicho
mil veces y mil,
tus ojos, morena,
me encantan á mí.

6.

LA NIÑA DE OJOS AZULES.

I.

Ved á la dulce niña
de ojos azules
risueña como el cielo
cuando no hay nubes;
vedla qué hermosa,
vedla coloradita
como las rosas!
Fué ayer á san Antonio
de la Florida,
que da el Santo bendito

novio á las niñas,
y un bello novio
le salió al dar la vuelta
de san Antonio.
Por eso está contenta,
por eso canta
como los pajaritos
por la mañana,
que era muy triste
sin tener un mal novio
cumplir los quince.
El novio que á la niña
salió ayer tarde
jura que la idolatra
porque es un ángel,
y ella es tan niña
que cree sus juramentos
á pié juntillas. —
Niña, palabras dulces
no te seduzcan,
pues en el Diccionario
las hay de azúcar;
préndate de hechos,
pues en el Diccionario
no se hallan esos.
Si un galan te abandona,
no te dé pena:
pronto encontrarás otro
que mas te quiera,
pues, niña hermosa,
tienes ojos azules,
ojos de gloria.

II.

Niña de ojos azules,
ojos de gloria,
si estabas colorada
como las rosas,

hoy estás, niña,
como las azucenas
descolorida.
Un besito apostemos
á que adivino
por qué tienes el rostro
descolorido....
Por mas que calles,
en este mundo, niña,
todo se sabe.
Sales todas las noches
á tu ventana
y los hondos suspiros
que en ella exhalas
van á la mia
y me lo cuentan todo,
todito, niña.
Tienes enferma el alma
de mal de amores;
quieres y no te quieren....
¡pícaros hombres!
así son todos:
á la que quiere mucho
la quieren poco.
No me admira el mal pago
de tus amores,
que amores de este mundo
buscan los hombres,
y en mi concepto
lós tuyos se parecen
á los del cielo.
¡Quién espera en amores
hallar la dicha
cuando llora por ellos
la pobre niña,
la niña hermosa,
la de ojitos azules,
ojos de gloria!

III.

Te he visto en la Almudena
muchas mañanas
á los piés de la Vírgen
arrodillada.
¿Porqué escondias
la cara con el velo
de tu mantilla?
Niña, se me figura....
¡Dios me perdone!
que mezclabas con llanto
tus oraciones.
¿Qué le pedias
á la santa patrona
de Madrid, niña?
¿Le pedias venganza
de aquel ingrato
que su amor te rehusa,
que un dia acaso
ante la santa
patrona de la villa
fe te juraba?
Pero tus dulces ojos
bien claro dicen
que es amor, no venganza,
lo que tú pides.
Quien tu amor siente,
en lugar de vengarse
perdona y muere.
¡Ay Dios, quién fuera dueño
de tu amor, niña,
como aquel que te puso
descolorida,
que te desdeña,
que ha trocado las rosas
en azucenas!
Porque tienes el alma
que yo ambiciono

y el amor de los cielos
miro en tus ojos,
pues, niña hermosa,
tienes ojos azules,
ojos de gloria.

IV.

Silencio!.... Las campanas
tocan á muerto!
¿Si habrá muerto la niña
de ojos de cielo?
Sin duda es ella,
que no la he visto há dias
en la Almudena,
que no se oyen suspiros
en su ventana,
que están mustias las flores
que ella regaba,
que su cabello
adornaba con tristes
rosas de muerto!....
Yo la hubiera querido
con alma pura,
como quieren las almas
como la suya,
pero esa niña
me dijo: «— Un amor basta
para una vida.»
Vengan sus desamores
otras mujeres;
pero... ¡bendita aquella
que amando muere,
por mas que el mundo
siembre ironía y burlas
en su sepulcro!
Mas allá del martirio
se encuentra un cielo
donde los nobles mártires

tienen asiento,
donde halla siempre
amor de los amores
quien de amor muere.
Y en él está la niña
desventurada
que lloró en la Almudena
muchas mañanas,
la niña hermosa,
la de ojitos azules,
ojos de gloria.

7.

LA NIÑA DE OJOS NEGROS.

I.

— «Niña de catorce abriles,
hermosa como el lucero,
graciosa como las gracias,
pura como el ángel bello
que baja todas las noches
á velar tu dulce sueño,
escúchame, no desoigas,
mis amarosos consejos
por correr tras las pintadas
mariposas del otero,
que si mis consejos oyes
y nunca te apartas de ellos,
nunca en tí los desengaños
derramarán su veneno.
Tu amor es tu dulce madre,
tus esperanzas, el cielo,
tu anhelo, las mariposas,
tu mundo, el nativo pueblo;
mas... ¡pronto de otros amores

sentirás vago deseo,
y pronto otras esperanzas
se albergarán en tu pecho,
y pronto á agitar tu alma
vendrá diferente anhelo,
y pronto por otro mundo
vagará tu pensamiento!
Pues bien: cuando esperimentes,
niña, ese cambio funesto,
no des á la confianza
libre morada en tu pecho,
no te fies de los hombres
aunque digan bien te quiero.»

II.

Tal consejo dió su madre
á una niña de ojos negros,
y la niña prometió
no olvidar aquel consejo.
Meses y meses pasaron
y aun años pasando fueron,
y lo que su madre dijo
iba la niña sintiendo.
Soñaba todas las noches,
y en sus agitados sueños
á veces la oyó su madre
nombrar á un gentil mancebo
con quien la niña en el soto
buscó nidos otro tiempo.
— Hija del alma, la dijo,
sueñas, y el soñar no es bueno.
Cuidado no bebas agua
cuando te vayas al lecho,
ni duermas ninguna noche
con la mano sobre el seno.
— No importa, madre, que sueñe,
que son muy dulces mis sueños,
contestó la hermosa niña

dando un suspiro muy tierno,
y siguió todas las noches
al acostarse bebiendo,
y quedándose dormida
con la mano sobre el pecho,
y tornó á decirle entónces
su madre con mas empeño:
— *No te fies de los hombres*
aunque digan bien te quiero.

III.

Junto á una cruz del Calvario
que hay orillita del pueblo
encontró un mancebo un dia
á la niña de ojos negros
y en cuanto la vió la dijo:
— «Morena, por tí me muero!»
La niña que aquella noche
soñara con el mancebo,
mostró el enojo en los labios
y en los ojos el contento;
mas como el galan siguiera
en sus amantes requiebros,
con juramentos de amores
respondió á sus juramentos,
pues no hay doncella cristiana
que diciéndola un mancebo:
«Por esta cruz te lo juro»
no le responda: — «Te creo»
como la doncella tenga
vírgen de amores el pecho,
como haya venido al mundo
baja este bendito cielo,
como al mancebo haya visto
por el cristal de sus sueños
que es de todos los cristales
el cristal mas embustero.
Ved de qué sirvió á la niña,

á la niña de ojos negros,
que su madre á todas horas
le estuviera repitiendo:
— *No te fies de los hombres*
aunque digan bien te quiero!

IV.

Una noche de verano,
de esas noches que tenemos
en esta tierra llorada
por romanos y agarenos,
en esta tierra bendita
por los ángeles del cielo,
una de esas bellas noches
fué la niña de ojos negros
á respirar el ambiente
de las dehesas y los huertos
junto á una cruz del calvario
que hay orillita del pueblo;
mas junto á la cruz bendita
paróse y al mismo tiempo,
«Por esta cruz te lo juro»
oyó decir á un mancebo,
á quien respondió en seguida
una doncella: «Te creo.»
Al oir estas palabras
cayó desmayada al suelo
y al recobrar el sentido.....
halló el calvario desierto
y cantaban la alborada
los pajaritos parleros.
Entónces, con lento paso,
con el corazon deshecho,
con lágrimas en los ojos,
tomó el camino del pueblo
murmurando: — Madre mia,
bien me dijiste diciendo:

«No te fies de los hombres
aunque digan bien te quiero!»

V.

La que compró desengaños
en los amores primeros,
en los amores segundos
desengaños va vendiendo.
Pues decís á una morena
«morena, por tí me muero»
y al mismo tiempo á una blanca
le decís ni mas ni ménos,
si os engañan las doncellas,
tenéd paciencia, mancebos,
que aquellos que á hierro matan
justo es que mueran á hierro.
Si por esta ley juzgamos
á la niña de ojos negros,
porque engaña á dos galanes
poca pena la impondremos.
La niña de ojos azules
venga el desamor muriendo,
que es su alma como sus ojos,
como sus ojos de cielo;
la de ojos negros le venga
hiriendo como la hirieron,
que es su alma como sus ojos,
como sus ojos de fuego.
A dos calles diferentes
tiene rejas su aposento
y si á Juan engaña en unas,
en otras engaña á Pedro,
y si á Pedro miente mucho,
no miente á Juan mucho ménos,
pues es bien se rijan *ellas*
por la ley que hicieron *ellos*,
que ellos fueron, no su madre,
los que á la niña dijeron:

— *No te fies de los hombres*
aunque digan bien te quiero.

8.

A LA ORILLA DEL ARROYO.

I.

Una mañana de mayo,
una mañana muy fresca,
entréme por estos valles,
entréme por estas vegas.
Cantaban los pajaritos,
olian las azucenas,
eran azules los cielos
y claras las fuentes eran.
Junto á un arroyo mas claro
que un espejo de Venecia,
hallara una pastorcica,
una pastorcica bella.
Azules eran sus ojos,
dorada su cabellera,
sus mejillas como rosas,
sus dientes como perlas.
Quince años no mas tendria
y daba placer el verla
levándose las sus manos,
peinándose las sus trenzas.

II.

— Pastorcica de mis ojos,
admirado la dijera,
Dios te guarde por hermosa,
bien te lavas, bien te peinas.
Aquí te traigo estas flores
cogidas en la pradera:

sin ellas estás hermosa,
y estaráslo mas con ellas.
— No me placen, mancebico,
respondióme la doncella,
no me placen, que me bastan
las flores que Dios me diera.
— ¿Quién te dice que las tienes?
¿Quién te dice que eres bella?
— Me los dicen los zagales
y las fuentes de estas vegas. —
Así habló la pastorcica
entre enojada y risueña,
lavándose las sus manos,
peinándose las sus trenzas.

III.

— Si no te placen las flores
vente conmigo siquiera,
y allá, bajo las encinas,
sentadicos en la yerba
contaréte muchos cuentos,
contaréte cosas buenas.
— Pues eso ménos me place
porque el cura de la aldea
no quiere que con mancebos
vayan al campo doncellas. —
Tal dijo la pastorcica
y no pude convencerla
con estas y otras razones,
con estas y otras promesas.
Partíme desconsolado
y prorumpiendo en querellas
lloré por la pastorcica
que sin darme otra respuesta
siguió á orilla del arroyo
entre enojada y contenta
lavándose las sus manos,
peinándose las sus trenzas.

IV.

Fuíme por aquellos valles,
fuíme por aquellas vegas;
mas... mi corazon estaba
muriéndose de tristeza,
que odiosas me eran las flores
y odiosas las fuentes me eran.
Torné junto el arroyuelo
donde á la doncella viera...
El arroyo encontré al punto,
mas no encontré la doncella.
Pasaron dias y dias
y hasta semanas enteras
y yo no paso ninguna
sin que al arroyo no vuelva;
pero ay, que la pastorcica
mis ojos allí no encuentran
lavándose las sus manos
peinándose las sus trenzas.

9.

AMOR SIN ESPERANZA.

I.

Calle arriba, calle abajo,
las doce y sereno cantan
los serenos de la calle,
de la calle de la Palma,
y el barrio de Maravillas
cuando los serenos callan
vuelve á quedar en silencio
cual si nadie le habitara.
¡Ay qué fria está la noche!
¡Ay qué terrible es la escarcha!
¡Ay cómo soplan los cierzos,

los cierzos del Guadarrama!
Y sin embargo un mancebo
asoma por la empinada
calle de Santa Lucía
y al compas de su guitarra
en la esquina de la calle,
de la calle de la Palma,
así lamenta la muerte
de sus dulces esperanzas:

«Morena resalada,
flor de las flores,
rosal de los rosales,
sol de los soles,
deja que un triste
al pié de tus balcones
por tí suspire!
Ya que mis esperanzas
has marchitado,
ya que no han de ceñirte
nunca mis brazos,
deja que llore
y llorando, mi pecho
se desahogue.
San Isidro bendito,
nunca llegaras,
pues en tu romería
vi á la tirana
de cuyos labios
tras la esperanza brotan
los desengaños.
¡Ay! al pasar el rio
debieron darme
sepultura las ondas
del Manzanares,
pues el desvío
da muerte mas penosa
que no los rios!

Fueron mis esperanzas
sueños falaces,
relámpago que brilla
solo un instante,
flores de almendro
que nacieron temprano,
se helaron presto!

II.

Dicen que muchas chicas
hay en el barrio
mas lindas que las rosas
de abril y mayo;
pero yo digo
que ninguna tan linda
como tú he visto.
«Así, niña, no estrañes
si dia y noche
vengo á llorar debajo
de tus balcones,
si á llorar vengo
mi perdida esperanza
de ser tu dueño.
«Niña, te dije un dia,
como me quieras,
vivirás á mi lado
como una reina,
pues sabe, niña,
que ni á Isabel Segunda
tendrás envidia.
«Y aunque en una bohardilla
juntos vivamos,
nuestros dulces amores
la harán palacio,
pues segun dicen,
los que se quieren mucho
son muy felices.»

Así te dije, niña.
¡Quién me dijera
que aquellas esperanzas
hermosas eran
flores de almendro
que nacieron temprano,
se helaron presto!

III.

«Tengo diez y seis años!
¡Ay qué desdicha,
tan pronto la esperanza
llorar perdida,
soñar un cielo
y al despertar, hallarse
con un infierno!
Si bajo tus balcones
lloro mis penas,
no busco ya tus ojos
tras las vidrieras,
pues ya no espero
que te asomes á verme
como otro tiempo.
Meses y meses hace
que vengo á verte
y hace que no te veo
meses y meses,
lo cual es prueba
de que de mi amor fino
ya no te acuerdas!
¡Cómo soplan los cierzos
del Guadarrama!
La sangre se me hiela,
la voz me falta...
permita el cielo
que desde aquí me lleven
al cementerio!

Que es la vida del hombre
pesada carga
si para el hombre han sido
las esperanzas
flores de almendro
que nacieron temprano,
se helaron presto.»

Calló el mancebo, y la calle
quedó muda y solitaria
y siguió soplando el cierzo
y aumentándose la escarcha.
Poco despues los serenos
sobre las losas heladas
vieron un cuerpo sin vida
al lado de una guitarra.
¡Ay! era un pobre mancebo
á quien dió muerte temprana
mas que el frio de la noche,
un amor sin esperanza!

10.

BIENAVENTURADOS LOS QUE CREEN.

Aunque viva engañado
poco me importa,
que tambien el engaño
tiene su gloria.

I.

«Duerme, niño del alma,
no tengas miedo
por mas que el viento silbe
y ahullen los perros;
duerme, que al niño
miéntras duerme le guardan
los angelitos.» —

Así cantó una noche
mi dulce madre
procurando dormirme
con sus cantares,
y fuí quedando
poco á poco dormido
con aquel canto.
Hasta que empezó á verse
la luz del dia
dicen que el viento estuvo
silba que silba,
y aun aseguran
que estuvieron los perros
ahulla que ahulla.
Mas yo pasé en un sueño
toda la noche
junto á mi cuna oyendo
dulces canciones,
junto á mí viendo
un ángel que velaba
mi dulce sueño.
Y desde aquella noche
durmió tranquilo
bajo el ala del ángel
el pobre niño.
¡Santa creencia!
La madre que la infunde
¡bendita sea!

II.

«Tal vez encuentres, hijo
de mis entrañas,
mas espinas que flores
en tu jornada;
pero, hijo mio,
piensa que están las palmas
tras el martirio.» —

Así me dijo un dia
mi dulce madre
convertidos sus ojos
en dos raudales,
así me dijo
cuando dejé la tierra
por que suspiro!
¡Ay mis montañas verdes!
¡ay mis cantares!
¡ay mi casita blanca!
¡ay mis nogales!
¡ay mis castaños
en donde yo jugaba
con mis hermanos! —
Hallo tantas espinas
en mi jornada,
que el corazon me duele,
me duele el alma!
Si alguien lo duda,
en mi frente está escrito
con una arruga!
Mas si Dios me da penas,
yo las bendigo
porque crecen las palmas
tras el martirio...
¡Santa creencia!
La madre que la infunde,
¡bendita sea!

III.

«Si el amor, hijo mio,
llama á tu pecho,
no olvides que su orígen
está en los cielos,
y ten presente
que la mujer es débil
y el hombre es fuerte.» —

Así me escribió un dia
mi dulce madre...
Coronada de gloria
por ello se halle,
que desde entónces
por el amor del ángel
troqué el del hombre!

En el amor contemplo
la pura esencia
de lo santo y lo bueno
que hay en la tierra,
y el amor pago
con lo que hay en la tierra
de bueno y santo.

La mujer á mis ojos
es débil planta
de eternos huracanes
amenazada,
y así procuro
su generoso apoyo
ser en el mundo.

Esta dulce creencia
me proporciona
mil goces inefables
que el vulgo ignora...
¡Santa creencia!
La madre que la infunde
¡bendita sea!

IV.

«No llores, hijo mio,
cuando yo espire,
que si mueren los cuerpos,
las almas viven,
y al fin y al cabo
la perdida es un poco
de polvo vano.» —

Así me escribió un dia
mi dulce madre
de su existencia el término
viendo acercarse...
Mi madre es muerta,
pero yo á todas horas
hablo con ella.
Exhalan cada dia
su último aliento
seres por quienes late
mi amante pecho,
mas no me importa,
que les hablo y me escuchan
á todas horas.
Cuando un ramo de flores
pongo en su tumba,
ó su nombre defiendo
de la impostura,
un tierno voto
de gratitud me envían
llenos de gozo.
¡Santa creencia! Nunca
de mí se aparte,
que á los seres amados
hace inmortales.
¡Santa creencia!
La madre que la infunde
¡bendita sea!

11.

A OSCURAS.

I.

Cri, cri, cri, cantan los grillos,
rra, rra, rra, cantan las ranas,
qui-qui-riqui, canta el gallo;
mas, ¿qué dicen cuando cantan?
Dicen: «Bien haya la noche,
porque goza uno á sus anchas
sin que importunos le estorben,
ni zumbones le den vaya!»
Así digo yo, morena,
cuando á mi ladito te hallas,
que la luz de los candiles,
ni la luz de la mañana
donde tus ojos están
no hacen maldita la falta:
pues para alumbrarme á mí
la luz de tus ojos basta.

II.

Estate bajo esas nubes,
éstate, luna, y no salgas,
que me encuentro bien á oscuras
con mi morena del alma.
Como estóy ciego de amores,
la luz no me sirve nada,
como estóy ciego, no veo,
pero el que está ciego, palpa.
Estate bajo esas nubes,
éstate, luna, y no salgas,
que quiero descolorida
á mi morena del alma,
que en cuanto salgas tú, luna,
se me pondrá colorada,

que para alumbrarme á mí
la luz de sus ojos basta.

III.

¡Cuánto te quiero, morena!
¡Qué bien, qué bien se descansa
á oscuras sobre tu seno,
á oscuras sobre tu falda!
¡Qué buena vida en el Polo
con una buena muchacha,
porque allí medio año es noche
y el otro medio allá se anda!
Vámosnos, morena, al Polo;...
pero no, buena es España,
que allí las chicas son hielo
y aquí las chicas son ascuas,
aquí las chicas son pólvora,
aquí las chicas son llama
y para alumbrarle á uno
la luz de sus ojos basta.

IV.

Morenita de mis ojos
ya empieza á alumbrar el alba,
ya cantan las avecillas
en esta fresca enramada,
ya el sacristan de la aldea
tan-tan, toca las campanas...
Alba, apaga tus antorchas,
aves, dejád las tonadas,
sacristan, toca la queda
si de la torre no bajas...
Pero ay, morena, que siguen
alumbra que alumbra el alba,
canta que canta las aves
y tan-tan-tan las campanas!
Antes que el sol nos ofenda
vámosnos, morena, á casa

y para alargar la noche
cerraremos la ventana,
que si no se ve, no importa,
que si no se ve, se palpa,
que para alumbrarme á mí
la luz de tus ojos basta.

12.

EL ADOLESCENTE.

I.

Quince años cumplidos tiene
y no sé como llamarle,
no sé si infante ó mancebo,
no sé si mortal ó ángel,
pues las pasiones del hombre
comienzan á dominarle
y aun su corazon perfuma
la inocencia del infante.
Mirád con cuánta ternura
da un dulce beso á su madre,
y mirád cómo sus ojos
buscan, tímidos y amantes,
al mismo tiempo á esa vírgen
que asoma entre los rosales.
No sabe lo que ambiciona,
mas la ambicion le combate,
no sabe lo que desea,
mas que algo desea sabe...
¡Ay si pudiera volar
como las águilas reales!

II.

Allá abajo en la arboleda
discurre un inquieto enjambre

de niños que en los dos lustros
acaso ninguno raye.
Allí hay fuentes cristalinas,
allí hay flores odorantes,
allí hay pájaros cantores,
allí hay toldos de ramaje
y desde allí se ve el sol
en occidente ocultarse;
pero los niños enturbian
los cristalinos raudales,
no hacen caso de las flores
que huella su planta errante,
mandan á los pajaritos
con la música á otra parte
y dejan que el sol se esconda
sin detenerse á mirarle.
Pero el bello adolescente
se despide de su madre
y vaga por la arboleda
con languidez inefable.
Fuentes, flores, pajaritos,
ramas, sol, todo le place,
todo lo contempla, todo
tiene para él un lenguaje
que no comprende y le encanta,
que le anima y que le abate,
que le hace ansiar otro mundo
y bendecir este le hace.
Ved aquí la diferencia
que separa á ambas edades:
alma pequeña, la infancia,
la adolescencia, alma grande,
la una, sin aspiraciones
indefinibles, constantes,
la otra, quisiera volar
como las águilas reales.

III.

Mas ¿qué siente ese mancebo
de la infancia al separarse?
¿Qué ambiciona? ¿qué desea?
¡Ni él mismo acaso lo sabe!
El círculo de montañas
en que está encerrado el valle
parece al adolescente
el recinto de una cárcel.
Ese recinto es estrecho,
quiere mas campo, mas aire,
mas cielo, mas horizonte,
medita empresas muy grandes
y en espacio tan mezquino
esas empresas no caben.
Preguntádle qué es amor
y os dirá que no lo sabe,
preguntádle á qué mujer
preferencia debe darse,
si á la mujer de ojos garzos
ó á la de ojos de azabache,
si á la de tez de azucena
ó á la morena inflamable,
si á la que raye en los quince
ó á la que en los treinta raye,
si á la vírgen sin mancilla
ó á la meretriz infame;
preguntádselo y tambien
os dirá que no lo sabe.
Lo que os dirá solamente
es que desea espaciarse,
es que desea volar
como las águilas reales.

IV.

Lo que sabe ese mancebo
es que un deseo constante,
vago, misterioso, intenso,

voluptuoso, inesplicable,
se ha apoderado de su alma
y sin tregua la combate;
lo que sabe ese mancebo
es que los hombres no nacen
para atravesar el mundo
sin impelerle adelante,
para no dejar su huella
impresa en ninguna parte,
para tornar á la nada
sin ser llorado por nadie;
lo que sabe ese mancebo
es que Dios no ha dado en balde
el corazon á los hombres;
lo que ese mancebo sabe
es que necesita un ser
hermoso, que le idolatre
como Isabel á Marcilla,
como no idolatra nadie;
lo que sabe ese mancebo
que al dar un beso á su madre
clava la vista en la vírgen
que asoma entre los rosales,
es que en un círculo estrecho
le falte luz, le falta aire,
es que desea volar
como las águilas reales.

13.

LA PEREJILERA.

Al salir el sol dorado
esta mañana te vi
cogiendo, niña, en tu huerto
matitas de perejil.

Para verte mas de cerca
en el huerto me metí
y sabrás que eché de ménos
mi corazon al salir.
Tú debistes encontrarle,
que en el huerto le perdí.
Dámele, perejilera,
que te le vengo á pedir.

14.

LA AUSENCIA.

I.

Cuando voy por estos valles,
cuando voy por estas vegas
acude el llanto á mis ojos
y á mi pecho la tristeza,
porque recuerdo que un dia,
de placer el alma llena,
soñámos dichas celestes
juntos en estas praderas.
¿Dónde estás, paloma mia,
que solitario me dejas
vagar por aquí en las dulces
mañanas de primavera?
Las mañanitas de mayo
son, alma mia, muy bellas
si el amor las acompaña,
y muy tristes si las deja,
pues cuando es azul el cielo,
cuando hay lirios y azucenas,
cuando los pájaros cantan,
cuando el sol brilla y no quema,
y cuando de hojas y flores
se visten las arboledas,

el amor para las almas
es necesidad suprema.
¿Y consientes que mis ojos
sigan llorando tu ausencia?
Ojos que te vieron ir
por esos mares afuera
¡cuándo te verán volver
para alivio de mis penas!

II.

Torna á estos valles tranquilos
y alegra con tu presencia
mi corazon que se muere,
que se muere de tristeza!
y si no fueron mentidas
tus amorosas promesas,
si fué el corazon, no el labio,
el que en estas arboledas
me juró cien y cien veces
amor y constancia eterna,
aquí encontrarás la gloria
mas cumplida de la tierra.
Si un corazon necesitas
que tu corazon comprenda,
si necesitas una alma
de esas que su gloria encuentran
en la adoracion ardiente
de todo cuanto se eleva
por generoso y por bello
sobre la vulgar miseria,
ese corazon y esa alma
en estos valles te esperan.
Cansados están mis ojos
de llorar tu larga ausencia.
Ojos que te vieron ir
por esos mares afuera,
¡cuándo te verán volver
para alivio de mis penas!

15.

LA SERRANA.

I.

Allá abajo en el valle
tengo una choza;
manzanitos floridos
le dan su sombra,
y entre las ramas
cantan allí las aves
por la mañana.
Al lado de mi choza
mana una fuente,
una fuente fresquita
como la nieve,
y á mi ventana
trepan enredaderas
y pasionarias.
Solo falta á mi choza
y el alma busca
una cara de cielo
como la tuya.
Serrana hermosa,
deja tu serranía,
vente á mi choza.

II.

Esos ojos del cielo
dicen, serrana,
que el amor es la gloria
que mas te agrada.
Sígueme al valle,
que amor de los amores
allí he de darte.
Verás qué envidia tienen
tus compañeras

cuando al bajar á misa
tu dicha vean,
verás qué ingratas
parecen estas sierras
á las serranas.
Como que tu mereces
un paraíso,
paraíso es la choza
con que te brindo.
Serrana hermosa,
deja tu serranía,
vente á mi choza.

16.

LA ROSA ENTRE LAS ROSAS.

I.

Muy temprano vienes, niña,
por estos jardines bellos,
por esta oscura arboleda,
por estos lindos paseos!
Llevas rosas en la falda,
llevas rosas en el pecho...
¡Pobre de la hermosa niña
si la ven los jardineros!
Las rosas de estos rosales
no robes, niña, á su dueño,
pues en tus mejillas tienes
rosas de color mas bello,
de mas virginal pureza,
de mas vida, de mas precio,
ni dejes tan de mañana
la blandura de tu lecho,
la custodia de tu madre,

la dulce paz de tu sueño,
pues aunque en estos jardines
es el ambiente muy fresco,
cantan muy dulces las aves,
son claros los arroyuelos,
es toda perfume el aura
y es todo flores el suelo,
pudieran equivocarte
con las rosas los mancebos
y alguno de ellos cogerte
y deshojarte en su seno,
porque las niñas son flores
que hasta las deshoja el viento.

II.

Pero si las bellas rosas
no son el único objeto
por quien dejas tan temprano
la blandura de tu lecho,
la custodia de tu madre,
la dulce paz de tu sueño;
si buscas tan de mañana
á algun gentil jardinero
que te regala las rosas
con que adornada te veo,
no le busques tan temprano
en estos jardines bellos,
en esta oscura arboleda,
en estos lindos paseos,
que eres una fresca rosa
de los jardines del cielo
y á los jardineros gustan
rosas del jardin ajeno.
Eres débil como niña
y él fuerte como mancebo;
¿quién sucumbirá en la lucha,
la niña ó el jardinero?
y si en la lucha sucumbes,

dí ¿qué será de tí luego,
y qué de la dulce madre
que al coronarte de besos
te llama su luz, su gloria,
su vida, su Dios, su cielo?
¡Oh niña, torna á su lado,
torna al abrigo materno,
porque las niñas son flores
que hasta las deshoja el viento!

17.

A INARCO CELENIO.

I.

Ay, buen Inarco,
la necedad
es muy difícil
de esterminar,
pues como planta
nociva, va
reproduciéndose
que es por demas!
En todas partes
el necio da
tormento al pobre
hijo de Adan
que hombres sensatos
desea hallar.
Ah! si volvieras
tú por acá
creo te habias
de horripilar
viendo tan rara
fecundidad.
Yo soy un mozo

de un natural
dulce y pacífico
como el que mas
y tanto, tanto
que de causar
daño á una mosca
soy incapaz.
Cuando dos riñen
con terquedad
y me preguntan
cuál de ellos va
errado, siempre
digo imparcial
que los que riñen
errados van.
De aquí se infiere
que en censurar
faltas ajenas
no hallo solaz.
¡Acaso, acaso
tendré yo mas
que una pelota
jugada mal!
Pero contiene
la sociedad
en que vivimos
cáfila tal
de mentecatos
que fuera ya
cabronería
ver y callar.

II.

Sin ir mas léjos
tres dias ha
hallé en la calle
de Fuencarral
un vil retoño

del charlatan
que en aquel sitio
te hizo rabiar
con su maldita
locuacidad.
Ah! qué modelo
para copiar
al presumido,
y al holgazan
y al embustero,
y á tantos mas
que enumerarlos
es necedad,
porque es el cuento
de no acabar.
Al verle, es claro,
como que el tal
hasta los pelos
me tiene ya
con sus embustes
y su sobar,
por medio, medio
de un lodazal
á la otra acera
me quise echar.
Si acaso piensas
que fué eficaz
este recurso,
piensas muy mal,
pues aquel bárbaro
siguió detras
con tanta, tanta
celeridad
que todavía
ignoro cuál
fuimos mas listo,
yo en escapar

ó él en asirme
por el gaban.

III.

— Ola! me dice.
¿De cuándo acá
pasa un amigo
sin saludar
á sus amigos?
¿Cómo te va?
— Muy bien, contestó...
muy mal, muy mal!
añadí viendo
que sin piedad
entrambas manos
me iba á estrujar
entre las suyas
el animal.
Para contarte
de pe á pa
lo que siguió á este
preliminar
fuera preciso
tener tu sal
y tu «difícil
facilidad»
que en vano trato
yo de imitar;
pero tú, Inarco,
comprenderás
cuántos tormentos
me hizo pasar
aquel ministro
de Satanas,
si te aseguro
que en mi lugar
tú, prototipo
de la bondad,

mano á la pluma
no echarás ya
para burlarte
del lenguaraz,
que la echarias
sin duda al tal
para dejarle
sin pasapan.

IV.

No te cansaste
de predicar
allá á principios
del siglo actual
contra los necios,
y á la verdad
son en el dia
los necios mas.
Heme en el caso
de recordar
lo que del negro
dice el refran!
Si las palabras
están de mas,
hablen las obras
en su lugar:
será preciso
que cada cual
tome una estaca
y... zas, zis, zas,
rompa la crisma
del haragan
que su paciencia
quiera apurar.

18.

LA ROMERIA.

I.

— Muy temprano, muy temprano
te levantas hoy, María;
muy tempranito te peinas,
muy tempranito te aliñas!
¿A dónde vas, niña, á dónde?
— Voy, madre, á la romería,
que el tamboril desde el alba
resuena en Santa Marina.
— Cuida, niña, de tu honra
y de tu corazon cuida,
que en esas fiestas esponen
honra y corazon las niñas.
— No temáis, señora madre,
que Juan ayer me decia:
«Ay, niña, ¡cuánto te quiero!
ay ¡cuánto te quiero, niña!»
y como me quiere tanto
y es tanta su valentía,
mi corazon y mi honra
defenderá si peligran.
— Niña, niña, la inocencia
en tu corazon habita,
y mis amantes temores
en esa inocencia estriban.
¡Ay de la niña que pierde
liviana ó inadvertida
honra y corazon, mas caros
que el oro y la plata fina!
— Adios, madre, hasta la noche,
que el tamboril muy aprisa
tan-taran-tan-tan, resuena,
resuena en la romería.

II.

Por la estrada de Mendieta
baja á la fiesta la niña.
¡Ay Dios qué ligera baja!
¡Ay Dios qué linda, qué linda!
No saltan de roble en roble
mas ligeras las ardillas
que salta de llosa en llosa
los altos setos María.
Su pié, tan leve que apénas
dobla la yerba que pisa,
zapatito fino calza
y calza azul media fina.
Blanco es su vestido, blanco
como su seno, y prendida
en la sien lleva una rosa
del color de su mejilla
y en dos trenzas cuyos lazos
la inocencia simbolizan,
su caballera, tan negra
como sus ojos, se agita.
Desiertos quedan los campos,
desiertas las caserías
que entre los robles blanquean
en las montañas vecinas;
que alegres mozos y viejos
bajan al valle en cuadrilla.
Los mozos bajan al baile,
los viejos bajan á misa,
pues el tamboril, en tanto
que las campanas repican,
tan-taran-tan-tan, resuena,
resuena en la romería.

III.

Ribera del manso rio
hay un campo que á porfía
altos nogales sombrean

y olientes flores tapizan.
Las brisas del Océano
que á lo léjos se divisa
llegan hasta allí y la atmósfera
refrescan y purifican.
En el centro de ese campo
rompe la bóveda umbría
de entrelazado follaje
la espadaña de una ermita.
En ese campo, morada
de soledad otros dias,
hoy tiene el placer su imperio,
su centro tiene hoy la vida,
pues tamboril y campanas
llaman á la romería,
y á tan alegre concierto
todas las penas se olvidan.
Allí confundidas yacen
edades y jerarquías
y ante la ley del contento
las almas se identifican.
Id allí, ciegos apóstoles
de fatalistas doctrinas:
la felicidad no es sueño
ni la libertad mentira,
que ambas se gozan al son
del tamboril que hoy aprisa
tan-taran-tan-tan, resuena,
resuena en la romería.

IV.

El corazon se dilata
y alborozado palpita
cuando los ojos contemplan
ese manantial de dicha.
Bordan la márgen del rio
y el ambiente aromatizan
mil canastillos de fruta

que Pomona envidiaria;
y bajo toldos de ramas
do quier á la gula incitan
sabrosísimos manjares
y deliciosas bebidas.
A la sombra de los árboles
comen y beben y brindan
sobre manteles de flores
cien venturosas familias,
y esos campestres banquetes
alegra la sinfonía
á cuyo compas los ciegos
la caridad solicitan.
¿Veis aquel círculo inmenso
allá en frente de la ermita,
que se estrecha ó que se ensancha,
que ya aplaude ó que ya silba?
Ya el *villano* le entusiasma,
ya el *aurrescu* le electriza,
ya el *fandango* le alboroza,
ya el *arin-arin* le anima,
que el tamboril, sin intervalo
y cada vez mas aprisa,
tan-taran-tan-tan, resuena,
resuena en la romería.

V.

El sol escondió su disco
entre nubes purpurinas
tras las montañas que el valle
por occidente limitan,
y poco á poco el murmullo,
y el movimiento, y la vida
se debilitan y mueren
en derredor de la ermita.
Mas la vida que allí falta,
por valles y por colinas,
por llosas y castañares,

y por estradas sombrías
con doble vigor se estiende
en direcciones distintas.
Oíd, oíd los cantares
y los gritos de alegría
con que atruenan los romeros
las selvas circunvecinas.
Por la estrada de Mendieta,
torna á su casa una niña,
y como es medrosa, lleva
un galan por compañía.
Hermosa ha sido la fiesta,
pero tú no sabes, niña,
que el néctar tiene sus heces
y las rosas sus espinas.
Acaso llores otro año
cuando el tamboril aprisa
tan-taran-tan-tan, resuene,
resuene en la romería.

VI.

«Ay de la niña que pierde
liviana ó inadvertida
honra y corazon, mas caros
que el oro y la plata fina!»
Así te dijo tu madre
hoy hace un año, María,
y por Dios que segun llòras,
no mintió tu madre, niña!
Nadie tu llanto recoge,
que ya para nadie brilla
una perla en cada lágrima
de tu apagada pupila.
Esas doncellas que fueron
tus compañeras queridas
felices con su inocencia
bajan á la romería,
y tú avergonzada escondes

la frente descolorida
y ni á decirles te atreves:
«Adios, compañeras mias!» —
El tamboril allá abajo
difunde el gozo y la vida;
pero su son, los dolores
de tu corazon aviva,
que hoy justamente se cumple
una fatal profecía,
que hoy hace un año te dije
presintiendo tu desdicha:
«Acaso llores otro año
cuando el tamboril, oh niña,
tan-taran-tan-tan, resuene,
resuene en la romería!»

19.

LA GORRA DE PELO.

I.

— Joaquina, dáme una luz,
porque estóy muerto de sueño.
Acuéstate tú tambien,
que es ya muy tarde y deseo
que mañana te levantes
temprano á hacerme el almuerzo.
— Bien, padre, que usted descanse.
— Es que.... Joaquina, no andemos
con aquí la puse! Acuéstate
inmediatamente.
— Bueno,
ya me acostaré.
— Joaquina,
no me urgues....
— Jesus qué empeño!

Ni siquiera puede una
tomar un rato aquí el fresco!
— Joaquina, tú andas buscando
tres piés al gato teniendo
cuatro.... Mira que me tienes
muy harto.... mira que tengo
muy malas pulgas... y mira
que te voy á dar un tiento
como te vea otra vez
hablar con el granadero!
Quita de ahí, poca vergüenza!
Pues mire usted que está bueno
plantificarse á la reja
en cuanto ve que me acuesto
para hablar al militroncho!
¿No te da vergüenza eso?
Quítate de ahí! Así hacen
las... de poco mas ó ménos.
— Sí, sí, predíqueme usted,
que sacará lo que el negro...
— Joaquina, estóy ya cansado
de decirte que no quiero
nada con los militronchos,
que me revientan, que verlos
y ver al diablo es todo uno....
— Pues á mí me pide el cuerpo
gorra de pelo. Caramba,
mire usted que es mucho cuento!
No ha de poder tener una
un mal novio....
— Tenle bueno
y te casarás ó harás
lo que te salga del cuerpo.
— Bueno es el que tengo ahora.
— Ya te he dicho que no quiero
militronchos.
— Pues sucede
con los paisanos lo mesmo.

Hace dos años le dije
á usted que estaba deshecho
por mí un paisano y usted
se puso como un infierno.
— Porque eras entónces una
mocosa.
— Vaya un pretesto!
— Tenias catorce años....
— Otras se casan de ménos.
— Joaquina, que se me atufan....
— Pues á mí me pide el cuerpo
gorra de pelo.
— Joaquina,
que te doy....
— Pues yo me muero
por los de tropa.
— Joaquina,
que vas á llevar, que pierdo
la paciencia, que te voy
á repicar el pandero....
— *Pues diré al son de los palos*
viva la gorra de pelo!

II.

— Gracias á Dios que se fué!
Qué postemas son los viejos!
Pues no dice que la tropa
le revienta!... Yo me muero,
me hago jalea, me pirro
por una gorra de pelo
y unos bigotes de á cuarta
como los que gasta Pedro....
Pero, señor, ¡cuánto tarda
ese arrastrado! Me temo
que se entretenga con otra.
Voto va, si fuera cierto
le arrancaba los bigotes
y le mandaba á paseo.

Pero qué ha de entretenerse
con otra, cuando está lelo
por mi.... Chiton, siento pasos....
Pues, señor, ahí le tenemos,
Mírale, mírale.... Vaya,
si es un real mozo....
— Salero,
estás sola?
— No lo sé.
— Qué tienes?
— No sé que tengo.
Arrastrado, vaya un hora
de venir!
— Calla, lucero,
que si te enojas, me rompo
la crisma contra estos hierros.
Pero, mujer, considera
que los militares semos
militares y que el cabo
manda con vara de fresno.
Con que dáme acá esa mano.
— Tómala, arrastrado! Y eso
que no la mereces.
— Huy,
me la comeria á besos!
Con que, morena, me quieres?
— Y te requiero, moreno!
— Ay, válgame Dios, morena,
que tilin me estás haciendo!
Permita el cielo divino
que te coma un lobo hambriento
y te vomite en mi cama!
Permita el divino cielo
que te vuelvas paja y siempre
me la echen á mí de pienso!
— Quién no quiere á un mozo tan
aquel y tan sandunguero!
¿Cuándo te dan la licencia,

Perico?
— Mañana mesmo
y nos casamos mas pronto
que la vista, si en efecto
me quieres mucho.
— Ay, Perico,
y qué desgraciados somos!
— Y porqué?
— Porque mi padre
no nos da el consentimiento.
— Y porqué?
— Porque en la tropa
dice que no hay uno bueno,
y te tiene tirria y mirria
y mala voluntad... Viejo
mas raro no come pan
en todito el universo.
— Por vida lo que malgasto!
Y cómo nos compondremos?
— Tú que eres hombre tendrás
mas talento para eso
que no yo que soy mujer.
— Qué he de tener yo talento!
— Voy al decir que cabiles....
— Si me trabuco y me pierdo
en cuanto cabilo un poco
y no sé lo que me pesco.
— Pues mira, á mí se me ocurre
un buen recurso. En teniendo
la licencia, que te corte
los bigotes un barbero,
te vistes bien de paisano,
vienes á casa derecho
y le dices á mi padre
que te dé el consentimiento
para casarte conmigo,
negándole, por supuesto,
que has sido de tropa, si es

que te lo pregunta.
— Bueno.
. . . . . .
— Toma, con el militroncho
está ya de cuchicheo
á la reja.... He de romper
en sus lomos este leño....
Toma! toma!
— Ay, ay, ay, ay!
— Toma! ¿Te pide aun el cuerpo
gorra de pelo?
— Sí.
— Toma!
— *Viva la gorra de pelo!*

III.

— Joaquina, que son las ocho
de la mañana... El almuerzo!
— Espérese usted!
— Joaquina,
que se repite el jaleo
de anoche!... El almuerzo digo!
— Deje usted que encienda fuego.
— Voto á brios Baco balillo!
Pues qué, ¿aun estamos en eso?
Si te hubieras levantado
temprano...
— Tenia sueño.
— No haberte acostado tarde.
— Queria tomar el fresco.
— El fresco! el fresco!... Joaquina,
el de la gorra de pelo
te va á costar muchos lapos!
— Aunque me cueste el pellejo
le he de querer. Con que ya
lo sabe usted, que no quiero
quedarme para vestir
imágenes.

— Habrá ciento
que te pretendan.
— Pues cuando
me pretendan hablaremos:
pero no saliéndome otro,
lo dicho dicho, no suelto
el militar aunque me hagan
mas trizas que pelos tengo
en la cabeza.
— Pues yo,
lo dicho dicho, no quiero
que te cases con soldado.
— Pues el soldado en teniendo
la licencia es tan paisano
como usted.
— El mismo perro
con distinto collar. Digo
que no puede ser mi yerno
el que haya sido soldado
ó lo sea ó piense serlo...
Abre esa puerta, que llaman.
— (Ay, válgame Dios! Apuesto
que es Perico!) Vaya, vaya,
con que viene usted á vernos?
— Sí, señora. Patron.... (Huy!)
— Qué es eso de patron?
— Tengo
la costumbre de decirlo
porque...
— Ha sido marinero.
Este jóven es el novio
que tuve hace mucho tiempo.
— Paisano...
— Es usted soldado?
— No, padre: es paisano nuestro.
Se interrumpe porque el pobre
es algo corto de genio.
— Vamos y qué tiene usted

que mandarme?
— Caballero...
— En la cruz de los calzones!
— (Qué, si no tengo talento
para estas cosas!) Pues yo
tenia un poco de afecto
á la Joaquina, hará como
dos años ó dos y medio...
Vamos al decir, los dos
nos queríamos...
— Entiendo.
— Pero, ya se ve, tuvimos
que marchar cada mochuelo
á su olivo, pues me dijo
la Joaquina que era bueno
dejar nuestras relaciones
porque usted se habia puesto
como un toro y no queria
que se casara tan presto.
Eso sí, lo que es entónces
era lo mesmo que un huevo
la Joaquina; pero ahora
es ya moza de provecho,
mejorando lo presente.
Con que... ya se ve, yo tengo
novias á manta, pero uno
siempre conserva el afecto,
porque como dijo el otro,
lo primero es lo primero.
— (Bendita sea tu boca!
Ni los padres misioneros
se esplican con tanto aquel).
— (El mozo es bastante lego,
pero con tal de ahuyentar
al militroncho, le acepto.)
Conque usted quiere casarse
con la Joaquina?
— Eso mesmo.

— Pues ella lo ha de decir,
que si ella envida, yo quiero.
— Padre, pues á qué está una
con diez y seis años hechos
á la cola!
— Pues entónces
casáos pronto y laus Deo.
(No haga el diablo que á la chica
le vuelva á pedir el cuerpo
gorra de pelo.)
— (Perico,
mira qué dichosos somos!)
— (Pero ay pobres de vosotros
si se descubre el enredo!)
— (Si se descubre y me zurran,
no tengas pena por eso,
que diré al son de los palos
viva la gorra de pelo!)

20.

A LA LUZ DE LAS ESTRELLAS.

I.

— Con que adios, sol de los soles!
— Jesus! tan pronto te vas!
— No me puedo detener,
que el alba despunta ya
y si nos ven aquí hablando,
sabe Dios lo que dirán!
— Pues si te vas, no me olvides.
— Yo no te olvido jamas.
Malhaya amen tu ventana
que tan elevada está!
— Si quieres una escalera,
en la iglesia la tendrán.

— Iré á pedirla muy pronto.
— Pues solo así subirás.
— Adios, sol!
— Adios, lucero!
— Adios prenda!
— Adios galan!
Qué gallardo! qué gallardo!
Le quisiera contemplar
miéntras atraviesa el raso
que hay desde aquí al robledal.
¡Estrellitas relumbrantes,
dadme vuestra claridad
para seguirle los pasos
á mi amante que se va!

II.

Entre los mozos del valle
no hay ninguno tan galan
como el que el alma me roba,
como el que mi esclavo es ya.
Ojos mios, ojos mios,
no le dejéis de mirar,
que los suyos tambien miran
de cuando en cuando hácia acá.
De alegría va cantando.....
¡Ay qué precioso cantar! —
— «Aunque no quieran tus padres
ni el cura ni el sacristan,
si me cumples la palabra,
contigo me he de casar.» —
— Nos casaremos, bien mio,
y sino me enterrarán!
Pero ya sale del raso,
ya se acerca al robledal,
ya la sombra de los robles
me le ha empezado á ocultar....
¡Estrellitas relumbrantes,
dadme vuestra claridad

para seguirle los pasos,
á mi amante que se va!

21.

LA MANCHA DE LA MORA.

I.

— Señora Rita, ¿qué tiene
su chico de usted? Ay hija,
parece que le han chupado
las brujas!
— Señora Isidra,
no sé qué demontres tiene
ese chico! Hace ocho dias
que apénas prueba el puchero
por mas que una le predica.
— Pues, señora, el que no come
tiene pena de la vida,
como dijo el otro. Con que
no andarse con tonterías.
— Hija, yo no sé qué hacerle.
¡Jesus! estóy aburrida!
Y luego dicen qué hijos!
Crea usted que mas valdria
que el Señor se los llevara
de chiquititos. Ay hija,
si la dan á una mas guerra
que Napoleon, si la quitan
la vida....
— Y los de usted, vamos,
son unas malvas benditas....
— Calle usted por Dios, señora!
Se conoce que no lidia
usted con ellos! Perico,
sobre todo, es de la misma

piel del diablo. Qué tragon
y qué guerrero! La niña....
— Para guerreros, los mios.
Mire usted, señora Rita,
esta mañana el Antonio
disparó una carretilla
cuando íbamos á almorzar
y espantada la Minina,
saltó por cima la mesa
y me echó el almuerzo encima,
de manera que me puso,
ya ve usted, toda perdida
de lamparones la falda...
— Eso sale en la lejía...
—¡Ay qué criaturas! Si estudian
con el enemigo, hija!
Y la ropa que destrozan!
Mire usted, hace ocho dias
saqué de la tienda al Pepe
pantalon y chaquetilla,
pues anda, ya va enseñando
los codos y las rodillas.
Ya se ve, no han de romper
si no paran, si se tiran
por los suelos, si parece
que tienen azogue! Frita
la tienen á una la sangre,
no hay un Dios que los resista.
Y luego aquel, como tiene
tan malas pulgas, se irrita
y dale que ha de pegarles....
— Ave María purísima!
Pegarles! Pobres criaturas!
— Pues es claro, esa es la mia.
Todos hemos sido niños
y hemos hecho niñerías;
pero volviendo á mi Paco,
lo que me da peor espina

es que está tan tristejon....
— Mire usted ¡quién lo diria
cuando ántes alborotaban
el barrio sus seguidillas,
cuando se estaba cantando
todo el santísimo dia!
— El pobre pasa la noche
delira que te delira.
Anoche, sin ir mas léjos,
fuí á su cuarto de puntillas
para que no despertara;
toqué su frente y tenia
un calenturon lo mismo
que un toro.
— Dios nos asista!
Y está usted con esa calma?
— Qué he de hacer?
— ¡Jesus María!
Llamar al instante un médico,
que no hay juegos con la vida.
— Si no quiere oir hablar
de médicos ni botica.
— Oiga usted!... Si estará malo
de... Dios me perdone, hija,
pero son el enemigo
estos muchachos del dia:
y luego esas mujeronas
los llaman y los incitan
y los engatusan y...
— Calle usted, señora Rita,
no diga usted disparates!
Mi chico en toda la vida
ha pensado en mas mujeres
que su novia. Si delira
por ella! Bien es verdad
que eso y aun mas todavía
se merece la muchacha,
que es de lo que no se estila,

mejorando lo presente.
— Y quién es?
— Toma, la chica
del tio Lila.
— Señora,
la chica del tio Lila
habla con el barberillo.
Lo ménos hace ocho dias
que los veo yo á la reja
muy metidos en harina.
— Hija, qué me dice usted!
— Lo que usted oye.
— Pues hija,
ya no hay que darle mas vueltas:
lo que á mi chico aniquila
es pasion de ánimo.
— Toma,
como usté es cristiana.
— Mira
la holganza, la mocosa,
la puerca, la presumida
que pasa emperejilándose
la mayor parte del dia,
y no sabe donde tiene
la mano derecha!... Iba
con ella aviado mi chico
como hay Dios!
— Señora Rita,
¿quiere usted que yo la dé
una buena medicina
para su chico?
— Señora,
no he de querer!
— Que se ria
de esa trasto, que busque otra
y verá como la olvida,
pues la mancha de la mora
con otra verde se quita.

II.

— Hijos, vamos á comer.
— Esa cuchara es la mia.
— No, que es la mia.
— Embustera!
Dámela...
— Pues que lo diga
madre.
— Qué es eso? Ya andamos
de pelea?
— Es que me quita
Periquito mi cuchara.
— Es que es mia y muy remía.
— Vamos, dejarse de historias:
en la mesa como en misa.
— Pues que me dé mi cuchara
la Pepa.
— Dásela, hija,
que este es lo mas testarudo....
Estáte quedo en la silla,
condenado, que parece
que tiene azogue!
— A Pepita
le ha echado usted mas garbanzos
que á mí.
— Pues toma! La envidia
no te deja á tí engordar!
Así estás como la espina
de santa Lucía. Toma,
que parece que en la vida
te desayunas!... Paquito,
come, hijo mio. Principia,
pues el comer y el rascar
eso es lo que necesitan.
— Madre, si no tengo ganas,
si aborrezco la comida....
— Anda, aunque no sea mas
que un par de cucharaditas.

Si está tan rico el puchero....
Como que tiene morcilla.
— No tengo ganas.
— ¿Qué tienes?
— Nada.
— ¡Qué suerte la mia!
Válgame Dios, estos hijos,
la quitan á una la vida!
Mira, Paco, vamos claros,
no andemos con tonterías:
tú estás así porque habla
con otro la Mariquita.
— Madre, diga usted que sí.
Anoche cuando venia
de jugar de la plazuela,
vi al barberillo de ahí riba
hablando por la ventana
con la hija del tio Lila,
y porque le digo: «Hablando
con otro la Mariquita!
Yo se le diré á mi hermano!»
va el barberillo y me arrima
una puntera....
— Los niños
deben callar la boquita
cuando hablan los grandes. Eh
á jugar á la bohardilla.
— Déjeme usted rebañar
el puchero! Yo queria
lo pegado.
— Tómalo!
No sé donde tienes tripa....
Qué condenacion de chico!
Largo de aquí con la niña.
Con que, Paquito, ¿acerté
porqué es tu melancolía?
— Sí señora, por eso es.
Pues la mejor medicina

para tu mal, es que olvides
á esa veleta.
— En la vida
la podré olvidar! Ay madre,
estóy que me tiraria
al canal si no mirara
que ustedes lo pasarian
muy mal faltándoles yo.
— El señor no lo permita!
¡Ay hijo de mis entrañas!
Faltándoles tú, ¿qué harian
tu madre y tus hermanitos
que no tienen, desde el dia
que Dios se llevó á tu padre,
otro amparo en esta vida!
Por Dios, olvida á esa falsa,
que te quitas y nos quitas
la vida pensando en ella!
— Tiene usted razon. ¿Qué haria
yo para olvidarla?
— Qué?
Querer á otra mas digna
de tu cariño, hijo mio;
que un muchacho de tu estima
las encontrará á millares
mas honradas y mas lindas.
— Pues bien, madre, haré la prueba,
y Dios quiera que consiga
vencer esta pasion de ánimo
que me consume hace dias.
— Vencerás, que con el tiempo
todo, hijo mio, se olvida,
que la mancha de la mora
con otra verde se quita.

III.

«Vivo en el cuarta bajo,
tú en el tercero;

que junte nuestros cuartos
díle al casero,
que estando juntos
ya no tendremos miedo
de los difuntos.»
«Todos los que padezcan
de mal de amores
busquen buenas muchachas
y no doctores,
que al fin y al cabo
todo clavo se saca
con otro clavo.»
«Muchos hay que defienden
la homeopatía
y yo soy uno de ellos,
morena mia,
que estando malo
me curaste con ella...
¡Ay qué regalo!»
«Cada vez que me acuerdo
de tu hermosura,
vuelve, morena, á darme
la calentura.
Tómame el pulso
tómamele, morena,
que estóy convulso.»

— Señora Rita, ¿quién es
el que echa esas seguidillas?
¡Qué! ¡si hace hablar la guitarra!
¡Si parece un organista!
Lo que es yo, toda la noche
oyéndole me estaria.
— ¿No le ha conocido usted?
Pues sí es mi Paquito.
— Ay hija,
ese chico es el demontre!
¡Qué seguidillas endilga!

— Donde le ve usted, las saca
de su cabeza toditas.
— Pues mire usted, no entendiendo
de componer, eso admira.
Hay muchos que sacan libros
y no tienen tanta chispa.
Anda, ya vuelve á cantar.
¿No le han de querer las chicas
teniendo esa habilidad
y ese aquel que dan envidia?
— Ahí verá usted si era lástima
que se empleara en la hija
del tio Lila un muchacho
de tanta sabiduría!
— Ya se ve que hubiera sido
un dolor, señora Rita.
¿No se acordará ya de ella?
— ¿Qué se ha de acordar! Ni pizca
á Dios gracias. Ya ve usted
si estarán él y la chica
del cuarto tercero ciegos
cuando se están todo el dia
echando coplas y flores,
él de abajo, ella de arriba.
Como que piensan casarse
para la pascua florida.
— Ella parece muy buena.
— Muy honrada, muy relimpia...
y sobre todo unas manos...
tiene unas manos divinas
para todo: esta mañana
nos mandó unas chucherías
de dulce hechas por su mano
y vaya, eran lo que habia
que comer! Solo que apénas
me descuidé en la cocina,
me las birló casi todas
Perico... ¡Ay señora Isidra,

no sabe usted lo que paso
con ese chico! Su tripa
no se encuentra harta jamas
y revienta el mejor dia.
Pero volviendo á mi Paco,
fué escelente medicina
la que usted le recetó,
porque sino, se las lia
el hijo de mis entrañas.
No, pues lo que es él no olvida
la receta: está cantando
todo el santísimo dia
que la mancha de la mora
con otra verde se quita.

22.

CONTRA TRISTEZA, CANTARES.

(A DON ANTONIO ARNAO.)

I.

Tu corazon, hermano,
triste suspira....
Comprendo la tristeza
que le domina,
como comprendo
la tristeza que el mio
dominó un tiempo!
Esperanzas de gloria
no realizadas,
amores sin ventura,
promesas falsas,
males de ausencia,
tales fueron las causas
de mi tristeza!

Lloré desconsolado
dias y dias,
creyendo que mis penas
se endulzarian;
mas ¡cómo el llanto
ha de endulzar las penas
si es tan amargo!
En un corro de gente
que le escuchaba,
vi un anciano cantando
con su guitarra....
¡Cantan los ciegos
y lloramos nosotros
que la luz vemos!
Acerquéme y le dije:
«Dichoso anciano,
vos cantáis y yo vivo
siempre llorando,
aunque mis ojos
ven el cielo y las flores
y el sol hermoso.
«Mi corazon consume
negra tristeza
y el contento en el vuestro
siempre se alberga.
Decídme cómo
siendo tan desdichado
sois tan dichoso!»
— Oye y nunca lo olvides,
respondió el ciego,
y entonó acompañado
de su instrumento:
Canta y no llores,
que cantando se alegran
los corazones!

II.

¡Cuánto bien me hizo el ciego!...
Dios le bendiga,
pues me fué desde entónces
dulce la vida.
Hoy mis cantares
son bálsamo que cura
todos mis males!
Si tienes una lira
mas sonorosa
que la lira que pulso
y á todas horas,
¿porqué con ella
no disipas, hermano,
tanta tristeza?
¿No hay en tu patria flores?
¿No hay cielo puro?
¿No hay arroyos y fuentes?
¿No hay mar cerúleo?
¿No hay un sol claro?
¿No hay luceros y estrellas?
¿No hay verdes campos?
¿No hay gentiles doncellas
cuya mirada
como el sol de Castilla
la nieve inflama?
¿No hay en el suelo
donde naciste anales
de gloria llenos?
¿No hay muros y castillos
que en la memoria
despiertan el recuerdo
de antiguas glorias?
¿No hubo una lucha
en que fué hecha pedazos
la media luna?
¿No hubo aquí una Numancia?
¿No hubo un Sagunto?

Para luchar con Roma,
¿cántabros no hubo?
¿No es esta patria
de Pelayos y Cides?
¿No es esta España?
¿No te parecen dignos
de tus cantares
la virtud, la fe santa
de nuestros padres,
el amor puro,
el saber, la inocencia
y el infortunio?
Canta y serás bendito
de cielo y tierra;
canta y serás salvado
de la tristeza,
canta y no llores,
que cantando se alegran
los corazones.

III.

Recuerda las mañanas
primaverales
en que, dando al olvido
nuestros pesares,
como dos pájaros
cruzábamos el bosque
los dos cantando.
Los árboles, las fuentes,
los arroyuelos,
los pájaros, las flores,
el sol, el cielo,
todo era, todo,
raudal de poesía
para nosotros.
Allí sí que era dulce
soñar despiertos
gloria y amor que siempre

fueron tus sueños,
fueron los mios,
fueron los del que siente
como sentimos!
Allí sí que era dulce
y hermoso el santo
recuerdo de la aldea,
donde llorando
viven mis padres,
donde esperan mi vuelta
quince años hace.
Allí sí que era dulce
pensar, hermano,
en la inocente vírgen
con quien soñámos!
Allí sí que era
dulce pasar las horas
entre quimeras!
Pues si fueron tan dulces
esos instantes,
si ahuyentámos cantando
nuestros pesares,
¿porqué no ahuyentas
cantando, como entónces,
esa tristeza?
¿Bajo el techo paterno
vivís hoy dia,
y abandonada y muda
yace tu lira?
¿Qué es de la santa
inspiracion que un tiempo
te arrebataba?
Canta y tus infortunios
cantando olvida,
canta, que Dios para eso
te dió la lira;
canta y no llores,

que cantando se alegran
los corazones!

IV.

¿Quién, si se ve abrumado
por la tristeza
y le anima el espíritu
de los poetas,
quién no demanda
solaz á sus cantares?
quién, pues, no canta?
Cantan con entusiasmo
Milton y Homero
cuyos dolientes ojos
no ven el cielo,
ni el sol, ni el campo,
ni las flores que esmaltan
huertos y prados.
Cantan Tasso y Macías
en cuyo pecho
arde el amor y habitan
penas sin cuento;
cantan Cervántes
y Camoens, en desdichas
y en genio grandes.
Y alza á Dios sus cantares
el rey profeta
cuando tribulaciones
do quier le cercan
cuando su hijo
le persigue y le venden
deudos y amigos.
Si Dios te ha dado el alma
y el infortunio
de esos cisnes que adora
y admira el mundo,
¿porqué como ellos

no elevas tus cantares
hasta los cielos?
Mas ya de nuevo tomas
tu dulce lira
y á cantar te preparas...
Dios te bendiga,
pues tus canciones
siempre ensalzan lo santo,
lo hermoso y noble!
Canta, pues, ya que sabes
cantar, hermano;
canta ya que estás triste
y atribulado;
canta y no llores,
que cantando se alegran
los corazones!

23.

LA ORDENANZA MILITAR.

I.

— Oiga usted, señor recluta!
— Mi sargento, mande usted.
— En cuanto oye la retreta,
pensando que no le ven,
se va usted del campamento
y vuelve al amanecer.
Diga usted, señor recluta,
¿á dónde se marcha usted?
— Perdone usted, mi sargento,
que no lo volveré á hacer...
— Señor recluta, cuidado
con escaparse otra vez
porque como yo lo sepa,
no lo pasará muy bien!

— Está muy bien, mi sargento;
pero ha de saber usted,
que allá abajo, en aquel pueblo
que en la llanura se ve,
hay una chica morena
con una sal y un aquel...
— Silencio, señor recluta,
que se insubordina usted!
¿Qué tienen que ver las chicas?...
— Pues no han de tener que ver!
El dia que caí quinto
adornó mi calañes
con una escarapelita
llorando á mas no poder...
— Pues es preciso olvidarla,
señor recluta.
— Porqué?
— Porque solo su bandera
el soldado ha de querer,
porque el soldado ha de estar
donde su bandera esté.
Lo manda así la ordenanza
y es preciso obedecer.

II.

— Oiga usted, señor recluta.
— Mi sargento, mande usted.
— ¿Tiembla usted porque las balas
han comenzado á llover?
— Ca, no señor, mi sargento:
es que allá abajo, en aquel
pueblo que está en la llanura,
padres y hermanos dejé
y... no quisiera morirme
sin volverlos mas á ver.
— Señor recluta, el soldado
no tiene, sépalo usted,
mas hermanos que los de armas

ni mas padres que su rey.
Matando, encuentra la gloria,
muriendo, la halla tambien.
Si siempre la gloria encuentra,
¿qué mas puede apetecer?
— Mi sargento, estóy conforme,
ya me ha convencido usted.
Padres y hermanos y novia
callád, tontos, no lloréis
que la vida militar
es buena á mas no poder...
Pero ay que tocan ataque...
Llueven balas á granel!...
— Señor recluta, á las filas!
— Pero si no puede ser,
mi sargento! Si caen hombres
como chinches!
— Ande usted,
que lo manda la ordenanza
y es preciso obedecer.

24.

OROS SON TRIUNFOS.

I.

— Vas á la fuente?
— A la fuente.
— Tan solita?
— Tan solita.
— Quieres que yo te acompañe?
— No he menester compañía.
— Ven y sentémosnos juntos
debajo de esas encinas.
— ¡Y que nos viera mi novio!
— ¿Con que tienes novio, niña?

— Es el pastor mas gallardo
de toda esta serranía.
— Pues no merece un pastor
una zagala tan linda.
— Y porqué no la merece?
— Porque es notoria injusticia
junto á un espinoso cardo
poner una clavellina.
— Yo nací para ser pobre.
— Porque no querrás ser rica.
— Si en el querer consistiera...
— Ay Dios, qué bien sentaria
en esos dedos pulidos
una pulida sortija!
— Pero como no la tengo...
— ¿Quieres probarte la mia?
— Por probar nada se pierde.
— Mira, te viene justita.
Guárdala, hermosa zagala,
que tengo en mi joyería
mas de doscientas y todas
cuajadas de piedras finas.
— Amable es el caballero!
— Encantadora es la niña!
Te acompañaré á la fuente.
— Me agrada la compañía. —
Y zagala y caballero
se pierden al fin de vista
caminito de la fuente,
entre castaños y encinas,
y un pastor que los ha visto
canta muy triste allá arriba.
— *El que fuere solo y pobre*
no busque la mujer linda,
porque en medio de sus gustos
viene el rico y se la quita!

II.

Aquella hermosa zagala
que yendo á la fuente un dia
puso en sus dedos pulidos
una pulida sortija,
baja con frecuencia al valle
y vuelve á la serranía
como una azucena pálida,
como una rosa marchita.
Las sortijas de sus dedos
dicen que se multiplican;
pero eran mucho mejores
las rosas de sus mejillas.
Mas ayer tornó del valle
sin una nueva sortija,
con el cabello en desórden,
llorando á lágrima viva.
¡Ay quiera Dios que hoy llorando
no torne á la serranía,
que ni compasion encuentra
en los que su llanto miran,
que hasta las otras zagalas
su conversacion esquivan!
Ya da la vuelta del valle;
pero sus dedos no brillan
y viene como ayer tarde
llorosa y descolorida!
A la vera del camino,
sentado al pié de una encina,
está un pastor abismado
en honda melancolía,
y la afligida zagala
hácia el pastor se encamina.
— «Compadécete, le dice,
de una mujer desvalida
y las lágrimas que vierto
de desagravio te sirvan!»
Pero el pastor se levanta

y temeroso de oirla,
gana con ligero paso
la cumbre de una colina
y canta allí con acento
lleno de melancolía:
El que fuere solo y pobre
no busque la mujer linda,
porque en medio de sus gustos
viene el rico y se la quita!

25.

LA CASA DONDE VIVIO.

I.

En esa casita blanca
oculta en un pabellon
de guindos y de manzanos
donde canta el ruiseñor,
alegre cuando el sol nace,
triste cuando muere el sol;
en esa casita blanca
vivia un tiempo mi amor,
vivia la dulce niña
que amaba mi corazon!...
La niña está ya en el cielo,
que era un ángel del Señor
y para morar con ángeles
tan puros ¡quién era yo!
Mas vagar en estos sitios
es todo mi diversion,
que me divierte la jaula
aunque el pájaro voló.

II.

Cuántas veces asomados
á aquel airoso balcon
cubierto de enredaderas,
de enredaderas en flor,
en brazos de la esperanza
nos adormímos los dos!
Me parece que estóy viendo
á la prenda de mi amor
esclamar allí, mostrando
la timidez en su voz,
la ternura en su mirada,
la dicha en su corazon:
— «Dichosos, mi dulce amado,
seremos aquí tú y yo
así que un sagrado vínculo
eternice nuestra union;
pues esta casita blanca
que mi niñez cobijó
y ofrece, léjos del mundo,
paz y alegría y amor,
amor y paz y alegría
nos ofrecerá á los dos!»
Como la flor del almendro
nuestra esperanza se heló;
mas vagar en estos sitios
es toda mi diversion,
que me divierte la jaula
aunque el pájaro voló.

III.

Casita, casita blanca
donde mi amada vivió,
de rayos y de huracanes
te guarde por siempre Dios;
los guindos y los manzanos
te den sombra y proteccion,
nunca se seque la fuente

que te da en julio frescor;
entonen en tu tejado
los pájaros su cancion;
enredaderas te adornen
y flores te den su olor!
Yo vendré cuando el sol nazca,
yo vendré al morir el sol
á fecundar con mi llanto
los campos de alrededor,
fijos los dolientes ojos
en tu desierto balcon;
que como fuiste morada
de la prenda de mi amor,
con la jaula me divierto
aunque el pájaro voló!

26.

LAS MUCHACHAS DE SANLUCAR.

(A DON LUIS DE EGUILAZ Y DON DIEGO LUQUE.)

I.

Yo, el que canto estos cantares
al compas de una vihuela
que gané con una tanda
de seguidillas manchegas
en un famoso certámen
en el campo de Manuela,
sobre las sagradas ruinas
de aquella insigne academia
que honraron los vates de
la corte del rey poeta;
yo, Anton el de los cantares,
como por tales proezas
en Lavapiés y el Barquillo
me llaman varones y hembras;

yo, apasionado cantor
de las mozas sándungueras
que don Ramon de la Cruz
cantó con sal y pimienta
y del modesto zumaque
de Arganda y de Valdepeñas;
yo voy á cantar las mozas
y el vino de vuestra tierra.
No faltará quien por frívolo
asunto tan dulce tenga
dirigiéndome á vosotros
que sois sesudos poetas;
pero digan lo que digan,
frivolidades tan bellas
celebrará eternamente
mi destemplada vihuela,
y por el nombre que tengo
á asegurar me atreviera
que aunque poetas sesudos,
tambien deliráis por ellas.
Que las muchachas os gustan
no admite duda siquiera,
puesto que los dos tenéis
el alma española neta
y puesto que sois los dos
dos Periquitos entre ellas;
y en cuanto á vino, tampoco
disentís de mis ideas,
pues si néctar os parece
el moscatel de esta tierra,
¡qué no debe pareceros
el moscatel de la vuestra!
Déjenme, pues, celebrar
las muchachas sanluqueñas
y el zumaque jerezano,
pues sé por propia esperiencia
que para vino sabroso
las jerezanas bodegas

y para chicas bonitas
Sanlúcar de Barrameda.

II.

Un hombre fué á examinarse
de doctrina por Cuaresma,
despues de haberse bebido
lo ménos azumbre y media,
y al decir el quién es Dios
se le trabucó la lengua
y dijo: — «Vino y muchachas
en toda tierra de cepas
son dos personas distintas
y una sola verdadera.» —
A mi ver el tal borracho
dijo una verdad soberbia,
que igual embriagan, igual
hacen perder la cabeza
el amor de una muchacha
y el vino de una botella.
Los ojos se le encandilan
del mismo modo y manera
al que besa una muchacha
y al que una botella besa,
y aseguran las personas
peritas en la materia,
que sin muchachas, son cuerpo
sin alma las borracheras.
Alcázar, el que alabó
la invencion de la taberna,
autoridad ante quien
hay que bajar la cabeza,
acariciaba á la vez
á su Ines y á su botella.
¡Oh amigos, el tal Alcázar
era pájaro de cuenta!
Entre Jerez y Sanlúcar
pasáis esta vida perra,

Jerez y Sanlúcar son
vuestra Zeca y vuestra Meca....
Amigos, os tengo envidia,
pues sé por propia esperencia
que para vino sabroso
las jerezanas bodegas,
y para chicas bonitas
Sanlúcar de Barrameda.

III.

Sanlúcar! me dije un dia,
Sanlúcar! hermosa tierra
para rico manzanillo
y para muchachas bellas,
segun dicen los barriles
que á nuestra Castilla ruedan,
y segun dice el cantar
que aprendí yendo á la escuela.
Di á un gallego mis penates
(entre cristianos, maleta),
y mas pronto que la vista
me hospedé en la diligencia.
En el puente de Toledo
dirigí á la villa egregia
un adios.... ¿á qué negarlo?
triste como una Cuaresma,
porque tengo la mitad
de mi corazon en ella;
porque lo que es para mí,
desde Madrid á mi tierra,
desde mi tierra á la gloria,
de la gloria... á las bodegas
de los Domecq, Pemartin,
Garvey, Archimbau, etcétera,
con tal que vayan conmigo
las muchachas sanluqueñas.
Chascó la fusta el auriga
y adios Madrid, que te quedas

sin gente; el raudo vehículo,
aquí se hunde, allí se vuelca,
en esta subida afloja,
en esta bajada aprieta,
me condujo al anhelado
término de mi carrera.
Era una tarde de abril,
y domingo por mas señas,
cuando Sanlúcar se honró.....
(lo primero la modestia)
dejándome recorrer
sus calles y callejuelas.
Amigos! en sus dos barrios
vi muchachas á docenas
y santigüándome, dije:
«Bendito sea Dios, qué perlas
arroja la mar salada
á las playas sanluqueñas!
Dicen que los andaluces
son gente muy embustera,
mas cuentan el Evangelio
los andaluces que cuentan
que para chicas bonitas
Sanlúcar de Barrameda.

IV.

Oyóme un mozo, á mi ver,
nacido en la Macarena,
que era lo mas macareno
que yo he visto en vuestra tierra,
y me preguntó:
— Compadre,
le gustan á usté esas hembras?
— No me han de gustar! Son ángeles!
— Pues sepa usté que con esas
asustamos en Sanlúcar
á los chiquillos de teta.
Llégüese usted al Vergel,

á la Calzada, á las Cuevas,
á las Piletas ó al Pino
y allí verá cosas buenas,
que por las tardes allí
va la flor de la canela. —
¡Luis! puesto que es el Vergel
finca de tu pertenencia
haz el favor de vendérmele
con todito lo que tenga
á las horas de paseo
cualquiera dia de fiesta.
No son mujeres, son rosas
las chicas que allí pasean,
y si hay otras en el mundo
que rivalicen con ellas,
esas son las que fuí viendo
en las otras alamedas.
Al dar la vuelta á Sanlúcar
me llamó desde la puerta
de un montañes aquel mozo
de apostura macarena
y me dijo:
— Compadrito,
vaya una cañita de esta
manzanilla que trasciende
á gloria de legua y media. —
Y caña va, caña viene,
bebimos una docena.
— Compadrito, ha visto usted
las muchachas sanluqueñas?
— Las he visto....
— Pues ahora
las verá usted mas de cerca. —
Y tomando el macareno
un par de cañitas llenas,
salióse á la puerta y dijo
á dos arrogantes hembras:
— Se acepta, princesas mias,

una cañita?
— Se acepta
por venir de buena mano —
contestaron las princesas,
y.... no encontrando palabras
para ensalzar la belleza
y el garbo y la sal de Dios
de aquellas chicas morenas,
en son de caña canté
con el macareno y ellas
que para chicas bonitas
Sanlúcar de Barrameda.

V.

— Compadre, me dijo el mozo
con quien hice *conocencia,*
¿quiere usted beber del vino
que se usa en la gloria eterna?
Pues véngase usté á Jerez
conmigo.... Está aquí á la vera.
— Vamos allá, respondí,
y en una airosa calesa
nos plantámos en Jerez
mas pronto que uno lo cuenta
y fuimos á visitar
las susodichas bodegas.
Si son templos del dios Baco
las miserables tabernas,
aquellas sí que son templos
y no bodegas! Aquellas
sí que son digno teatro
de las bacanales fiestas!
— Venga de ese generoso!
— De ese amontillado venga!
— A ver el Pero Jimenez!
— Al de color la Venecia!
— Vaya el moscatel, que es gloria!
— Vaya el seco, que es canela!

pasámos horas y horas...
Dios mio, qué horas aquellas!
Y luego dice Fernan
Caballero que en la tierra
no hay dicha cumplida! Y luego
agua quieren que uno beba!
Mas razon tiene Fernan,
que en aquella borrachera
nuestra dicha echó de ménos
las muchachas sanluqueñas,
pues chicas bonitas son
el alma de tales fiestas
y para chicas bonitas
Sanlúcar de Barrameda.

27.

LA VIDA DE JUAN SOLDADO.

I.

— ¡Qué noche!..... en la chimenea
sopla el viento sin cesar,
y son rios las canales
y hace un frio que ya ya!
Hijos, avivád la lumbre;
mas leña.....aunque sea una haz,
para que así se caliente
y se seque el militar.
Tú, Soledad, entretanto
baja un pernil del varal,
y haz al militar la cena,
que buena gana tendrá.
— Gracias, patroncita, gracias,
por su infinita bondad.
— ¡Eh! déjese usted de gracias;
no hacemos nada de mas.

En este mundo, hoy por tí
mañana por mí, y en paz.
Como dice el señor cura,
el que siembra cogerá,
que mañana ú otro dia,
tal vez mis hijos irán
por esos mundos de Dios
como usted ahora va,
y Dios les dará patronas
que no me los traten mal....
¡Hijitos de mis entrañas,
Dios los tenga por acá! —
Así dice la patrona;
y el honrado militar,
de negro y largo bigote,
de continente marcial,
de ojos negros, tez morena,
algo rudo en el hablar,
pero de aquellos que llaman
vino al vino, y pan al pan;
siente una lágrima tierna
por su mejilla rodar,
aunque el silbo de las balas
no le conmovió jamas.
Y los dos hermosos niños
que ocho ó diez años tendrán,
no se cansan de echar leña,
leña seca en el hogar,
ni se cansa de partir
rico jamon Soledad,
que es una chica morena
llena de gracia y de sal,
ni se cansa la patrona
huevos frescos de cascar.
— Militar, ¿cómo es su gracia?
dice la patrona.
— Juan.
—¿Y ha mucho que usted milita?

— Seis años cumplidos há.
— ¿Tiene usted padres?
— Los tengo,
y no los puedo olvidar.
— Aunque jóven, ¡qué trabajos
habrá pasado usted ya!
— ¿Qué si he pasado? ¡Ay patrona
no me quisiera acordar!
— Ya tiene usted á mis chicos
muertos de curiosidad
por saber toda la historia
de su vida militar.
— Hola, caporales! ¿sois
curiosos? Veníd acá
y sentáos á mi lado,
que os la voy á relatar,
aunque hay un cantar antiguo
que dice, y dice verdad:
la vida de Juan Soldado
es muy larga de contar.

II.

— Una tarde nos decia
el cura de mi lugar:
«Con no sé cuantos franceses
pasa la raya Armagnac....
¡Que no hallára en Roncesvalles
un Bernardo ese Roldan!
Por amigo se nos vende:
reniego de su amistad,
que tarde ó temprano, el gato
las uñas ha de sacar....
Ese Godoy, por mal nombre
el príncipe de la Paz,
el príncipe de la guerra
se debiera titular,
que la guerra por su culpa
tenemos encima ya.» —

¡Ay cuánta razon tenia
el cura de mi lugar!
Entró el frances en España,
y creyéndole leal,
á su paso en todas partes
fiestas vienen, fiestas van.
Su fino agradecimiento
quiso al español mostrar,
y se mostró... clavándole
en el pecho su puñal,
pues, dejando en los traidores
al mismo Júdas atras,
como Pedro por su casa
entró en Pamplona Armagnac,
en Barcelona Duchesne,
en San Fernando Piat,
y hasta... patrona, vergüenza
el referirlo me da!
hubo en Madrid españoles
que entregaron sin chistar
la espada del rey Francisco
al sanguinario Murat.
— Jesus, Jesus, qué vergüenza!
— El frances, siempre falaz,
llevó á Francia con engaños
á la familia real,
pues queria Napoleon
en toda España mandar;
pero el pueblo madrileño
que es un Cid, no aguantó mas,
y luchó como un leon
al grito de libertad,
matando mas mamelucos
que arenas tiene la mar.
Pero como los franceses
eran veinte veces mas,
al cabo los madrileños
se rindieron á Murat,

que fusiló hasta los niños
de teta...
— ¡Qué atrocidad!
¡Angelitos de mi alma!
— Y diga usted, militar
¿son judíos los franceses?
— No sé lo que son, rapaz;
pero aquella degollina
cara costándoles va.
Supo el alcalde de Móstoles
que la heróica capital
luchaba con los franceses,
y aunque era un pobre patan,
indignóse y puso un parte
que decia... poco mas
ó ménos: «*Madrid es víctima
de la perfidia imperial.*»
Y el parte por toda España
corre con celeridad,
y en todas partes el grito
de independencia se da.
Las rocas de Covadonga,
donde once siglos atras
alzó la cruz don Pelayo
contra el pendon musulman,
oyeron el primer grito
contra el frances desleal.
¡Vírgen del Pilar! La sangre
me hervia como un volcan
cuando el bravo Mendizabal
gritó en mi país natal:
«Veníd, valientes navarros,
por la patria á pelear!»
Y los navarros, seguímos
á aquel valiente con tal
entusiasmo, que jurámos
el fusil no abandonar
hasta conseguir luchando

la muerte ó la libertad.
— ¡Si yo hubiera estado allí!...
— ¿Que hubieras hecho, rapaz?
— Toma, ir á matar franceses
con ustedes. Voto va!...
—Bien, hombre! Eres mas valiente
que el Cid y el Gran capitan.
— Militar, ya está la cena,
conque vamos á cenar.
— Sí, cenemos, patroncita,
que tengo necesidad
de reforzar el estómago
si el cuento he de continuar,
pues como dice la copla,
y ustedes mismos verán,
la vida de Juan Soldado
es muy larga de contar.

III.

— Cerquita de Rioseco
nos dijeron: — «Ahí están
los franceses!» — Pues á ellos!
gritó nuestro general:
y sintiendo de alegría
el corazon palpitar,
cerrámos con los franceses
al son del racataplan.
Plum, plurrum! descarga viene,
plum, plurrum! descarga va,
¡se armó allí una de doscientos
mil demonios! ¡Qué silbar
las balas! ¡Qué modo de ir
hombres á la eternidad!
Pero... ya se ve, el frances,
soldado aguerrido ya,
bien vestido, bien armado,
como la zorra sagaz...
nosotros, pobres reclutas,

descalzos y á medio armar...
¡qué habia de suceder!
triunfó el águila imperial,
y Escobedo, Chaperon,
Maceda... una infinidad
de valientes derramaron
allí su sangre leal
y... vamos, si no quisiera...
— ¡Madre, llora el militar!
— Patroncitas, me avergüenzo
de tanta debilidad;
pero qué quieren ustedes,
no lo puedo remediar.
— ¡Calla, tambien llora madre!
— ¡Toma, y tambien Soledad!
— Rapaces, por los valientes
todos debemos llorar.
Pero sigamos el cuento,
y Dios tenga en santa paz
á tan buenos militares,
que de fijo los tendrá.
El frances en Rioseco
quiso el triunfo celebrar,
y le celebró el Neron
degollando sin piedad
á todo bicho viviente.
— ¡Jesus!
— Pues aun hizo mas.
— ¡Qué pícaros de franceses!
— No contentos con robar
hasta los santos copones,
su desenfreno fué tal,
que forzaron muchas monjas
delante del mismo altar.
— ¡¡Santo Dios, qué judiada!!
— ¡¡Dios mio, qué atrocidad!!
— Y pegaron fuego al pueblo.
— Dígame usted, militar,

¿se ha acabado ya la guerra?
— Aun dura. ¿Porqué, rapaz?
— Porque si admitieran chicos
en la tropa, me iba allá
y mataba mas franceses...
—¡Bien, hombre, bien, voto á san!
Deja que te dé cien besos,
que vales un dineral!
Ten un poco de paciencia,
y escucha, que ya verás
como, por arte ó por parte,
donde las toman las dan.
Muchos trabajos pasé
desde aquel dia fatal,
andando de ceca en meca,
descalzo, falto de pan,
con los franceses delante,
con los franceses detras,
ya tostado por el sol,
y muerto de frio, ya
espeado, ya molido
á fuerza de caminar!
Pero como siempre el bien
camina detras del mal,
al fin encontré el desquite
de tanta penalidad;
porque dimos en Bailen
una batalla que atras
deja á todas las batallas
que se han dado y se darán.
Mandaba al frances Dupont,
que dicen era sagaz,
y valiente, y entendido,
y en fin... un buen general;
y á nosotros nos mandaban
Castaños, que no le va
á nadie en zaga, y Reding
y Abadía que serán

por los siglos de los siglos
espejo del militar.
Reding y Abadía emprenden,
fuego viene, fuego va,
con el soberbio Dupont;
óyese el cañon tronar;
se dan cargas y mas cargas;
bayonetazos se dan,
caen franceses como chinches;
quiere Dupont escapar;
le circunvalan los nuestros,
y ten de aquí, ten de allá,
mas de veinte mil franceses
prisioneros se nos dan,
y si mas no fueron... fué
porque no quedaban mas.
Patronas, pensé aquel dia
de gozo prevaricar!
— Por vida de... ¿Pesan mucho
los fusiles, señor Juan?
— Y que pesen ó no pesen,
¿qué te importa á tí, rapaz?
— ¿Que no me importa? ¡Caramba!
si yo pudiera llevar
el fusil, sentaba plaza...
— Este chico vale mas
pesetas que el Potosí,
y ha de ser un general.
— ¡Ay! no me le quite Dios
de mi ladito jamas;
que tiene muchos percances
la vida del militar.
— ¡Ay patrona, todavía
no sabe usted la mitad!
La vida de Juan Soldado
es muy larga de contar.

IV.

Pues señor, cuando vencimos
á Dupont, héte que va
el parte de que apurados
los de Zaragoza están,
pues los sitian los franceses
con mucha tenacidad,
y decimos: — «Los franchutes
por aquí guerra no dan,
y la dan en Zaragoza...
Pues señor, vamos allá.»
Y hala, hala, hala, casi
sin comer ni descansar,
llegámos á Zaragoza,
y en las heras, zas, zis, zas,
zurrámos á los franceses,
y entrámos en la ciudad.
¡Qué alegría los sitiados
al ver gente tan marcial!
Nos besaban las mujeres
casadas y por casar.
«Entregáos!» les decian
los franceses; pero quiá,
todos habian jurado
por la vírgen del Pilar
perecer, como en Numancia
sucedió tiempos atras,
ántes que entregar la plaza
al ejército imperial.
¡Qué modo de caer bombas!
¡Qué modo de pelear
en todas partes! ¡Qué modo
de echar á la eternidad
franceses en los asaltos
que nos daban sin cesar!
Don Francisco Palafox,
el mas valiente y leal
qu ha defendido una plaza

desde los tiempos de Adan,
nos daba á todos ejemplo
de valor al pelear.
Allí todo Dios cogia
una escopeta, un puñal,
un fusil, una hacha, un palo,
una azada... un rejalgar,
y al grito de ¡viva España!
al zipizape se va,
hasta que al fin el frances
el sitio tuvo que alzar
de rabia y vergüenza lleno
viendo tanta heroicidad,
en tanto que las campanas
de la vírgen del Pilar
alzaban, toca que toca,
himnos á la libertad.
Como es mi placer á tiros
con los franceses andar,
por salir de Zaragoza
estaba rabiando ya,
y se lo escribí á mi madre
que me contestó... Aquí está
la carta: — «Juan de mi alma,
si te puedes ahí quedar,
quédate, porque en los campos
es mucha la mortandad,
y si te pegan un tiro,
¡pobres de nosotros, Juan!»
— ¡Mire usted la pobrecita
señora!... Vamos, si no hay
amor como el de una madre!
— ¡Patroncita, qué verdad!
— ¿Y se quedó usted al fin
en Zaragoza?
— No tal:
ercribí á mi madre: — «¡Madre
de mi corazon! lidiar

por el rey y por la patria
es el deber principal
del soldado; con que así
usted me perdonará
si en vez de estarme aquí ocioso
rompo la marcha á buscar
franceses donde los haya,
porque aquí no los hay ya.»
Y en seguida.... á discrecion,
marchen, paso regular,
que siempre el que corre ménos
es el que camina mas,
marché.... no me acuerdo adonde
marché. De aquí para allá
anduve meses y meses,
hoy en un pobre lugar;
mañana en una montaña;
esotro en una ciudad;
siempre á tiros y pinchazos,
siempre como un azacan,
unas veces escapando
y otras haciendo escapar.
¡Ay patronas de mi alma!
es muchísima verdad,
la vida de Juan Soldado
es muy larga de contar.

V.

— Pero, lo repito, el bien
camina detras del mal.
Despues de muchos reveses
que callo, porque me dan
mucha pena, vino un dia
de gloria y felicidad;
pues españoles é ingleses,
jugando á quién pega mas,
al frances en Talavera
zurrámos el cordoban.

Bien se portaron allí
Cuesta nuestro general,
y Wilson, y Wevesley,
y otros que he olvidado ya!
Mas la batalla de Ocaña
que no quisiera nombrar,
pues lo que en ella perdimos
será siempre proverbial,
nos hizo atrasar bastante,
pero no temblar... ¿Temblar
los españoles? No tiemblan
los españoles jamas.
Si en las batallas formales
á veces nos es fatal
la suerte, porque el frances
es muy diestro en pelear,
las escaramuzas.... son
harina de otro costal.
El Empecinado, Longa,
Mina, Rovira, Julian,
Sanchez y otros guerrilleros
han escabechado mas
franceses que en medio siglo
las francesas parirán.
El frances, que medio mundo
dicen ha vencido ya,
con el rabo entre las piernas
de España se ha de largar,
y mas si otra zurra como
la de Arapiles le dan.
Allí le cogió Wellington
seis mil hombres, y ademas
le quitó la artillería,
y hasta hirió á su general.
Patroncitas, los franceses
de capa caida van,
y lo prueba el que á la raya
se empiezan á replegar;

pero allá vamos nosotros,
y juro á brios, que tendrán
una buena despedida
si nos llegan á esperar.
— Voto á.... Siento que se vayan.
— ¿Porqué lo sientes, rapaz?
— Porque sin matar franceses
no me quisiera quedar.
— Anda, hombre, deja que vivan
los pocos que quedan ya.
Doscientos sesenta mil,
pocos ménos, pocos mas,
han venido á España, y quedan
doscientos mil por acá.
— ¡Ay madres que paren hijos
para verlos.... Militar,
los franceses al fin son
hombres como los demas,
y es un dolor que los hombres
se maten.
— ¡Y qué verdad,
patroncita! Quien ha armado
todo este berengenal
no son los franceses: es
Napoleon...: ¡Mal rejalgar
para él!
— ¡Qué tizonazos
le esperan!
— A mí me da
gusto despachar franceses
porque es preciso matar
en la guerra; mas la guerra
es una barbaridad.
Con que... ¿qué dicen ustedes
de mi vida militar?
— ¡Ay, señor Juan, qué trabajos!
Pero se concluye ya
la guerra; irá usté á su pueblo,

y vivirá en santa paz
con sus padres... ó su esposa,
si se casa, pues tendrá
novia.
— ¡Qué he de tener novia!
— ¿Te estás queda, Soledad?
¡Si parece que pinchándola
con alfileres están!
— Patrona, si nos casáramos
ese florido rosal
y yo... ¡válgame la Vírgen!
— Pues otras cosas habrá
mas difíciles.... Usted
es libre, ella otro que tal.
— ¡Madre, cómo se le alegran
los ojos á Soledad!
— ¡Embustero! ¿á mí?
— ¡Qué chicos!
¡En todo han de reparar!
¡Jesus, ya cantan los gallos!
Bien dice usted, señor Juan,
la vida de Juan Soldado
es muy larga de contar.

VI.

— ¡Señor Juan!
— ¡Patronas! ¡niños!...
¿Qué tal?
— Muy bien, señor Juan.
¿Y usted?
— Ha habido de todo.
— ¡Jesus! ¿usted por acá?
Pues está usted de paisano
mejor que de militar.
— Madre, con el uniforme
á mí me gustaba mas.
— Vamos, siéntese usted miéntras
esta le hace de almorzar.

— A gloria sabrá el almuerzo
hecho por la Soledad.
— Madre, esta parece boba,
mira que te mira á Juan.
— ¿Quién mira, embustero?
— Tú.
— Dejarse de porfiar.
¿Cómo tenemos el gusto
de verle á usted por acá?
— Desde aquí fuimos al Norte,
y á muy poco de llegar,
unidos con los ingleses,
dimos en Vitoria tal
embite al pobre frances,
que le echámos para allá.
Creyéndose en Roncesvalles
un Carlo-Magno, un Roldan,
nos presentó la batalla,
pero era el sitio fatal,
porque Bernardo á nosotros
nos prestó ayuda eficaz,
y Roldan y Carlo-Magno
lo pasaron harto mal.
Lo mismo pasó en Sorauren
y lo mismo en San Marcial,
dónde Freire se portó
como todo un militar,
y así no quedó un frances
de la raya para acá.
Me fuí entónces á mi pueblo
con el afan de abrazar
á mis padres... pero fué
inútil aquel afan,
porque... ¡padres de mi alma!
Por vida de... Y luego habrá
quien estrañe que uno tenga
tirria y mala voluntad
á los franceses!

— ¡Jesus
nos asista! señor Juan,
¿qué habia pasado?
— Pche,
una friolera! Al pasar
el frances en retirada
por mi pueblo, pegó tal
paliza á mi pobre padre
que le echó á la eternidad,
diciendo que el pobre viejo
tenia un hijo *brigant*,
y mi madre á los tres dias
murió tambien de pesar.
— Jesus! Jesus! Ni los mismos
judíos hicieran mas!
— Como en el pueblo el dolor
la vida me iba á quitar,
y me eran insoportables
parentela y vecindad,
vendí lo poco que habia
y me vine por acá
desengañado del mundo,
buscando... la soledad.
Con que, Soledad, si usted
me quisiera consolar...
— Yo... si mi madre quisiera...
— ¡Pues no he de querer! Con tal
que sea á tu gusto...
— Diga
usted que sí, señor Juan,
que el otro dia mi hermana
y la Saturia, y la Paz,
y la Juana se metieron
en el cuarto para hablar
de novios, y les decia
á las otras Soledad:
«Chicas, yo todas las noches
sueño con el militar.»

— ¡Embustero! ¿yo dije eso?
— Sí, sí, rabia, rabia! Ya
que no me quieren abrir,
dije, se han de fastidiar,
que he de escuchar lo que dicen.
— ¡Anda, cucharon!
— ¡Me da
la gana!
— Déjale, hija.
Ya lo oye usted, señor Juan.
— Patrona, ¡qué feliz soy!
— Diga usté, ¿me enseñará
usté el ejercicio?
— ¡Hombre!
¿pues no te le he de enseñar?
— ¿Y qué me contará usted?
— Mi vida de pe á pa.
La vida de Juan Soldado
es muy larga de contar.

28.

CASTIGO DE DIOS.

I.

Asomada á la ventana
la pobre María está;
tiene el rostro... como el rostro
del que llevan á enterrar;
mira con ansia á la calle
y solo ve oscuridad,
y aplica el oido y oye
como silba el huracan.
«Está loca rematada!»
dicen en la vecindad,

y no mienten. Pobre chica,
loca rematada está!
Si queréis saber la historia
de su locura, escuchád.
Era una chica de quince,
llena de gracia y de sal,
con unos ojos de cielo
que decian soledad.
Fué á la Florida una tarde
contenta, alegre, locuaz,
como una rosa recien
cortadita del rosal,
y á la orillita del rio
viendo á la Ines y á la Paz
alegremente bailando
con su novio cada cual,
que ella no tenia novio,
se puso á considerar.
Se le saltaron las lágrimas,
pero, consolada ya,
las enjugó con el cabo
de su airoso delantal
y se puso á coger flores,
florecitas de san Juan,
y tomillo y siempre-vivas
y qué sé yo cuantas mas.
Así que hizo un ramillete
con él bajo el delantal
en dos saltos á la ermita
de san Antonio se va
y dice al Santo bendito,
engalanando su altar:
— «Santo bendito y hermoso!
si es verdad
que á las muchachas honradas
novio das,
dáme uno, santo bendito,
¡que tengo quince años ya!»

Por la cuesta de la Vega
se la vió á poco tornar
muy metidita en harina
con un jóven muy galan;
y cuentan que detuvieron
ambos el paso al llegar
al pié de aquel santo muro
donde la Vírgen está
y allí se dieron palabra
de no olvidarse jamas.

II.

María y Juan se adoraban...
Se adoraban? Dije mal;
Juan engañaba á María,
María adoraba á Juan,
y vino á resultar de esto...
lo que suele resultar
cuando la novia es muy boba
y el novio es muy truchiman.
El mundo á la pobre chica
escarneció sin piedad
y celebró con chacota
las gracias del perillan.
Bien pudo la pobre chica
acudir á un tribunal,
pero ¿qué hubiera sacado?
Dar un escándalo mas,
que el delito semejante
al cometido por Juan,
se comete sin testigos
y.... váyale usté á probar,
y el que no quiere por bien
¿cómo ha de querer por mal?
La desventurada chica
se contentó con llorar
y tanto lloró la pobre
y su tristeza fué tal

que al cabo se volvió loca,
pero qué, loca de atar!
Maldito sea el amante
que tal premio al amor da
y si no le dan garrote,
maldita la sociedad!
Al pié de aquella ventana
donde su víctima está
á las doce de la noche
iba muy rendido Juan
y hasta la ventana á veces
solia el bribon trepar....
Pobre loca! allí la tiene
una esperanza quizá,
la esperanza de que torne
el amante desleal;
pero el amante no torna
y la pobre chica va
perdiendo aquella esperanza
y comienza á desvariar.
¿Oís esa carcajada?
Atencion que va á cantar.
— *Una palabra me diste*
y la has olvidado ya,
pero yo cumplo la mia
de no olvidarte jamas.

III.

¡Santa Bárbara bendita!
Comienza á relampaguear
y los truenos menudean
y cada vez suenan mas.
Retírate, pobre loca,
de esa ventana fatal;
los relámpagos que alumbran
tu descolorida faz
despiertan en tí recuerdos
que no debes evocar,

son la imágen verdadera
de tu ventura fugaz.
Pero ¿qué ruido, qué canto
blasfemo, torpe, brutal,
hasta tu ventana llega
en alas del huracan?
Acércase una cuadrilla
de jóvenes cuya faz
ha descompuesto el desórden
de asquerosa bacanal.
Cantan, se atropellan, rien
y blasfeman al compas
del estallido del trueno
que retumba sin cesar.
¡Pobre María! sus ojos,
amortiguados poco há,
se van animando... brillan
con un brillo sin igual,
que siente la pobre loca
su corazon palpitar,
que oye la voz del ingrato,
de su verdugo, de Juan!
Su vergüenza, sus dolores,
su prolongado esperar,
todo, en fin, la pobre loca,
todo lo ha olvidado ya,
pues piensa que, pesaroso
de su olvido, torna Juan,
como otro tiempo, á embriagarla
de amor y felicidad,
y llora la pobre chica
de gozo, no de pesar,
y abre sus brazos con ansia,
con delirio, con afan
de oprimir contra su pecho
á aquel por quien loca está.
— «Ven, amor mio, le dice;
amor mio, ven acá,

ven, ven, que sin tí me muero,
que no puedo esperar mas!»
Y dando una carcajada
vuelve otra vez á cantar:
« *Una palabra me diste*
y la has olvidado ya;
pero yo cumplo la mia
de no olvidarte jamas.»

IV.

A la ventana se acerca
el amante desleal
á impulso de la costumbre
ó á impulso de la crueldad,
que alma de tigre es preciso
tener para atormentar
á la mujer que honra y vida
sin pedir recibo da.
— Hola, murmura, ¿qué es eso?
¿conjuras la tempestad
ó estás de espera? Qué diablo...
¿cuántos han caido ya?
Responde... no tengas miedo...
Yo no me he de incomodar.
Del árbol que yo he podado
hagan leña los demas.
— Teme á Dios!....
— Soy muy valiente.
— ¡Compadéceme!
¡Bah! bah!
¿Te tratan mal tus amantes?
. . . . . .
— ¡Calla! ¡Se ha quedado atras!
¿Juanito, qué haces ahí, hombre?
¿Qué, no vienes?
— ¡Já, já, já,
está pelando la pava!
— No hay duda.

— Cierto.
— Cabal.
— Veamos la ventanera.
— Será linda.
— Lo será.
— Juan no se va á las peores.
— Díganlo Juana, Pilar,
Petra...
— ¡Qué chicas!
— ¡Divinas!
— Encantadoras!
— Bien mal
se portó con todas ellas!
— Las echó á la eternidad.
— ¡Y dicen que amor no mata!
— Sí mata.
— ¡Qué ha de matar!
— Es lo cierto que esas chicas
se murieron y tres mas.
— ¿Pero de amor?
— Por supuesto.
— ¡Ay qué horror!
— ¡Qué atrocidad!
— Y no quiero enamorarme.
— Ni yo tampoco.
— Jamas
he de querer á ninguna.
— Muchachos, nada de amar:
á divertirse con todas,
y... viva la libertad!
— ¡Magnífico!
— ¡Qué talento!
— ¡Sublime!
— ¡Piramidal!
. . . . . .
— ¡Adios, mi linda olvidada!
— ¡Por Dios, ten de mí piedad!
Con que me olvidas, ingrato!

— Tengo otras en que pensar.
— ¡No me olvides, no me olvides,
que Dios te castigará!
— Bien predicas, pero yo
soy pecador contumaz.
Me importa el cielo tres pitos,
y en teniendo á mi mandar
vino y muchachas, desprecio
la cólera celestial. —
No bien tan torpe blasfemia
hubo proferido Juan,
el fuego del cielo, un rayo
le hirió con golpe mortal;
mas la loca no oyó el grito
que dió al tiempo de espirar,
pues espiraba tambien
y era su canto final:
— *Una palabra me diste*
y la has olvidado ya,
pero yo cumplo la mia
de no olvidarte jamas.

29.

GENTE MORENA.

I.

«Muchachas de tez de nieve
y de rubia cabellera
son florecitas, mas son
florecitas sin esencia.
Glaciales hijos del norte,
querédlas en horabuena,
que os gustarán como os gusta
la nieve de vuestras sierras;
pero en Castilla queremos

muchachas de tez morena,
queremos almas ardientes
como este sol que nos quema.
Moreno pintan á Cristo,
morena á la Magdalena,
morenas sin duda fueron
la granadina Zulema,
la aragonesa Isabel,
la castellana Jimena
que en los anales de amor
dejaron memoria eterna;
morenitas suelen ser
las muchachas de mi tierra,
moreno es el bien que adoro...
¡viva la gente morena!»

II.

Así, pidiendo á la historia
razones que á dar se niega,
los cantos meridionales
ensalzan á las morenas;
así el pueblo de Castilla
vuestra rubia cabellera
de color de ébano torna,
¡oh Jesus! ¡oh Magdalena!
Yo Anton el de los cantares
tambien nací en esta tierra
donde el amor es la gloria
y el limbo la indiferencia;
pero yo al amor no pido
una mejilla trigueña,
que le pido una mejilla
de rosas y de azucenas.
¡Oh vírgen de ojos azules
que vi llorar en mi aldea
de amor y melancolía
cuando doraba la sierra

el triste sol de los muertos,
¡tu amor quiero y tu tristeza!

30.

LA VIDA Y LA MUERTE.

I.

Hay un Dios que tiene un cielo
y un infierno reservados,
para los buenos el uno
y el otro para los malos.
¡Mortal! en vano te ocultas
al cometer el pecado,
que para Dios no hay secretos,
que para Dios no hay arcanos.
Avaro que oro y mas oro
vas con ansia amontonando,
que adoracion le tributas,
que á Dios tienes olvidado,
que con el sudor del pobre
haces vergonzoso tráfico,
deja de engañar al mundo
cubriéndote con el manto
de la caridad y deja
de irritar á Dios, avaro!
Mira que la vida es corta,
mira que el infierno es largo,
mira que te mira Dios,
mira que te está mirando!

II.

Rico que pasas la vida
á estéril ocio entregado,
que trajes costosos vistes,
que habitas regios palacios,

que en lecho de pluma duermes,
que tienes siervos y esclavos,
que tu paladar halagas
con manjares delicados,
que en refulgente carroza
vas á fiestas y saraos,
que á meretrices infames
compras placeres mundanos,
asómete á los balcones
de tu soberbio palacio
y contempla en la miseria
sumidos á tus hermanos.
Verás al huérfano débil,
verás al caduco anciano,
verás á la triste viuda,
verás al artista inválido
famélicos y ateridos,
cubiertos, ¡ay Dios! de harapos,
con lágrimas en los ojos
tu compasion implorando!
Llora con ellos y cubre
su desnudez con el manto
de la caridad ¡oh rico
á la molicie entregado!
Mira que Dios premia al bueno,
mira que castiga al malo,
mira que te has de morir,
mira que no sabes cuándo!

III.

Tirano que porque plugo
á Dios colocarte un grado
mas arriba que otros hombres
blandes sin piedad tu látigo;
que la dignidad humana
tratas con befa y escarnio,
que eres en lugar de padre
verdugo desapiadado,

que la balanza de Temis
jamas tomas en tu mano,
que hasta llorar su desdicha
prohibes á tus esclavos,
que castigas á leales
y recompensas á falsos,
tu orgullo y tu altanería
¿en qué se fundan, tirano?
En alto puesto te asientas,
pero Dios está mas alto,
y ante su ley son iguales
los reyes y los vasallos.
Mira que nada se oculta
á sus ojos soberanos,
mira que tus injusticias
ha de castigar airado,
mira que la vida es corta,
mira que el infierno es largo,
mira que te mira Dios,
mira que te está mirando!

IV.

Traidora mujer que á un hombre
juraste en el templo santo
fidelidad y cariño
y á otro ciñes con tus brazos;
traidor mancebo que arrancas,
artificioso y liviano,
su túnica de inocencia
á un ángel inmaculado;
encantadora sirena
que con tus falaces cantos
atraes al hombre y te cebas
en su corazon incauto;
¿porqué olvidáis que hay un cielo
y un infierno reservados,
para los buenos el uno
y el otro para los malos?

En este mundo no tiene
castigo vuestro pecado;
mas toda deuda se paga
y se cumple todo plazo.
Mirád que Dios premia al bueno,
mirád que castiga al malo,
y mirád que os mira Dios,
mirád que os está mirando!

V.

Sacrílego que estás siempre
con la blasfemia en el labio,
que te burlas impudente
de todo lo noble y santo,
que la piedad escarneces,
que no ves la santa mano
de Dios en las maravillas
de que el mundo está poblado,
que de la virtud te ries
llamándola nombre vano,
que mas allá de la muerte
solo ves polvo y gusanos,
¡feliz si de Dios tus ojos
nunca hubieras apartado!
Quien nada cree nada espera
y la esperanza es un bálsamo
que aroma y consuela y cura
los corazones llagados.
Vuelve hoy á Dios, que mañana
no podrás hacerlo acaso,
mira que la vida es corta,
mira que el infierno es largo,
mira que te has de morir,
mira que no sabes cuándo.

31.

ANTONIA LA CIGARRERA.

I.

Antonia la cigarrera
es la moza de mas garbo
desde la Plaza al Salitre,
desde san Francisco al Prado.
Va perdiendo los colores
y nadie sabe en el barrio
si se los quita el amor
ó se los quita el tabaco;
pero dicen sus vecinas
que Antonia de cuando en cuando
se va á los Carabancheles
en la calesa de Paco,
y á un marques de coche y todo
niega la entrada en su cuarto
cantando cuando le ve
calle arriba, calle abajo:
— «Mas quiero un jaleo pobre
y unos pimientos asados
que no tener un usía
desaborido á mi lado.»

II.

En una airosa calesa
que corre como un relámpago,
va Antonia á Carabanchel
sal de Jesus derramando.
— Paso, grita el calesero,
que en mi calesin gallardo
llevo á la reina de España;
paso, caballeros, paso!
Hala, morota, morota,
no camines tan despacio,

que espera un señor usía
en Carabanchel de abajo! —
Y Antonia la cigarrera
que sin duda entiende á Paco,
canta con mucho salero
entre riendo y llorando:
— «Mas quiero un jaleo pobre
y unos pimientos asados
que no tener un usía
desaborido á mi lado.»

III.

— ¡So, morota!... Señá Antonia
baje usté y no se haga daño,
que el marques se pondrá triste
si no ve ese cuerpo sano.
— Al marques nada le importa
este cuerpo, señor Paco.
Si vengo á su quinta, vengo
á visitar á mi hermano
que sirve á su señoría,
con que ya está usté enterado.
Este cuerpo no se trata
con señorones tan altos,
que quiere un jaleo pobre...
— Como yo, pongo por caso?
— Señor Paco, justamente.
— Pues lo dicho.
— Pues lo hablado. —
Y Antonia la cigarrera
va hácia la quinta cantando:
— «Mas quiero un jaleo pobre
y unos pimientos asados
que no tener un usía
desaborido á mi lado.»

IV.

— Siempre que voy á Madrid
voy á verte y voy en vano,
porque me das con la puerta
en los hocicos...
— Es claro.
¿No le he dicho á usía que
no le quiero? ¿Hablo en gabacho?
— ¡Ingrata! Tú te lo pierdes.
Qué trajes y qué boato
tendrias si me quisierás!
— Pero quiero hacer cigarros.
— No te vas sin darme un beso...
— Qué risa! Usía está malo.
— Mira, te irás en mi coche
como me des un abrazo.
— No ve usía que me espera
mi calesero allá abajo?
— Quédate á comer conmigo.
Verás qué vino, qué platos... —
Y Antonia la cigarrera
aprieta á correr cantando:
— «Mas quiero un jaleo pobre
y unos pimientos asados,
que no tener un usía
desaborido á mi lado.»

V.

Hácia la puerta de Hierro
caminan la Antonia y Paco;
pero no van en calesa:
van á patita y andando,
porque así pueden meterse
tan libres como los pájaros
por la orillita del rio
cubierta de jaramago.
Tabaco labra la Antonia,
pero á pesar del tabaco

se ha puesto coloradita
como una rosa de mayo.
— Qué gusto, qué gusto, dice,
merendar en estos campos!...
Que le haga á Isabel segunda
buen provecho su palacio! —
Y en la pradera se sientan,
alegres, dichosos ambos,
y meriendan... ¿Qué meriendan?
¡Unos pimientos asados!
Despues... el sol se ocultaba
tras de la casa de campo
y Antonia y Paco volvian
rio abajo, rio abajo,
al son de unas castañuelas
alegremente cantando:
— «Mas quiero un jaleo pobre
y unos pimientos asados
que no tener un usía
desaborido á mi lado.»

32.

CUANDO NACIO LA PRINCESA.

I.

¿Porqué truenan los cañones
y las campanas repican
y enarbolan las banderas
y se engalana la villa?
¿Porqué el pueblo castellano
se conmueve y regocija
y al alcázar de sus reyes
dirige atento la vista?
Es que una blanca paloma
con un ramito de oliva

se ha posado en el alcázar
de los reyes de Castilla,
y há mucho que nuestros ojos
entre las nubes sombrías
del horizonte buscaban
esa paloma bendita.
Inocente mensajera
de la concordia y la dicha
por que tanto suspiramos,
¡bien venida, bien venida!

II.

Vive, inocente paloma,
entre nosotros tranquila,
que las palomas no temen
al gavilan en Castilla,
que aquí los fuertes consagran
á los débiles su vida,
que aquí no echarás de ménos
sombra, ni amor, ni caricias,
ni una madre que te ampare
debajo de sus alitas.
No te remontes al cielo,
que ya le dió las primicias
de su maternal regazo
la que á la tierra te envía.
En la ciudad, en la aldea,
en el monte, en la campiña,
en todas partes prorumpen
en cánticos de alegría.
«Ya vemos, dicen, ya vemos
la mensajera bendita
que vuelve al arca flotante
con su ramito de oliva!
Paloma, blanca paloma,
¡bien venida, bien venida!»

33.

LA SANJUANADA.

I.

¡Qué calor!... pero subamos
á la cumbre de aquel cerro
porque allí agita los bortos
y las encinas el viento.
¡Qué calor!.. Queman las piedras
y están mustios los helechos
y el sudor baña copioso
nuestra frente y nuestro seno.
¡Qué calor!.. Cabras y ovejas
esquivan el resestero
á la sombra de las peñas
y aun así les falta aliento,
que respiran jadeantes
esta atmósfera de fuego;
pero ¡adelante! subamos
á la cumbre, compañeros,
que compensacion cumplida
en la cumbre encontraremos.
Ya vamos ganando el pico...
Hacéd el postrer esfuerzo...
Ya casi estamos arriba...
Bajád los ojos al suelo
y fijádlos á mi voz
en el horizonte nuevo.
Eso es, seguíd adelante.
Cómo refresca aquí el viento!
— ¿Miramos?
— No: todavía
no miréis, porque os reservo
un sorprendente espectáculo.
¡Ea, á una, compañeros!
— ¡Jesús!

— ¡Jesus!
— ¿Os sorprende
este espectáculo bello?
Bien os predije en Castilla
vuestra sorpresa y contento
al ver mi nativo valle,
el valle amado á que vuelvo
tras muchos años de ausencia,
tras muchos vanos esfuerzos,
con muchos dolores mas,
con mucha esperanza ménos!
Por oriente y occidente
montes que llegan al cielo
sirven de muros al valle,
muros de verdor cubiertos,
y para que el valle pueda
mirarse en un ancho espejo,
tiene por límite al norte
el mar donde impele el viento
y agitan olas azules
cien bergantines veleros.
Los llanos y las colinas
de arboledas están llenos,
de caserías poblados
y surcados de arroyuelos,
y allá en el centro del valle
entre nogales y fresnos
eleva su campanario
blanco y atrevido, un templo...
¡Ah! me siento conmovido,
arrebatado me siento
ante lo que ven mis ojos
y ante los dulces recuerdos
de mi niñez arrullada
en ese valle risueño,
que en ese valle pasé
quince años entre dos besos.
Dejádme cantar en el

humilde tono del pueblo
y llevád en la memoria
mis desaliñados versos
á orilla del Manzanares
donde algo del alma dejo.
Cantádselos á la niña
por quien de amores me muero,
que sonarán á su oido
tan melodiosos y tiernos
como aquellas serenatas
que la dimos, compañeros,
las noches de la verbena
de san Juan y de san Pedro.
Pero oíd, que ya en el valle
donde hace pocos momentos
estaba en silencio todo
de reinar deja el silencio,
que el toque de las campanas
á la siesta pone término
y á juntarse en la arboleda
van doncellas y mancebos.
Mas ¿qué indican esos gritos
que se oyen de tiempo en tiempo?
— Indican que hoy es san Juan
y que muy pronto veremos
cual celebra alborozado
la sanjuanada ese pueblo.
Oíd como gritan unos:
— *San Juan! San Pedro!*
y como responden otros:
— *¡San Pelayo en medio!*

II.

Tras las cumbres del ocaso
va el sol desapareciendo..
Desaparezca en buena hora,
que mas que sol, era fuego,
y si piensa que su ausencia

el valle cubre de duelo,
lo que es esta vez, amigos,
se lleva un chasco soberbio,
que á su desaparicion
todo en el valle es contento,
todo vida, todo gritos
y cánticos placenteros.
Por todas partes cuadrillas
de doncellas y mancebos
trepan á los argomales
de los empinados cerros
saltando como las cabras
regatos, cárcabas, setos,
y talan, cual si buscasen
roza para cien caleros,
con las espinosas árgomas
el inofensivo brezo
y en haces como montañas
la roza van disponiendo.
Ruedan veloces los haces
por la pendiente del cerro
como en enormes aludes
rueda la nieve en invierno
y á un haz sigue otro haz y bajan
al valle diez, veinte, ciento,
y junto á las caserías
se elevan á poco tiempo
altas hacinas de roza
que solo esperan el fuego.
No hay corazon en el valle
que no lata de contento
porque la noche que empieza
á tender su oscuro velo
será una noche de encanto,
de luz, de placer inmenso,
y los momentos se acercan
en que cien soles tan bellos
como el sol que hace una hora

brillaba en el firmamento
inunden de luz el valle,
inunden de luz el cielo,
pues esos gritos que se oyen
resonar de cerro en cerro,
y de llano en llano, anuncian
esos ansiados momentos.
Oíd como gritan unos:
— *¡ San Juan! ¡ San Pedro!*
y como responden otros:
— *¡ San Pelayo en medio!*

III.

Ponéd, gentiles doncellas,
ponéd á la roza fuego
y así que la llama ondule
agitada por los céfiros,
en torno de las hogueras,
bailád sin perder momento
al compas de las campanas
y al compas de los panderos
hasta que los pajaritos
que duermen en los cerezos,
os anuncien la alborada
con sus alegres gorjeos.
Bailád, gentiles doncellas,
con los gentiles mancebos,
que san Juan os dará el novio
que os deleita en vuestros sueños
con tal que la sanjuanada
celebréis cual cumple hacerlo.
Mas ya alumbran cien hogueras
cañadas, llanos, oteros,
todo ese verde horizonte
que ante los ojos tenemos
y alumbran tal que si el sol
brillara en el firmamento,
se eclipsara al punto, como

se eclipsan luna y luceros.
El campanario que se alza
altivo sobre los fresnos
y los que asoman humildes
entre el ramaje en los cerros,
cual nunca alegres, cual nunca
sonoros y vocingleros,
celebran la sanjuanada,
y al sonoro campaneo
escopetas y cohetes
unen constantes su estruendo.
En torno de las hogueras
los músicos instrumentos
dan vida y compas al baile
de doncellas y mancebos,
y en altas pértigas arden
las corambres que sirvieron
de vaso al rico clarete
de la Rioja en otro tiempo,
y al compas de las campanas,
del canto, del tiroteo,
de los tamboriles, de
los silbos y los panderos
las hembras y los varones,
los jóvenes y los viejos
incesantemente gritan:
— *¡ San Juan! ¡ San Pedro!*
y de cien partes responden:
— *¡ San Pelayo en medio!*

34.

EL LABRADOR.

I.

Al despuntar una hermosa
mañanita de san Juan
toma el labrador sus hoces
y alegre á sus campos va
despues de haber dado
un beso de paz
á su mujer y sus hijos
que aun dormiditos están.
Conforme camina dice
lleno de felicidad:
— ¡Trigo de mis campos
qué hermoso estarás!
y al verte en nuestras paneras
como el sol de Dios entrar,
mi esposa y mis hijos
¡cómo reirán!

II.

Llega el labrador al campo
donde su esperanza está
y en vez de mieses doradas
halla abrojos nada mas,
que lluvias, vientos y nieblas
han malogrado su afan;
y torna á su casa el pobre
diciendo al tornar:
— Paneritas de mi alma,
ya vino el señor san Juan;
si vacías os encuentra,
vacías os dejará!
Y al veros vacías
de trigo candeal,

mi esposa y mis hijos,
¡cómo llorarán!

35.

CORAZONES PARTIDOS.

I.

— Hazme bien, Mariquita,
trenzas y rizos
para que así resalten
bien mis hechizos,
que hoy mas que nunca quiero
ponerme hermosa.
— Está usted, señorita,
como una rosa;
pero puede saberse,
y usted perdone,
¿porqué mas que otros dias
hoy se compone?
— Porque Toribio y Lúcas
y Robustiano
pretenden con ahinco
mi blanca mano,
y habiéndome pedido
los tres audiencia,
hoy mismo comparecen
á mi presencia.
— Cuando se habla de bodas
yo me deleito.
¿Cuál de los litigantes
ganará el pleito?
— Hasta despues de oirlos
mi opinion callo:
segun sus confesiones
será mi fallo.

— No ande usted con melindres
ni con parola;
cásese usted, y luego
ruede la bola.
Hoy que los hombres quieren
de mojiganga,
encontrar un marido
no es poca ganga!
— Mas yo quiero en los hombres...
— ¿Qué, señorita?
— Yo quiero.... que me quieran
á mí solita.
Tales son si me caso
mis condiciones
y si no las aceptan
digo que nones,
pues corazon partido
yo no le quiero,
que cuando doy el mio
le doy entero.

II.

— ¿Qué tal, Ramona?
— Buena.
¿Y usted, Toribio?
— Malo; pero usted puede
darme el alivio.
— ¿Yo?
— Sí.
— ¿De qué manera?
— Cosa sencilla:
se casa usted conmigo
y ancha Castilla.
— Bien, pero hablemos ántes
de la materia,
porque los casamientos
son cosa séria.
Yo te he de ser celosilla

como un demonche....
— ¡Ay Ramona! mal rayo
de Dios me tronche
si voy á picos pardos
ni á picos negros
así que á nuestros padres
hagamos suegros.
— Dígame usted, y demos
fin al debate,
¿quiere usted á alguna otra?
— ¡Qué disparate!
Juro á usted que en el mundo
nada me peta
sino usted y mis perros
y mi escopeta.
— ¿Hola, con que á sus perros
quiere usted mucho?
Pues seré en ese caso
rival del chucho.
Vaya, si está usted malo,
caro Toribio,
busque usted otro médico
que le dé alivio.
— Por los clavos de Cristo,
no sea usted loca....
— No hay locura que valga.
— Mas....
— ¡Punto en boca!
Corazones partidos
yo no los quiero,
que cuando doy el mio
le doy entero.

III.

— (La conquisto con cuatro
lisonjas cucas)
Me da usted su permiso?....
— Pase usted, Lúcas.

— Salve, hermosa Diana,
lumbre febea,
envidia de la diosa
de Citerea....
— ¿Por san Juan y san Pedro,
somos paganos?
Hable usted como se habla
entre cristianos.
— Pues bien, usaré símiles
no ménos lógicos
si á usted son antipáticos
los mitológicos.
La azucena, la rosa,
la clavellina,
la..... nada falta en esa
cara divina,
pues no hay jardin que tantas
flores encierre.....
— ¡Segun eso, mi cara
será un *parterre!*...
— Es el eden, el cielo
por que suspiro....
Ay, como no le alcance,
me pego un tiro.
— ¡El Señor nos asista!
— Los cachorrillos
traigo ya preparados
en los bolsillos,
y estas no son fanfarrias
de un botarate....
— ¡Pues á ver si evitamos
que usted se mate!
¿Conque usted solicita...?
— Su mano blanca.
— A dársela estóy pronta,
que no soy manca;
pero ántes necesito
que usted me diga

si algun lazo con otra
mujer le liga.
— Ni nunca me ha ligado.
Solo las musas
y usted han merecido
mis garatusas.
— ¿Y su amor á las musas
es muy de bulto?
— Como que dia y noche
les rindo culto.
— No me atrevo con nueve
competidoras,
pues temo que me arañen
esas señoras,
y un corazon partido
yo no le quiero,
que cuando doy el mio
le doy entero.

IV.

— ¡Señorita, qué fosco
se va don Lúcas!
Emigra á las Orcadas
ó á las Molucas,
pues va diciendo: «Emigro,
que es disparate
suicidarse por una
coqueta un vate.»
— Cállate, que ahí tenemos
á Robustiano.
— Señorita, ese es mozo
muy campechano.
Echele usted el guante,
pues los doblones
son moneda que alegra
los corazones.
— Mande usted á su esclavo,
bella Ramona.

— Es usted muy galante.
— Y usted muy mona.
Esas gracias admiran
hasta á los topos...
— Me alegro, pero basta
ya de piropos
y vamos al asunto
de esta entrevista.
— Pues bien, yo soy un rico
capitalista.
Como tengo palacios
y oro y carrozas,
tengo veinte queridas
soberbias mozas;
mas quiero divertirme
de cuando en cuando
con una que no sea
de contrabando
y he dicho: para eso
no la hay mas mona
ni mas *impermeable*
que la Ramona.
— Pues la Ramona, amigo,
segun las trazas,
despide á usted cargado
de calabazas.
— ¡Calabazas á un hombre
que nada en onzas!
¡Vaya que hay en el mundo
mujeres zonzas!
¿Pues qué es lo que usted quiere,
alma bendita?
— Yo quiero... que me quieran
á mí solita.
— No dijera mas una
vieja vestiglo.
Esas son pretensiones
del otro siglo.

Yo estóy por los filósofos
epicuristas:
conquistas materiales
y mas conquistas.
Hoy el corazon parte
todo muchacho
y así á cada muchacha
le toca un cacho.
— Pues si usted ha hecho el suyo
tambien partículas,
guárdele para damas
ménos ridículas,
que corazon partido
yo no le quiero,
pues cuando dóy el mio
le doy entero.

36.

LA PRIMAVERA.

I.

Ya cantan los pajaritos,
ya viene la primavera,
ya el bosque se viste de hojas
y de flores las praderas.
Muchachas, miród el cielo.
¡Qué azul y qué puro queda!
Azul, como vuestros ojos,
puro, cual vuestra conciencia.
Allá, muy léjos, muy léjos,
en la cumbre de la sierra,
se ve la nieve en montones
como rebaños de ovejas;
mas, por el sol derretida,
fecunda llanos y cuestas

que de verdura se visten,
que ya de flores se llenan.
Pasaron cierzos y frios,
pasaron lluvias y nieblas,
pasaron nieves y escarchas
y pasaron las tormentas...
¡Alegráos, alegráos,
muchachas de la ribera!

II.

Dios mio, tú das al hombre
el gozo tras la tristeza,
las rosas tras las espinas...
¡Dios mio, bendito seas!
El sol de marzo es la vida
del alma, en diciembre muerta.
Déjame este sol, Dios mio,
que me ahogan las tinieblas!
Luz, flores, cantos de pájaros,
cielo azul, auras serenas!...
¡Esta es la vida, la vida
y la gloria del poeta!
Muchachas de ojos azules,
de dorada cabellera,
de sonrosada mejilla,
de tez como la azucena,
condenád hoy al olvido
las cotidianas faenas
y al compas de mi guitarra
bailád en esta arboleda.
¡Alegráos, alegráos,
muchachas de la ribera!

III.

Vuestro pacífico lecho
abandonando contentas,
vendréis á estas soledades
cuando á las aves parleras

el canto de la alborada
oigáis entonar en ellas.
Aquí me hallaréis soñando
gloria y amor, que en la tierra
no tiene otro afan mi alma
ni mas ambicion me inquieta;
y en tanto que ornéis de flores
vuestra rubia cabellera
ú os miréis en estas fuentes
claras, tranquilas y frescas,
os contaré mil historias
de amor y ternura llenas,
que es todo amor y ternura
el corazon del poeta.
Felicidades muy grandes
estos campos nos reservan...
¡Alegráos, alegráos,
muchachas de la ribera!

IV.

Es tan espeso el ramaje
de esta frondosa arboleda,
que apénas por él los rayos
ardientes del sol penetran.
Pues aquí todos los dias
vendréis á dormir la siesta
arrulladas por la fuente
que susurra entre la yerba,
perfumadas por las flores
que tapizan la pradera;
aquí todos los domingos
con los mozos de la aldea
bailando y cantando, alegres
pasaréis la tarde entera,
y luego, á vuestros hogares
daréis cantando la vuelta
por la orillita del rio
en cuyas ondas serenas

brillan la luz de la luna
y la luz de las estrellas.
Llanuras y montes dicen
que esa estacion se halla cerca.
¡Alegráos, alegráos,
muchachas de la ribera!

37.

CON BUEN FIN.

I.

¡Salada, qué hermosa eres!
¡Salada, por tí me muero!
Tienes una cinturita
que se abarca con dos dedos,
tu mano y tu pié parecen
de una niña en lo pequeños,
es tu voz como la música
que se oye en el coliseo;
tus mejillas son dos rosas,
tus ojos son dos luceros,
tus labios unos claveles
y un copo de oro tu pelo.
A solas contigo he estado
y á pesar de tu salero,
no te he tocado la ropa,
que no mando en ese cuerpo.
Así debes conocer
el buen fin con que te quiero,
que estando á solas contigo
y tú tan salada siendo...
ni el Padre Santo de Roma
hiciera lo que yo he hecho.

II.

Cuando cantaba una noche
la media noche el sereno,
debajo de tu ventana
fuí, niña, á tomar el fresco,
que como te quiero tanto
y tanto de tí me acuerdo,
no me es posible pegar
los ojos cuando me acuesto.
Temiendo que me creyeran
ladron que estaba de acecho,
me encaramé en tu ventana
y me colé en tu aposento.
Dormida estabas y hermosa
como un serafin del cielo,
y como entraba la luna
á verte, hermoso lucero,
te vi de cintura arriba
sin sábanas ni embelecos,
que era una noche de julio
cuando pasó lo que cuento.
Estuve las horas muertas
embelesado en tu sueño,
y al empezar á esconderse
las estrellitas del cielo,
sin despertarte me fuí
por donde vine, diciendo:
Ni el Padre Santo de Roma
hiciera lo que yo he hecho.

III.

Cuando mi sentir te dije
junto á la vírgen del Puerto,
me preguntaste: — ¿Usted viene
con buen fin? — Con buen fin vengo —
te respondí, y yo no falto
en mi vida á lo que ofrezco.
No pienses, sol de los soles,

que tengo el alma de hielo;
es que te di la palabra
y el dia que nos casemos,
como te parió tu madre
así, amor mio, te quiero.
Para ser algo en el mundo
tengo que esperar un premio,
y ¿qué seré si le alcanzo
ántes de llegar á serlo?
Por eso como á una santa
te respeté y te respeto,
por eso pasé una noche
junto á tu cama y... por eso
ni el Padre Santo de Roma
hiciera lo que yo he hecho.

IV.

¡Salada, qué hermosa eres!
¡Salada, cuánto te quiero!
Anda, ponte la mantilla
y vamos á san Lorenzo.
Mira, desde aquí á la iglesia
y desde la iglesia al cielo.
No te tengo preparado
ningun palacio soberbio,
pero hay junto á la parroquia
un taller de carpintero
que tiene en letras doradas
mi nombre en la muestra puesto,
y encima del taller hay
un cuarto en que viviremos
como viven, amor mio,
los ángeles en el cielo.
Lozana rosa de mayo,
por fin voy á ser tu dueño
y el mas feliz de los hombres
este dia me contemplo,
porque jamas tu pureza

he manchado con mi aliento,
porque queriéndote tanto
y tú tan hermosa siendo,
ni el Padre Santo de Roma
hiciera lo que yo he hecho.

38.

CARLOS EL DE LAVAPIES.

I.

Como es Cárlos tan sensible
y es tan insensible Ines,
él está muerto por ella
y ella no hace caso de él.
Muchachas hermosas tiene
el barrio de Lavapiés
y á Cárlos que es buen muchacho,
pocas miran con desden;
pero dice el pobre Cárlos
que si no le quiere Ines,
en el mundo las muchachas
están demas para él.
Todos los dias el pobre
trabajando en su taller
á cada instante se acuerda
de su ingratitud cruel,
y se le saltan las lágrimas
sin poderlas contener.
Sus compañeros se burlan
cuando así llorar le ven,
pero de sus burlas Cárlos
poco caso suele hacer,
pues por una mujer llora
y Cárlos sabe muy bien

que no es delito en un hombre
llorar por una mujer.

II.

—«Muchachos, dice el maestro,
fuera cepillos, y á ver
las novias.» Y alegremente
abandonan en tropel
oficiales y aprendices
la herramienta y el taller.
Mariquita espera á Antonio,
Dolores espera á Andres,
Juana á Pepe, Antonia á Paco,
Rosa á Gil, Petra á Miguel;
pero ay Dios, al pobre Cárlos,
¿quién le está esperando, quién?
Ayer le dijo el maestro:
— Desde primero de mes
trabajarás de oficial,
porque te portas muy bien. —
Mas no tiene el pobre Cárlos,
como otros, una mujer
que por tan buena noticia
un buen abrazo le dé!...
En lugar de consolarse,
llora pensando en Ines;
mas no se avergüenza de ello,
pues Cárlos sabe muy bien
que no es delito en un hombre
llorar por una mujer.

III.

Va á casa por la guitarra
y encontrándose al volver
con sus compañeros, todos
con su guitarra tambien,
un lazo color de rosa
en cada guitarra ve,

un lazo regalo de una
enamorada mujer.
¡Un lazo en cada guitarra
y la suya está sin él!!!...
Qué triste va el pobre Cárlos
hácia la reja de Ines,
y con qué acento tan triste
canta de la reja al pié:
«Asómate á esa ventana,
lucero de Lavapiés,
que mis ojos están tristes
cuando los tuyos no ven.
Yo soy un pobre artesano
y aunque no tengo bombé,
tengo para tí, morena,
un corazon de marques.»
Así cantó el pobre Cárlos,
pero inútilmente fué,
pues á escuchar sus cantares
no salió á la reja Ines.
Entónces... calló un instante,
pero volviendo á tañer,
se alejó de allí cantando
ó suspirando mas bien:
«Llorád, mis ojos, llorád,
llorád, pues tenéis por qué,
que no es delito en un hombre
llorar por una mujer.»

IV.

— Maestro, he caido quinto,
y como hoy mismo tendré
que entrar en caja, venia
á despedirme de usted.
—Muchacho, ¿qué es lo que dices?
No saldrás de mi taller,
que los buenos artesanos
están mal en un cuartel.

Toma y pon un sustituto,
que ya hablaremos despues.
— Mil gracias, señor maestro,
pero...
— ¿Qué?
— No puede ser;
me voy soldado.
— Muchacho,
haz lo que te venga bien;
pero á qué vas á la guerra?
— A morir por.... Isabel. —
Y el pobre Cárlos entónces
se despidió del taller,
y al pasar junto á la reja
de la desdeñosa Ines
se le saltaron las lágrimas
sin poderlas contener.
No faltó una alma de hiena
que allí se burlara de él,
pero por Ines lloraba
y sabia el pobre bien
que no es delito en un hombre
llorar por una mujer.

V.

Como Cárlos no tenia
padre ni madre ni quien
le consolase al partir
para nunca mas volver,
estaba solo en su cuarto
pensando en la ingrata Ines,
y decia: — Entre morir
por una ingrata mujer
ó una reina agradecida,
por mi reina moriré,
que del que muere por ella
nunca se olvida Isabel.
Guitarra con que cien veces

junto á su reja canté
mi amor y mi desventura,
¡tú debes morir tambien! —
E hizo astillas la guitarra
contra la dura pared!
Luego, partió y los vecinos
no le volvieron á ver;
mas dicen que al alejarse
del barrio de Lavapiés
lloraba á lágrima viva,
y tampoco aquella vez
trató de ocultar sus lágrimas,
pues sabia el pobre bien
que no es delito en un hombre
llorar por una mujer.

VI.

¡Plum, plum! Dios qué sarracina
se arma entre Mosen Benet
y las tropas de la reina!
¡Cuánta sangre va á correr!
¡Prruurum!... Descargas cerradas.
La tropa se porta bien,
y eso que hay muchos reclutas
venidos de Leganes.
¡A ellos! ¡viva la reina!
¡A ellos! ¡viva Isabel!
¿Quién es ese buen recluta
que con tal intrepidez
anima á sus compañeros
con el decir y el hacer?
¡Es Cárlos el madrileño,
Cárlos el de Lavapiés!
¡Ira de Dios, qué valiente!
Quiere morir ó vencer...
¡Pero ay! ¡le ha herido una bala!
¡maldita de Dios amen!
¡Pobre recluta! ha espirado

dando vivas á Isabel,
y ha derramado dos lágrimas
su último aliento al perder;
pero esas lágrimas tristes,
¿por quién han sido, por quién?
¿Fueron por Ines? No importa
aunque fueran por Ines,
que no es delito en un hombre
llorar por una mujer.

39.

MELANCOLIA.

I.

Ya en la empinada cumbre
del Guadarrama,
no dan nieves y brumas
tristeza al alma,
ya están las nubes
sonrosadas ahora,
despues azules.
Ya están las arboledas
vestidas de hoja,
ya en árboles y prados
las flores brotan,
ya están de venta
en santa Cruz á cargas
las azucenas.
Ya bailan á la orilla
del Manzanares
muchachas y muchachos
todas las tardes,
ya echan tonadas
en la vírgen del Puerto,
los de Cantabria.

Ya los calenturientos
van los domingos
á beber á la fuente
de san Isidro,
ya á la montaña
van los que para amarse
no buscan ramas.
Ya abundan en misterio
dulce y tranquilo
la fuente Castellana
y el Buen-Retiro,
y á su espesura
van los que para amarse
las ramas buscan.
¡Cárlos! todo se anima,
todo se alegra,
todo florece, todo
feliz se muestra
y al mismo tiempo
yo... ¡de melancolía
me estóy muriendo!
Cárlos, no me preguntes
porqué estóy triste,
pues no lo sé, pues solo
puedo decirte
que há muchos dias
nada me aflige y tengo
melancolía.

II.

¡Cárlos! tú que adivinas
mis pensamientos,
tú que sientes acaso
lo que yo siento,
ve si penetras
la misteriosa causa
de mi tristeza.

Un tiempo íbamos juntos
mañana y tarde
de montaña en montaña,
de valle en valle,
y eran entónces
tantas mis alegrías
como las flores.
Pero hoy, cielos azules,
sol refulgente,
arboledas floridas,
cantos alegres,
serenas auras
languidez y tristeza
dan á mi alma.
Y en mi corazon, ántes
siempre tranquilo,
hay ahora un deseo,
hay un vacío,
hay un perpetuo,
misterioso, inefable
desasosiego.
Almas como la mia,
¿qué sensaciones
pueden echar de ménos
entre las flores?
— Unicamente
el amor es la que echan
de ménos siempre.
— ¡El amor! ¡Ya comprendo
porqué mi alma
se hallaba un tiempo alegre
y hoy triste se halla,
porqué las flores
que alegre me pusieron
triste me ponen!
Falta el amor al alma
que vive amando,
y por eso está inquieta,

por eso, Cárlos,
há muchos dias
nada me afige y tengo
melancolía!

40.

AMOR DE LOS AMORES.

I.

A la orilla del rio
te vi una tarde,
á la orilla frondosa
del Manzanares,
y desde entónces
eres único objeto
de mis amores.
Niña, ¿qué es lo que hiciste
para hechizarme?
¿qué es lo que hiciste á orilla
del Manzanares?
Mas ya recuerdo
de tus dulces hechizos
cuál fué el primero.
Iba el sol á esconderse
tras la montaña,
melancólico y triste
como mi alma,
y en la pradera...
era todo silencio,
todo tristeza.
Mas sonaron cantares
allá á lo léjos
y á nosotros llegaron
estos acentos,
sin duda quejas

de una alma que anhelaba
lo que la nuestra:
«Quien vive sin amores
muriendo vive,
que es la vida sin ellos
sol en eclipse,
fuente sin agua,
arbolito sin fruto,
cuerpo sin alma.»
Un profundo suspiro
lanzaste, niña,
suspirando mostraste
lo que sentias,
y desde entónces
eres único objeto
de mis amores.
No puedo desecharte
del pensamiento,
pensar en tí es mi gloria,
contigo sueño,
sin tí no vivo,
por tí adoro la vida,
por tí respiro.
Por tí ambiciono gloria,
por tí riquezas,
por tí pulso la lira
de los poetas,
y por tí espero
yo, mísero gusano,
tocar el cielo.
Idolátrame, niña,
cual te idolatro,
si cariño ambicionas
ven á mis brazos,
pues en la tierra
imposible es que encuentres
quien mas te quiera.

II.

Tú tal vez no comprendes
el amor mio,
que pocos en el mundo
le han comprendido,
que por desgracia
no es el alma del vulgo
como mi alma.
Antes de confesarte
que te queria,
se apellidaron otras
amadas mias,
y es fácil que esas
te digan, amor mio,
que no me quieras.
Si te dicen que el alma
tengo de nieve,
díles que me calumnian,
díles que mienten,
en suma, díles
que segun me quisieron
así las quise.
Angel de la poesía
y el sentimiento,
si revuelas en torno
de la que quiero,
díle, ángel, díle
si revolaste en torno
de las que quise!
Poco me importa, niña,
que no resuene
una lira en las manos
de las mujeres,
pues bien sé, niña,
que á deberes mas santos
Dios os destina;
Mas quiero que resuene
siempre en su alma;

eso quiero en vosotras,
eso me basta,
y así no siendo,
mi corazon ardiente
se torna hielo.
Mirada, voz, suspiros,
todo revela
que esa lira en tu alma
dulce resuena,
y hé aquí el motivo
por que eres dulce objeto
del amor mio;
Hé aquí porque bendigo,
niña, la tarde
que te vi en la ribera
del Manzanares,
la tarde, niña,
que un suspiro me dijo
lo que sentias.
Bajo el florido techo
de mi cabaña,
mas amor tendrás, niña,
que en un alcázar,
mas dulce siempre
será, niña, tu sueño
que el de los reyes.
Ven y goza el tesoro
de mi amor, niña,
pues con él ha de serte
dulce la vida,
pues en la tierra
imposible es que encuentres
quien mas te quiera.

41.

GLORIAS DE LA MUJER.

I.

¡Oh niña, niña donosa,
la del delicado pié,
la de los ojos azules,
la del labio de clavel,
la del cabello dorado,
la de la rosada tez,
la de la dulce mirada,
la de cien gracias y cien,
oh niña, niña donosa,
un galan que anhela ver
la luz de tus bellos ojos
pasa una vez y otra vez
bajo tu ventana, y nunca
á la ventana te ve!
Tirana ¿porqué te escondes?
Tirana, ¿porqué huyes de él
si en otro galan no has puesto
todavía tu querer,
segun dicen tus vecinas
que deben saberlo bien?
Amor con amor se paga,
pon fe donde vieres fe,
y deja el apartamiento
para la adusta vejez,
porque si niña y hermosa,
pagas amor con desden,
digo que no tienes alma
ni corazon de mujer.

II.

¡Oh niña, niña donosa!
cuando reclinas la sien

sobre la blanca almohada,
¿qué sueñas entónces, qué?
¿No sueñas que, discurriendo
por un florido vergel,
inclinas la hermosa frente
con estrema languidez,
inquieta por un deseo
que no puedes comprender?
¿No sueñas que de improviso
se postra humilde á tus piés
un jóven cuyas palabras
disipan la palidez
de tus mejillas y llenan
tu corazon de placer?
¿No sueñas que al estinguirse
la luz del dia, con él
vagas entre los rosales
trocando ofertas de fe?
¿No ves á tus compañeras
baile y juegos suspender
por contemplar envidiosas
tu dicha con avidez?
Pues si nada de esto sueñas,
pues si nada de esto ves,
digo que no tienes alma
ni corazon de mujer.

III.

¡Oh niña, niña donosa!
¿no consideras, no ves
que está en la union de dos almas
la fuente de todo bien,
pues cuanto el amor profundo
une á un ser con otro ser,
es una flor cada espina
y es este mundo un eden
donde los ojos no vierten
mas llanto que el del placer?

¿No anhelas hallar una alma
espejo límpido y fiel
donde á todas horas puedas
la tuya gozosa ver?
¿una alma noble que tenga
por un mentido oropel
el oro, la gloria, el fausto,
la libertad, el poder,
comparados con la prenda
de tu ilimitada fe?
Pues si nada de esto anhelas,
pues si nada de esto ves,
digo que no tienes alma
ni corazon de mujer.

IV.

¡Oh niña, niña donosa!
¿no piensas alguna vez
que tiene la enredadera
necesidad de sosten,
pues si no hay un arbolito
que la sostenga, se ve
derribada en la vereda
donde el pastor y la res
la enlodan y la deshacen
sin compasion con el pié?
¿que, siendo débil como ella,
tú como ella has menester
á tu lado un arbolito
que apoyo y sombra te dé?
¿y no ves que el dolor, carga
tan pesada suele ser,
que si no le compartimos
con un compañero fiel
podemos en la jornada
desfallecidos caer?
¿No sabes que en este mundo
hasta compartiendo el bien

encuentran las almas nobles
un santo y dulce placer?
Pues si nada de esto sabes,
pues si nada de esto ves,
digo que no tienes alma
ni corazon de mujer.

V.

¡Oh niña, niña donosa!
fuera de la doncellez
hay un estado que encierra
goces sublimes tambien.
El dulce nombre de esposa
tu aspiracion debe ser,
pues el vínculo que indica,
cuando obra del amor es,
es blando lazo de flores,
no una cadena cruel.
Bajo ese vínculo santo,
¿tus ojos, niña, no ven
á la madre cariñosa
que besa con embriaguez
la rosada faz del ángel
desprendido de su ser?
¿no ves al feliz esposo
sellar con su labio fiel
la mejilla de la esposa
lleno de amor y placer?
¿no piensas que en estos goces
hay tal encanto y tal bien
que solamente en el cielo
mayores los puede haber?
Pues si nada de esto piensas,
pues si nada de esto ves,
digo que no tienes alma
ni corazon de mujer.

VI.

¡Oh niña, niña donosa!
con la caduca vejez
que despojará á tu rostro
de su hermoso rosicler,
vendrán los dolores físicos
en inhumano tropel
y quedará á sus embates,
anonadado tu ser.
¿No piensas que será dulce
en aquel trance cruel,
hijos amantes en torno
del lecho agrupados ver?
¿que será, al dejar el mundo,
muy grato dejar en él
alguien que riegue con lágrimas
el misterioso cipres
que á nuestras yertas cenizas
sombra benéfica dé?
¿que la oracion de los hijos
el Señor debe acoger,
pues la súplica mas santa
depositada á sus piés
es la del hijo que llega
por su madre á interceder?
Pues si nada de esto piensas,
pues si nada de esto ves,
digo que no tienes alma
ni corazon de mujer.

42.

AMOR INMORTAL.

I.

De pechos á la ventana
estábamos un domingo
viendo el sol que se escondia
tras de los lejanos picos.
Dominaba la tristeza
en su corazon y el mio,
que mi corazon y el suyo
eran para amar nacidos
y ambicionaban entónces
cumplir su santo destino,
pues en las horas solemnes
en que el sol se esconde tibio,
y le dan la despedida
cantando los pajarillos,
y se alzan blancos vapores
de las fuentes y los rios,
y victoriosa la luna
muestra su brillante disco,
y tocan á la oracion
allá en el templo vecino...
en esas horas solemnes,
¡qué dulce es amar, Dios mio,
y qué amargo en el acceso
de un amoroso delirio
tender con afan los brazos
y estrechar solo el vacío!
— ¡María, la dije, late
mi corazon intranquilo!
¿Dónde habrá otro corazon
que responda á sus latidos?
La niña bajó sus ojos
dulces, pudorosos, tímidos,

y me mandó su respuesta
en las alas de un suspiro;
pero asaltando su alma
presentimientos sombríos,
alzó sus ojos al cielo
y sonriendo me dijo:
— *¡Allí se irán á juntar*
tus amores y los mios!

II.

Pasámos un año amándonos
con el amor de dos niños,
con el amor de dos ángeles,
inmaculado y tranquilo.
Qué gloria, Señor, qué gloria
la de dos seres unidos
por un amor como el nuestro,
puro, inocente, infinito!
Quien llama valle de lágrimas
á este mundo en que vivimos,
ese el amor no conoce,
ese nunca le ha sentido,
pues para aquel que le siente,
la tierra es un paraíso.
María, la dulce niña,
la que corriendo conmigo,
ya por los bosques espesos,
ya por los prados floridos,
pájaros y mariposas
sujetaba á su dominio;
María, la que mas tarde
unir para siempre quiso
con una cinta de amores
su destino á mi destino;
María, la enamorada,
exhaló un dia un suspiro
y voló tras él al cielo
porque era un ángel divino,

porque era una palomita;
del celestial paraíso.
No penséis que con su llanto
fué regando su camino,
pues amores como el suyo
no mueren cuando morimos,
que siendo amores del alma,
son como el alma infinitos;
por eso la dulce niña
mirando al cielo me dijo:
— *Allí se irán á juntar*
tus amores y los míos.

III.

Lloré su temprana muerte,
pues si en la fe me distingo
del vulgo de los humanos,
tambien humano he nacido
y de la humana flaqueza
muchas veces participo.
Lloré por la dulce niña
que unir para siempre quiso
con una cinta de amores
su destino á mi destino;
mas la fe secó mis lágrimas,
y hoy por el cielo suspiro.
No ha muerto la compañera
de mis placeres de niño,
pues tiene sus bellos ojos
en mí como siempre fijos,
pues me anima con su acento
cuando desmayo ó vacilo,
pues en el prado, en el bosque
do quiera que le dirijo
mi voz, á mi voz responde.
¡Qué dulce es creer, Dios mio!
Debajo de la ventana
donde ambos nos comprendimos,

hay una flor que á su mano
debió su primer cultivo,
y esa flor agradecida
á sus cuidados solícitos,
me trae cada dia un dulce
mensaje de su cariño.
Por medio de ella me dice:
«*No me olvides,* amor mio»
y alzando la vista al cielo
le respondo: «no te olvido.»
No ha muerto la dulce niña
que sonrosada un domingo
de pechos á la ventana
mirando al cielo me dijo:
— *Allí se irán á juntar*
tus amores y los mios.

43.

LAS FLORES PARA LA VIRGEN.

I.

— ¡Jesus, qué niña tan guapa!
¡Jesus, qué niña tan linda!
¿Qué buscas en estos campos?
¿Qué haces aquí tan solita?
— He venido á coger flores.
— ¿Para qué las quieres, niña?
— Está malita mi madre
y me han dicho mis vecinas
que al punto se pondrá buena
si cuando toquen á misa
una corona de flores
llevo á la vírgen María.
— ¡Bendita sea tu boca!
¡Hermosa, Dios te bendiga!

¿Quieres á la Vírgen?
— Mucho.
— ¿Le rezas?
— Todos los dias.
— ¿Y qué le pides?
— Le pido...
salud para mi familia.
— Rézala, quiérela mucho,
que ademas de compasiva,
es María mas hermosa
que el oro y la plata fina.

II.

— Acércate y dáme un beso...
¡Bendito el Señor que cria
serafines tan hermosos,
y la que parió tal hija!
Vámosnos por estos campos
y estas praderas floridas,
que juntos recogeremos
las flores que necesitas.
Mira cuántas violetas,
mira cuántas siemprevivas,
mira cuántas amapolas,
mira cuántas clavellinas!
¡Qué hermosa estará la Vírgen
con ellas coronadita!
Verás como da á tu madre
la salud y la alegría,
y verás, cuando estas flores
ornen su frente bendita,
como no hay chicos ni grandes
que al contemplarla no digan:
es María mas hermosa
que el oro y la plata fina!

III.

— ¿Y porqué gustan las flores
tanto á la vírgen María?
— Porque son hermanas suyas.
— ¿Hermanas suyas?
— Sí, niña;
por eso la Vírgen rosa
de Jericó se apellida,
por eso aromas celestes
á su lado se respiran,
por eso su santo nombre
el corazon regocija
como las flores que pueblan
los valles y las colinas;
por eso en el mes de mayo
con cánticos de alegría
van todos al santo templo
donde se ostenta bendita
como van á los jardines
donde brotan clavellinas,
olorosas azucenas
y rosas de Alejandría,
y por eso cantan, hombres,
mujeres, niños y niñas:
es María mas hermosa
que el oro y la plata fina.

IV.

— Yo pondré en su santa frente
una corona muy linda;
pero temo que la Vírgen
no haga caso de una niña...
— ¡Angel de Dios, tu inocencia
los corazones cautiva!
Las niñas tambien son flores
y agradan tanto á María
como las que en los jardines
y en las praderas se crian.

Mas ya tocan las campanas,
ya bajan por las colinas
ó suben por la ribera
grandes y chicos á misa.
Vámosnos tambien nosotros,
pues tenemos concluida
la corona que á la reina
de los ángeles dedicas;
vamos á ver á la Vírgen,
pues, tenlo entendido, niña,
es María mas hermosa
que el oro y la plata fina.

44.

LA CACERIA.

I.

Por la puente segoviana
mañanita de san Juan,
rio arriba, rio arriba,
al tiempo de alborear
en lucida cabalgata
muchos caballeros van.
Perros y halcones conducen
sus servidores detras,
y señores y criados
departen de igual á igual,
porque no rige en el campo
mas ley que la libertad. —
¡Ay vírgen de la Almudena,
qué delicia es caminar
por las márgenes del rio
cuando floridas están,
cuando á los pájaros se oye
entre las ramas cantar,

cuando las ondas del rio
son puras como el cristal,
cuando las auras serenas
frescura y perfumes dan!
Al pasar los cazadores
salen á verlos pasar
doncellitas como rosas
no cortadas del rosal,
que cogiendo la verbena
andan de aquí para allá,
y al verlos, de placer sienten
su corazon palpitar,
porque va en la cabalgata
tanto mancebo galan! —
Cogéd, hermosas doncellas,
florecitas de san Juan,
cogéd flores y las flores
de esos mancebos dejád,
que aunque los que van al campo
vayan todos á cazar,
unos cazan las perdices
y otros las hijas de Adan.

II.

Si en la alegre cabalgata
mancebos gentiles van,
á todos D. Luis de Haro
deja en gentileza atras.
A mas de ser en la villa
caballero principal,
es discreto entre discretos
y entre galanes galan.
El Buen Retiro y el Prado
lo pueden atestiguar,
que el Prado y el Buen-Retiro
le han visto mil veces ya
el corazon de las damas
tras su donaire llevar.

— «¡Adelante los monteros,
que pronto levantarán
los sabuesos y los galgos
la res en el encinar!»
esclama D. Luis de Haro
entre la maleza ya,
y todos los cazadores
diseminándose van
de otero en otero, de
matorral en matorral,
por este lado los unos
y los otros por allá.
Hácia una casita blanca,
vivienda del montaraz,
seguido de su jauría
va D. Luis en su alazan
y así que la res descubre,
su bocina hace sonar.
Pero ¿porqué la bocina
sin terminar la señal
ha apartado de sus labios
y hácia la casita va?
Es que una hermosa doncella
de quince años poco mas
á sus atónitos ojos
se acaba allí de mostrar
y el que era sol en la villa
girasol amante es ya....
Los cazadores cazando
siguen en el encinar
y se preguntan: — ¿A dónde,
á dónde el de Haro estará?
y ninguno á esta pregunta
satisfaccion sabe dar;
mas canta un villano, frente
la casa del montaraz:
«Aunque los que van al monte
vayan todos á cazar,

unos cazan las perdices
y otros las hijas de Adan.»

III.

— «¡Permita Dios que traspase
mi corazon un puñal
si mi corazon te olvida!»
dijo á una niña un galan
estando un dia de caza,
de caza en el encinar,
y el falso á la pobre niña
ha dado al olvido ya,
que pasan dias y dias
y meses pasando van
y aunque la niña se muere
de vergüenza y de pesar,
el falso D. Luis de Haro
á consolarla no va!
— ¡Hija de mi corazon!
dice el pobre montaraz,
á todas horas te veo
desconsolada llorar.
«¿Cuál es, seratin, la causa
de tu desconsuelo, cuál?»
Y al saber el triste padre
porqué muriéndose está
la desventurada niña
de vergüenza y de pesar,
«Cuchillo mio, murmura,
nuestro vengador serás!»
Y poco ántes que suceda
á la luz la oscuridad,
rio abajo, rio abajo,
hácia la villa se va.
El enojo y el dolor
han trastornado quizá
su imaginacion, que á veces
se oye al infeliz gritar:

«Traspasa, cuchillo mio,
el corazon desleal
del pérfido caballero
que cuando á la caza va,
en vez de cazar perdices
caza las hijas de Adan.»

IV.

En el reloj de la villa
pausadas y tristes dan
las dos de la madrugada
y todo en silencio está,
que como la noche es fria
y es tanta la oscuridad,
no han salido por las calles
los galanes á rondar.
Mas del Buen-Retiro vienen
dos caballeros por la
carrera de san Jerónimo
y un bulto viene detras.
— A fe de Don Luis de Haro,
dice el de algo mas edad,
os aseguro que envidio
vuestra fortuna, Don Juan:
vuestro amor va recorriendo
«toda la escala social»,
siempre victorioso, siempre
lleno de prosperidad.
Desde la pobre villana
hasta la dama real...
— ¡Silencio, Don Luis! La reina
no se tiene que acusar
de haberme otorgado nunca
ningun favor criminal.....
— Pues en distinta creencia
todos en Palacio están,
y aun en la villa.....
— Pues mienten

todos los que piensan tal,
y es torpeza confundir
con el amor la amistad.
— El mismo rey la confunde,
como habréis notado ya,
pues no os ha hablado esta noche
como acostumbra...
— ¡Es verdad!
Y hase notado su enojo
conmigo?
— Tanto, Don Juan,
que si dais un tropezon
esta noche, se dirá
mañana en Madrid que os puso
la piedra su Majestad.
—¡D. Luis, qué necio es el mundo!
— Yo creo que vos sois mas,
pues que miráis con desden
á toda mujer vulgar.
— El amor es mas hermoso
cuanto mas escelso.
— ¡Bah!
siempre salís los poetas
con ese lindo cantar.
Denme una mujer hermosa
y... vista seda ó sayal,
que yo no hallo diferencia
entre las hijas de Adan.
Y sino aquella paloma
que cogí en el encinar...
¡Don Juan, mas hermosa, no
la he desplumado jamas!... —
Aquel bulto que siguiendo
á ambos caballeros va,
avanza rápido y grita:
— «¡Muere, traidor gavilan!»
Y clava á Villamediana
en el costado un puñal

en tanto que Don Luis huye
murmurando:
— El montaraz
padece equivocaciones
que no me sientan muy mal;
pero al encinar del Pardo
por quien soy no he de tornar
tan pronto *á cazar palomas*
ni á cazar hijas de Adan.

45.

LAS MADRES.

De padres á padrastros
hay cuatro leguas;
de madres á madrastras
hay cuatrocientas.

I.

— ¡Quiquiriqui!...
— Canta el gallo
y con esta ya van tres.
Ea, muchachos, arriba,
que es cerca de amanecer.
— Todavía es muy temprano...
¡Padre, déjenos usted
otro poquito!
— ¿Que os deje
cuando tenemos la mies
clamando porque cuanto ántes
la vayan á recoger?
¡Ea, arriba, perezosos!
— ¡Anton, déjalos! No ves
que están los pobres muchachos
reventaditos de ayer?
— ¡No, buena procuradora
tienen en tí!

— Que se estén
en la cama hasta que el gallo
cante siquiera otra vez.
— Bien, que se estén... Estas madres
los echan siempre á perder!
— ¿Hombre, qué quieres que hagamos?
— No haceros tanto de miel.
— Hijos de nuestras entrañas,
¿no los hemos de querer?

II.

— Muchachos, que ya es de dia.
— Padre, ya estamos en pié.
— Ea, pues á ver si hoy cunde
la tarea mas que ayer.
— ¿Hombre, son algunos negros?
— ¿Y sales tú?
— Ya se ve
que salgo.
— ¡Pero señor,
que en todo se han de meter
estas mujeres!
— Tratándose
de mis chicos, con el rey
me peleo yo... — Hijos mios,
¿vais en ayunas? Bebéd
un poquito de aguardiente
con un bollo. Os voy á hacer
para almorzar unas migas
que estén diciendo coméd!
Abrocháos esos cuellos,
que con el sol os ponéis
lo mismo que unos gitanos...
Válgame Dios de Israel,
que por mas que una se mate
no ha de poder nunca ver
arreglados á estos hijos!...
— Id con Dios.

— Hasta despues.
— Eres la madre... mas madre
que se ha visto ni se ve!
— ¡Déjame, Anton, por los clavos
del Señor! ¿Y qué he de hacer?
si su madre no los quiere
¿quién ha de quererlos, quién?

III.

— ¡Qué hermosa está la mañana!
¡Qué bien se está aquí, qué bien!
Desde esta ventana, un mundo,
un mundo entero se ve!
El aire de la mañana
olores va á recoger
al tomillar de los cerros
y aquí los vierte despues.
Airecito que vertiendo
olores como la miel,
en mi ventana suspiras,
que Dios te bendiga, amen!
Los mozos yendo á la vega
van cantando su amor fiel,
las mozas yendo á la fuente
le van cantando tambien,
y hasta los pájaros cantan
en el huerto no se qué...
Anton, el sol de Dios sale
por detras del cerro aquel...
¡Qué hermoso, Dios le bendiga!
¿Anton, no le quieres ver?
— Déjame de sol ni sombra,
que harto me abraso con él.
Si no es el sol que tu miras
el que madura la mies!
Si el sol que tu miras son
tus hijos!
— ¿Pues bien, y qué?

¡Los hijos son el espejo
en que las madres se ven!

IV.

— Anoche los señoritos
debieron correrla bien,
que cuando se recogieron
eran cerca de las tres.
— ¡Estás en tu juicio, Anton!
Si yo misma les eché
la llave para que entraran
y eran... serian las diez.
— Mujer, si yo los sentí
y estuve para coger
una tranca...
— Vamos, vamos,
tú estabas soñando.
— ¡Eso es!
¡mire usted qué es mucho cuento
¡Que le han de querer hacer
á uno comulgar con ruedas
de molino! Ya se ve,
su madre lo tapa todo
y los chicos hacen bien!
Y ¿no les diste dinero
para la bromita?
— ¡Pues!
— Mujer, si yo te sentí
abrir el cofre y coger
dinero cuando se fueron...
— Sí, se lo di; pero ¿y qué?
Quiero que siempre mis chicos
donde vayan queden bien.
— Válgate Dios!
— Anton, mira,
por mas vueltas que le des,
ellos han de ser mis hijos
y yo su madre he de ser.

V.

— ¿Qué tienes, hija? ¿estás mala?
¡Hace ya cerca de un mes
que no duermes, que no comes!
que reir no te se ve,
que te quedas en los huesos...
¿Qué tienes? vamos á ver,
¿quieres que se llame al médico?
— No, Anton, porque inútil es.
— ¿Pero no sabes qué tienes?
— ¡Demasiado, Anton, lo sé!
¡Los hijos de mis entrañas
van á ir á servir al rey!
— Tonta, y ¿por eso te afliges?
Mira, para conocer
el mundo, no hay mejor cosa
que andar siete años por él.
Todos los hombres debieran
esos estudios hacer.
— Anton, vosotros los padres
así pensaréis tal vez,
pero las madres pensamos
que es el dolor mas cruel
ver á los hijos del alma
por esos mundos correr
muertos de cansancio un dia,
y otro muertos de hambre y sed.
— Es verdad que hay algo de eso.
Pero, hija, ¿qué hemos de hacer
si caen soldados los chicos?
— Anton, y ¿preguntas qué?
Hasta los últimos clavos
para librarlos vender;
y si eso no basta, yo
por esos mundos iré
pidiendo de puerta en puerta,
para que á servir al rey
no vayan los pobres hijos

que con tanto afan crié!
— Alegando algun achaque
se podrán librar tal vez...
— Eso seria mentir
y dos veces ofender
á Dios que los ha criado
mas hermosos que un clavel.
— Pues venderemos las tierras
ya que te empeñas, mujer.
— ¡Gracias, Anton de mi alma!
¡Que Dios te bendiga, amen!
Para las madres, la gloria
es siempre á sus hijos ver...
¡Ah! si Dios nos da dolores,
consuelos nos da tambien!

VI.

— Ayer tu santo bendito,
y nadie te vino á ver...
¡Qué ingratos hijos, qué ingratos!
— ¡Anton, por la Vírgen, ten
paciencia!...
— ¡Paciencia! ¡Mucha
necesitamos tener!
¡ Mira el pago que nos dan
esos pícaros, despues
de haberles sacrificado
el pan de nuestra vejez!
¡La soledad y el olvido!
— Pero hombre de Dios, no ves
que tienen familia ya
los pobres á que atender?
— ¡Y se olvidan de sus padres!
— No hay tal...
— Bien claro se ve:
se casaron y no han vuelto
á poner aquí los piés!
— No habrán podido los pobres...

— ¡No los defiendas, mujer!
— Son mis hijos.
— Ese nombre
yo á darles no volveré
sino para maldecirlos.
— ¡Qué corazon tan cruel!
— ¡Mal hayan amen mis hijos!
— ¡Benditos sean, amen!

46.

LO MEJOR DE LAS NIÑAS.

I.

Tienes un pelo, niña,
que en brillo y suavidad
al ébano y la seda
se deja muy atras,
que para atar las almas
no he visto lazo igual...
pero otra cosa tienes
que á mí me gusta mas.
Tienes unos ojitos
que dicen soledad,
negros como las penas
que causa su mirar,
y alegres como el cielo
cuando sereno está...
pero otra cosa tienes
que á mí me gusta mas.
Tienes unas mejillas
que na hay en el rosal
rosita que con ellas
se pueda comparar,
que nadie vió conjunto
de perfecciones tal...

pero otra cosa tienes
que á mí me gusta mas.
Tienes una boquita
con labios que han de dar
envidia á los claveles
que broten por san Juan,
con dientes que figuran
perlitas de la mar...
pero otra cosa tienes
que á mí me gusta mas.
Tienes una garganta
que celos á uno da
la santa crucecita
que en ella tiene altar
y al palpitar tu seno
de amor palpitará...
pero otra cosa tienes
que á mí me gusta mas.
Tu pelo y tus ojitos
me gustan en verdad,
me gustan tus mejillas
de nieve y de coral,
tu boca y tu garganta
me gustan á la par...
mas tu corazoncito
me gusta mucho mas.

47.

LOS DESENGAÑOS.

I.

—Juan, ya te he dicho que el tiempo
malgastas en predicarme.
—Pedro, ántes de hacer las cosas
mira bien como las haces.

Te figuras que los hombres
y las mujeres son ángeles,
y tales figuraciones
son siempre perjudiciales.
Vive siempre en la creencia
de que intentan engañarte
lo ménos noventa y nueve
de los cien á quienes trates,
y este es el medio seguro
de que ninguno te engañe.
— Mira, Juan, te puedes ir
con tus consejos al diantre.
— Ya vendrán los desengaños;
pero vendrán ya muy tarde
y los llorarás á rios...
—Pues bien, que los llore á mares.
— Has de ser muy desgraciado.
— Será lo que tase un sastre.
— Te digo que eres un niño.
— Sé mas que tú, no te canses.
— Con el tiempo lo veremos.
— Pues muchos recados dále
al tiempo. Anda, no me muelas
con sermones...
— Con verdades.
«El tiempo y el desengaño
son dos amigos leales
que despiertan al que duerme
y enseñan al que no sabe.»

II.

—Preguntaré á estos muchachos
que deben ser estudiantes
de medicina tambien
si han visto á ese badulaque
de Pedro. ¿Me dan ustedes
razon de Pedro Fernandez?
— Sí señor, por ahí abajo

se fué hace pocos instantes.
— ¿Y no digo á dónde iba?
— Sí, nos dijo que iba á darse
un paseo hácia el canal
para que se le pasase
el mal humor, porque el pobre
hoy está de mal talante
como nos han reprobado...
— ¡Reprobado!!
— ¿Eso qué le hace?
El primer año cualquiera
le pierde. Hemos sido mártires
de nuestra opinion científica,
pues sostenemos que Hipócrates
y Galeno y Avicena
fueron unos botarates,
y esos tios de peluca
no pueden sufrir que nadie
combata sus opiniones...
Pero escuche usted... Sí, echádle
un galgo. Ese hombre está loco.
— Corramos, no sea tarde
y haga una calaverada.
¡Reprobado! Pobre madre
que estás gastando un sentido
para dar á ese tunante
una carrera decente
y lo gastas tan en balde!
Pero por fin llego á tiempo,
pues le diviso en la márgen
del canal. ¡Eh! ¿Pedro? ¿Pedro?
Me ha oido.... sale á encontrarme.
No me equivoqué, pues tiene
la cara como un cadáver.
— Juan, ¿qué ha ocurrido? ¿qué quieres?
— ¿Qué quiero? Vengo á buscarte.
¿Y tú á qué has bajado aquí?
— ¡Pse!.....yo á nada, á pasearme.

— Pues, á pasearte y hecha
una Magdalena madre
viendo que no parecias!
— ¡Juan, soy un vil, un infame,
un mal hermano, un mal hijo!
No me atrevo á presentarme
en casa.... ¡Me han reprobado!
Me han perdido esos tunantes
con quienes me reunia....
— ¿Y qué intentabas?
— Tirarme
al canal. Para vivir
uno sin honor, mas vale....
— Mas vale tener cabeza
y procurar recobrarle.
Hé aquí el primer desengaño
que te anuncié poco hace.
¡Pedro! vámosnos á casa,
que está sin consuelo madre
y el primer deber del hijo
es consolar á sus padres.
¿Sabes cómo se consuelan?
— Haciendo lo que tú haces.
— El tiempo y el desengaño
te enseñarán á imitarme.

III.

— ¡Perico, venga esa mano!
¿Qué es eso, voto va el diantre?
¿Estás cabizbajo y triste
porque vas á entrar á exámen?
Animo, no tengas miedo,
porque vengo en este instante
de ver á tu catedrático
y me ha dicho que en la clase
no le hay mas aprovechado
que tú. No seas cobarde,
que vas á sacar una ese

como esta casa de grande.
Pero qué demontre tienes
que pareces un tomate
de colorado y las lágrimas
te se saltan? No me engañes,
díme la verdad ¿qué tienes?
— Tengo ganas de tirarme
por esta ventana.... Juan,
mátame, soy un infame,
un estúpido, un malvado.
—Por Dios, que no lo oiga madre,
habla bajo...
— Ya no puedo
como pensaba graduarme.
— ¿Y porqué?
— Porque presté
el otro día á un pillastre
el dinero que me dió
para los derechos madre
y tú que le viste.... aun
no he podido recobrarle
y hoy mismo se cierra el pago...
— Pedro, lágrimas de sangre
nos han de costar á todos
tus continuas necedades.
— Pero si era un condiscípulo
y me aseguró el tunante
que al dia siguiente....
— Pedro,
no gastemos tiempo en balde.
Voy ahora mismo á pedir
ese dinero, aunque pase
todo el año trabajando
de noche para pegarle,
pues sino.... seria dar
una puñalada á madre
que para juntarle habia
sufrido tantos afanes.

—¡Pobre madre! pobre hermano!
soy vuestro verdugo infame
y sin embargo, vosotros
sois mis ángeles guardianes.
—Pedro, no se hable mas de esto,
pero apunta donde sabes
este nuevo desengaño
que espero ha de aprovecharte.

IV.

— ¡Me voy á saltar la tapa
de los sesos!.... ¡Ah, qué infame,
qué traidora, qué perjura!...
Dáme una pistola, un sable,
un cuchillo, cualquier cosa,
porque voy á suicidarme....
— ¿Pero qué locura es esa?
¿A qué viene ese potaje
de palabras? ¿A qué vienen
todos esos disparates?
¿Estás loco?
— Sí, estóy loco,
pero loco de remate,
loco de rabia, de celos,
de indignacion, de coraje,
de.... Malditas sean todas
las mujeres....
— ¡Ménos madre!
¿Pero hombre, te esplicarás?
¿te esplicarás con mil diantres?
¿Qué es eso, qué ha sucedido?
— Que se ha casado la Cármen.
— Pues que Dios la dé salud
y sucesion abundante.
— ¿Salud? Pulmonía y tifus
y jaqueca y zaratanes
y á mí por médico, es
lo que Dios debiera darle.

Mira Juan, no la defiendas,
que se me sube la sangre
á la cabeza.... Traidora,
mala mujer, vil infame,
coqueta....
— ¡Echa, echa, echa,
eche usté y no se derrame!
— Juan, no te burles de mí
porque haré algun disparate.
— Bastantes está usté haciendo
y ya es hora de que hable
como habla el hombre juicioso
cuando le ocurre un percance.
Vamos á ver, ¿cuánto hacia
qué no la veias?
— Hace
quince dias que estuvimos
en el café de la calle....
No se les hubiera vuelto
veneno á ella y á su madre
el sorbete que tomaron!
— ¿Qué te dijo aquella tarde?
— Toma, toma, lo que siempre,
que aunque la descuartizasen
me querria, que yo era
su pensamiento constante,
que tenia unos deseos
muy atroces de casarse
conmigo....
— Pedro, la pérdida
de mujeres semejantes
no se llora, se celebra....
— La bribona, la...
— Mas vale
que te haya engañado ahora
que no mas tarde... Mas tarde
quizá no habria remedio
y ahora el remedio es fácil.

— ¡Fácil! ¡Ah! ¡cómo olvidarla!
— ¿Cómo olvidarla? ¡Marchándote
de Madrid mañana mismo.
Yo tengo ahorrados mil reales,
los tomas y un par de meses
te vas á cualquiera parte
ya que estás de vacaciones,
pues seguir aquí hecho un valle
de lágrimas.... fuera dar
una puñalada á madre.
— Juan, eres el ángel bueno
á quien encargó velase
por nuestra familia, al irse
á los cielos, nuestro padre!
— No, soy un hombre que á costa
de mil desengaños sabe
que el tiempo y el desengaño
son dos amigos leales.

V.

— Juan, ya me voy convenciendo
de que son unos infames
todos los hombres.
— No todos.
Pedro, yo estóy muy distante
de agraviar con tal concepto
á todos mis semejantes,
porque una cosa es decir
que uno no debe fiarse
como tú del primer quidam
á quien se encuentra en la calle
y otro decir que no hay
honor ni virtud en nadie.
— Como quieras, pero yo
tengo motivos muy grandes
para renegar de todos
y para echarlos al diantre.
— ¿Y qué motivos son esos?

— Tal vez andan ya buscándome
para darme cuatro tiros
ó á lo ménos deportarme...
— ¿Qué es lo que dices?
— Lo que oyes.
Hace poco tomé parte
en una conspiracion
destinada á dar al traste
con nuestras instituciones
políticas y sociales,
reemplazándolas con otro
sistema mas fulminante
y acaban de delatarnos
los que tenian la clave,
los mismos que me metieron
en ese complot del diantre.
¡Juan, estóy comprometido!
¿Qué he de hacer? dónde ocultarme?
No hay mas, me huelen á pólvora
los sesos como me atrapen!
— ¡Esto ya pasa de raya!
¡esto ya es inaguantable!
Meterse á conspirador...
— Pero hombre, si esos tunantes
decian que su sistema
era lo mas admirable
que se ha visto! Si decian
que así que se plantease,
se trasladaria Jauja
á orillas del Manzanares.
— Pedro, hablemos sériamente
que tu situacion es grave.
Antes de todo te encargo
que no lo trasluzca nadie
en casa... pues fuera dar
una puñalada á madre.
Tranquilízate, no temas:
hay un alto personaje

que todo lo puede, á quien
en un sangriento combate
salvé la vida esponiéndome
á verter por él mi sangre.
Voy á verle ahora mismo
y... puedes tranquilizarte.
—¡Juan! cien vidas me parecen
poco á pagar tus bondades.
Sálvame, yo te prometo
ser muy otro en adelante,
que el tiempo y el desengaño
son dos amigos leales.

VI.

—Gracias á Dios que acabaron
las consultas! ¡No hay aguante
para tanto! Despues que uno
cuarenta visitas hace
y viene á casa molido
y deseando tumbarse,
no le dejan descansar...
— Pues no recibas á nadie.
— Juan, seguiré tus consejos
porque ya sé lo que valen.
Hace un momento he tenido
buena ocasion de acordarme
de cuando á mujeres y hombres
tenia por unos ángeles.
¿No sabes lo que me acaba
de asegurar don Melquiades?
— ¿Qué?
— Toma, que don Ruperto,
el de la calle del Cármen,
se presentó ayer en quiebra.
— ¡Caracoles! ¡Sabes que haces
buen negocio si le das
los treinta y tantos mil reales
que te pidió el otro dia!

— ¿Te acuerdas que la otra tarde
te dije que unos amigos
se empeñaban en que entrase
en una conspiracion
y se empeñaban en balde?
— Sí.
— Pues anda, esta mañana
me les han echado el guante.
— Me alegro mucho.
— ¿Te acuerdas
de la hija de don Juan Sanchez
cuya mano no admití
y luego vino á casarse
con un...
— ¿No me he de acordar?
— ¡Pues la ha cogido infraganti
su marido con un primo
y se ha armado un zipizape!...
— Mira si los desengaños
te han librado de percances.
— Si ellos y tú no me hubierais
enseñado á gobernarme,
¡qué hubiera sido de mí!
¡qué de nuestra pobre madre!
— Pedro, el arte de vivir
es un oficio... es un arte,
y al aprender un oficio
se paga el aprendizaje.
Ambos fuimos aprendices
y... ya somos oficiales.

48.

CADENAS DE ORO.

I.

A la guerra va el buen conde,
á la guerra de Granada,
montado en su potro overo
y armado de todas armas.
Llorando quedan sus pajes,
llorando la castellana,
que se casó con el conde
aun no hace siete semanas;
pero el buen conde camina
á donde el honor le llama,
que orgullosa en la frontera
la media luna se alza,
y si cristianos guerreros,
poniendo en su Dios el alma,
la media luna no abaten,
¡ay de la enseña cristiana!
¡ay de Leon y Castilla!
¡ay de Aragon y Navarra!
Ya se acerca á la frontera,
ya se apresta á la batalla,
ya embiste al infiel, al grito
de Santiago! ¡cierra España!
Valeroso lidia el conde,
valerosa su mesnada,
cual Pelayo en Covadonga,
cual Don Alfonso en las Navas;
mas como cien lanzas tiene
y el moro mas de mil lanzas,
la media luna triunfante
sobre la cruz se levanta.
Cautivo llevan al conde,
cautivo para Granada

y como en mucho le tienen,
al rey moro le regalan.
Del conde se ha enamorado
la hermosa princesa Zaida
y al rey su padre le dice,
bien oiréis como le habla:
— Padre, si sois el mi padre,
me habéis de hacer una gracia;
ponéd al conde cadenas
ligeras, que no pesadas;
cadena de oro ponédle,
ponédle grillos de plata,
que los buenos en su tierra
buenos son en tierra estraña.
Ya le ponen al buen conde
lo que la princesa manda,
cadenita de oro fino
ligera, que no pesada;
pero al son de su cadena
el triste cautivo canta:
«¡De qué le sirve al cautivo
tener los grillos de plata
y la cadenita de oro
si la libertad le falta!»

II.

El buen conde castellano
cadenita de oro arrastra
en los jardines del rey,
del rey moro de Granada,
y mirando hácia Castilla,
Castilla su dulce patria,
de este modo se querella
de la fortuna contraria:
— Fortuna, ¿porqué me diste
riquezas en abundancia,
porqué me diste mujer
hermosa y enamorada

si luego me apartas de ellas
y no me dejas gozarlas?
¡Mal hayas, fortuna impía,
fortuna impía, mal hayas!
¿Qué hará la mi dulce esposa
sin el esposo del alma
entre los muros sombríos
de mi castillo encerrada?
¿Qué harán los mis pajecicos
sin su señor que en las armas
mas que señor, como padre
de grado los adiestraba?
¿Y qué harán los mis vasallos
sin tener quien ponga á raya
á los condes mis vecinos
que á robar mis tierras pasan?
¡Mal hayas, fortuna impía,
fortuna impía, mal hayas!
Pájaros que vais volando
hácia mi Castilla amada,
¡quién fuera como vosotros,
quién tuviera vuestras alas,
que aunque es azul y sereno
este cielo de Granada,
el cielo de mi Castilla
es el que á mí me hace falta,
que no hay cielo tan hermoso
como el cielo de la patria!
Cuando lleguéis á Castilla,
posáos en la ventana
del aposento en que llora
la mi condesa del alma
y divertíd sus pesares
con vuestras lenguas arpadas.
¡Pajaritos, pajaritos,
quién tuviera vuestras alas!
De oro fino es mi cadena
y mis grillos son de plata....

Bien hayas, doncella mora,
que mi cautiverio ablandas:
mas «¡de qué sirve al cautivo
tener los grillos de plata
y la cadenita de oro,
si la libertad le falta!»

III.

— ¡Porqué lloras, porqué lloras
nazareno de mi alma!
Yo por pesada cadena
te di cadena liviana,
y aun esa te quitaré
si con trabajo la arrastras;
mas por Alá, nazareno,
no has de tornar á tu patria,
porque me muero si tornas,
porque si tornas me matas!
Zegríes y Bencerrajes
juegan sortijas y cañas
todos los dias debajo
del ajimez de mi estancia
por prender mi voluntad,
la voluntad de tu esclava;
mas tú la prendiste solo,
nazareno de mi alma,
el de la cadena de oro,
el de los grillos de plata! —
Así la hermosa princesa
amor al conde demanda
con lágrimas en sus ojos
que son luceros del alba,
y le responde el cautivo
de hinojos puesto á sus plantas:
— Perdon, la hermosa doncella,
mas en Castilla me aguarda
una mujer desvalida
y hermosa y enamorada

que el dulce nombre de esposo
pronuncia cuando me llama.
— Iré contigo á Castilla
si no te place Granada
y allí tambien ese nombre
te dará amorosa Zaida.
— Solo tienen los varones
una mujer en mi patria,
á una mujer solamente
vida y corazon consagran.
— ¡Santo Alá! porqué en Castilla
no fué mecida mi hamaca!
Torna, nazareno, á donde
tu nazarena te aguarda,
que quiero morir de amores
mas que del tuyo privarla,
que á mi discrecion te ha puesto
mi padre el rey de Granada. —
Así dice la princesa
y al conde desembaraza
de su cadenita de oro
y de sus grillos de plata.
El conde torna á Castilla
y al despedirse de Zaida:
— Bien hayas, doncella, dice,
pues mis cadenas quebrantas,
«que poco sirve al cautivo
tener los grillos de plata
y la cadenita de oro
si la libertad le falta.»

49.

DUERME EN PAZ!

I.

El vientecito del norte
agita su cabellera
que en negros y undosos rizos
su frente apacible vela.
Vaga en sus rosados labios
una sonrisa que espresa
goces del alma arrullada
por seductoras quimeras.
Parece un ángel del cielo
que alegre al mundo viniera
creyendo hallar en el mundo
felicidad é inocencia,
y al encontrar en los hombres
falacia, rencor, miserías,
plegó sus cándidas alas
abrumado de tristeza
y buscó en sus sueños de ángel
imágenes mas risueñas.
Dejádle dormir, que solo
será feliz miéntras duerma.
No turbéis su dulce sueño,
pájaros de la arboleda.

II.

Espesa tus ramas, árbol,
no se deslice por ellas
un rayo de sol que abrase
la noble frente al poeta!
Jamas reposó á tu sombra
criatura que mereciera
tan amorosos cuidados
como el que á tu abrigo sueña,

por mas que á tu sombra grata
vengan á dormir la siesta
tesoro de perfecciones
las vírgenes de la aldea.
El mundo le llama niño
y á fe que el mundo no yerra'
si la niñez por los años
de la criatura se cuenta.
Es niño, pero se agitan
en esa infantil cabeza
los pensamientos del hombre
que encaneció en la esperiencia;
es niño, pero ha sentido
mas de una vez las tristezas
de la vida en largas noches
de insomnios febriles llenas;
es niño, pero grabaron
sobre su frente serena
la meditacion, arrugas
y el amor, signos de penas.
Duerme en paz, poeta niño,
que con los ángeles sueñas
y su sueño no turbéis,
pájaros de la arboleda.

III.

Duerme en paz, poeta niño,
duerme á esa sombra benéfica
y sueña con la hermosura
que adoras y reverencias
con la pureza del niño
y con la fe del poeta;
y así que un raudal de goces
tu corazon fortalezca,
despierta y de nuevo emprende
tu interrumpida carrera.
Yo caminaré á tu lado
por esa difícil senda,

de tus contentos partícipe,
partícipe de tus penas;
te consolaré si lloras,
te velaré cuando duermas,
te sostendré si vacilas,
y moriré cuando mueras;
mas duerme tranquilo ahora
y vuestras arpadas lenguas
no turben su dulce sueño,
pájaros de la arboleda.

50.

PERIQUITO ENTRE ELLAS.

I.

— Una, dos, tres, cuatro, cinco,
seis, siete, ocho, nueve, diez.
Anda, las diez de la noche
y aun está ese Lucifer
de Periquito en... Dios sabe,
Dios sabe donde estará él!
¡Si me ha de matar este hijo!
¡si no le puedo traer
á mandamiento! ¡si rabia
por las muchachas! ¡si es
de la misma piel del diablo!...
Pero ahí le tenemos. ¿Quién?
— Abra usted, madre.
— ¿Que te abra?
¡En canal debiera ser!
¡Qué horitas de recogerse!
¡Hijo, te portas muy bien!
¡Como hay Dios, te ha aprovechado
el sermoncito de ayer!
¡Ah si viera estos desórdenes

tu padre que en gloria esté!
— Mi padre cuando era jóven...
seria jóven tambien.
— ¡Calla, condenado, calla
y no me hagas mas perder
la paciencia! Cuarenta años
casada estuve con él
y nunca se recogió
despues del anochecer.
A la oracion, á casita,
á cenar, poco despues,
tras de la cena, el rosario
y á la camita, á las diez.
— Pues es claro, los casados
tienen en casa su aquel,
y uno tiene que buscárselas
donde Dios le da á entender.
— ¡Hijo, eres incorregible!
Habrás estado tambien
esta noche de cortejo,
¿no es verdad?
— Pues ya se ve
que he estado.
— ¡Por las muchachas
en presidio te has de ver!
— ¡Si hay muchachas en presidio,
bien haya el presidio amen!
— Hijo, sienta esa cabeza.
— Madre, no se canse usted:
«contra veneno, triaca,
agua fresca, cuando hay sed,
para las sardinas, vino,
para el hombre, la mujer.»

II.

— ¿Dónde has estado esta noche?
— ¿Esta noche? Diré á usted:
primero, á ver á la Pepa,

luego, á ver á la Isabel,
despues, á ver á la Antonia,
despues, á ver á la Ines,
depues, á ver...
— Al demontre
que cargue contigo, amen.
¡Dios me perdone, que sois
capaces de hacer perder
la paciencia á un santo!
— Madre,
para contentarla á usté
traigo aquí un moscatelillo
que está diciendo bebéd.
— ¡Anda, zalamero, anda,
que al cabo siempre has de hacer
tu gusto! Cenemos, hijo.
— Pruebe usted el moscatel
para hacer boca.
— Clan, clan...
— ¿Qué tal?
— ¡Un almíbar es!
— Muchas noches le traeria,
pero si no puede ser
venir á casa temprano
yendo tan léjos por él.
— Si no vienes á las nueve,
anda, vendrás á las diez...
De las cosas regulares
yo nunca me apartaré.
— Si siempre está usted gruñendo...
— Gruño porque no está bien
que un jóven como Dios manda
toda la noche se esté
por ahí haciendo carocas
á... sabe el Señor á quien!
— A unas chicas mas saladas
que estas sardinas. La Ines
tiene unos ojos... ¡qué ojos!

la Isabel un pié... ¡qué pié!
la Antonia un pelo... ¡que pelo!
la Pepa un aquel... ¡qué aquel!
— ¡Calla, condenado, calla!
— Madre, no se canse usté:
«Contra veneno, triaca,
agua fresca, cuando hay sed,
para las sardinas, vino,
para el hombre, la mujer.»

III.

— ¡Mal año para tus coplas
y tus muchachas tambien,
se me va á volver veneno
lo que acabo de beber!
— Contra veneno, triaca,
y si no la hay, moscatel.
Arriba, madre!
— Clan, clan,
clan, clan... Este Lucifer
de chico me va á achispar...
¡Bendito sea Noé,
cómo me engatusa este hijo
con sus dedadas de miel!
¡Vaya, si es lo mas gitano
que ha nacido de mujer!
Ya se ve, así las muchachas
se prevarican por él.
— ¡Cá! por mí prevaricarse
las muchachas!.. Yo soy quien
me prevarico por ellas
y aun así no puedo hacer
que me quieran.
— ¿Es posible?
¿Qué escucho, Dios de Israel?
¿Con que no te quieren?
— ¡Cá!..
— Las tontas, las... Mire usted

las mocosas, las... Sin duda
buscarán algun marques.
Con un canto en los hocicos
se dieran porque una vez
las miraras tú á la cara...
— Pues las he mirado cien
y no se dan.
— Vanidosas,
que no tienen sobre qué
caerse muertas, ni valen
dos cuartos, ni hartas se ven...
— ¿Pero qué está usté ahí hablando
si no las conoce usté?
— ¡En dónde encontrarán ellas
otro mas hombre de bien
ni mas hábil ni mas guapo
que mi chicho, aunque me esté
mal el decirlo! ¡Echalas
todas noramala!
— Eso es,
y luego andaré por ahí
hecho un tonto, sin saber
con quien juntarme.
— ¿No tienes
amigos?
— Pues ya se ve
que los tengo, pero... madre,
pan con pan no sabe bien,
entre faldas he nacido
y entre faldas moriré,
con que así no hay que cansarse...
— ¡Ah maldito de cocer!
¡tú me has de quitar la vida!
— Madre, no se canse usté;
«contra veneno, triaca,
agua fresca, cuando hay sed,
para las sardinas, vino,
para el hombre, la mujer.»

IV.

— Madre, otro trago.
— ¡Tú estás
empecatado! ¿No ves
que he bebido cinco ya?
— Con uno mas serán seis.
Sobre chispa mas ó menos.
— Pues venga, no creas que es
desprecio. Clan, clan, clan, clan...
¡Cómo se deja beber
el pícaro! Y que se sube
á la cabeza...
— Ande usted,
que estando la cama cerca
la chispa no es de temer.
— ¿Calla, ha parido la gata?
— ¿La gata?
— Sí. ¿Para qué
has encendido otra vela?
— (Ya hizo efecto el moscatel.)
Toma, para que usted vaya
á acostarse.
— Pues me iré.
Conque... buenas noches, hijo.
— Madre, que usted duerma bien.
¿Qué es eso?
— Es que he tropezado...
con esta infame pared.
— Pues señor, ¡viva la Pepa
y vivan tambien la Ines,
y la Joaquina, y la Antonia,
y la Petra, y la Isabel,
y la... todas las muchachas
por siempre jamas amen!
¡Para que yendo esas chicas
al baile de Lavapiés
esta noche, Periquillo
no fuera al baile tambien!

Ya está roncando la abuela
y aunque le arranquen la piel
se está durmiendo la turca
hasta mañana á las diez.
Ea, busquemos la llave
y apretemos á correr
que me voy á divertir
esta noche á tutiplen.
Me muero por las muchachas,
y... canario, es menester
ser uno de pedernal
para no quererlas bien,
porque las muchachas tienen
mucha sal y mucho aquel
y por mas que me prediquen
yo á la copla me atendré:
«contra veneno, triaca,
agua fresca, cuando hay sed,
para las sardinas, vino,
para el hombre, la mujer.»

51.

UNA Y NO MAS.

I.

Me gustan mucho tus ojos,
me gusta mucho tu pelo,
me gusta mucho tu cara,
me gusta mucho tu cuerpo,
todo en tí me gusta mucho
desde la planta al cabello,
pero no te quiero, niña,
y sabrás que no te quiero
«porque no puede una luz
alumbrar dos aposentos.»

II.

Si no pongo en tí los ojos
es que en otra los he puesto,
es que si me gustas mucho,
me gusta mas la que quiero,
es que yo el corazon pongo
donde pongo el pensamiento,
es que para dos amores
tengo el corazon pequeño,
«es que no puedo adorar
dos corazones á un tiempo.»

52.

LOS DOBLONES.

I.

— Tilin, tilin... Como un hielo
es el aire de estos dias.
— ¿Quién?
— Abre la puerta, cielo,
que aquí venden pulmonías.
— ¡Hola, sol dorado!
— ¡Hola!
— Pasa, que no están mis nietas.
— Pues, supuesto que estás sola,
no andemos con etiquetas,
Trifona, dáme un abrazo,
que vengo como un sorbete.
— Ven acá, picaronazo...
¿Un abrazo? Aunque sean siete.
— ¡Ay, Trifona, que me sajen
si no me consuela el roce

de tus brazos!
— ¡Es la imágen
de mi esposo que Dios goce!
— Te quiero mas que él, Trifona.
— ¿De veras? ¿Me quieres mucho?
— ¡No te he de querer, pichona!
¡Ay! como á la trucha el trucho.
— Pero mira, á las mujeres
nos gusta otro testimonio...
— ¿Qué otro testimonio quieres?
— El del santo matrimonio.
— En eso estóy, pero llevas
las cosas tan á lo vivo...
(¡Tiene tres casitas nuevas!
¿cuánto tendrá en efectivo?)
Te juro por los apóstoles
que te adoro, te idolatro...
(¡Digo! ¡el parador de Móstoles!
¡Y las dehesas que son cuatro¡)
Mira, el verano que viene
nos casamos y laus Deo...
(¡Y las acciones que tiene
del camino de Langreo!)
Pues señor, lo mejor era,
acortar un poco el plazo...
Allá por la primavera
nos pondrán el santo lazo.
(¡Pues y la ganadería!)
¡Eh! no seamos atunes:
mañana á la vicaría
y nos casamos el lúnes.
Trifona, me pego un tiro
si no nos casamos pronto,
porque... vamos, si deliro
por tí, si me has vuelto tonto!
— ¡Bendita sea tu boca!
Deja que te abrace... ¡Tú
sí que me has vuelto á mí loca,

gitano de Belcebú!
— (Me lleva cuarenta inviernos
y es fea como un demonio
salido de los infiernos,
pero... acepto el matrimonio
y me dejo de ilusiones,
pues como dice la copla,
los doblones son doblones
aquí y en Constantinopla.)

II.

— ¿Cómo va de matrimonio?
— ¡En mal hora me casé!
— ¡Cómo!
— ¡Estóy dado al demonio!
— ¿Se puede saber por qué?
En mas de cuatro ocasiones
me saliste con la copla
de... «doblones son doblones
aquí y en Constantinopla;»
eres un Midas, un Creso,
y no comprendo en verdad...
— Soy rico, es verdad, pero eso
no da la felicidad.
¡Ah! no es mi dicha completa.
¿Qué me importa, amigo mio,
tener la bolsa repleta
si está el corazon vacío?
— ¿No amas á tu esposa?
— No.
— Con el tiempo la amarás.
— Eso es imposible... yo
no podré amarla jamas.
Cuando llena de pasion
me da en la mejilla un beso,
un labio de bermellon
me suele dejar impreso;

ayer, apénas tiré
un poco al besar su trenza,
de improviso la dejé
con la calva á la vergüenza;
anoche... ¡de rubor sudo!
delante de muchas gentes
soltó, al dar un estornudo,
una carrera de dientes;
esta mañana observé
que un gatito retozon
jugaba en el canapé,
con dos fardos de algodon.
«¿Qué es eso?» pregunté á Flora,
doncella de mi mujer,
y me dijo: — «¡Qué ha de ser,
los pechos de la señora!»
¡Desventurado consorcio!
Voy á entablar el proceso
de nulidad, de divorcio...
— Vaya, tú has perdido el seso.
— Le he recobrado mas bien,
que estuve loco al cargar
con ese Matusalen
y hoy puedo raciocinar.
— ¡Cordura, por Dios, cordura!
No pongas, y piensa en ello,
con una nueva locura
á tus locuras el sello.
— ¡Eh! si es un anacronismo
esa mujer en mi lecho!
— ¿No lo quisiste tú mismo?
Pues, amigo, á lo hecho, pecho.
Tu mujer es vieja, tosca,
calva, desdentada, enjuta,
pero, hombre, teniendo mosca
eso es pecata minuta.
¡Eh! déjate de ilusiones,
pues como dice la copla,

los doblones son doblones
aquí y en Constantinopla.

53.

NOCHE-BUENA.

Ya viene la Noche-buena
con su vecina la Pascua,
para unos es Noche-buena,
para otros es noche mala.

I.

Sube, sube, campanero,
á la torre de la iglesia
y repica las campanas,
que esta noche están de fiesta
los ángeles en el cielo
y los hombres en la tierra. —
Los cierzos del Guadarrama
silban en la chimenea
y la nieve cubre el monte,
y la colina y la vega,
y hasta en el rojo tejado
de mi casita blanquea;
pero verás como pongo
en el hogar otra cepa
y junto á la cepa un jarro
del tinto de mi bodega,
y entónces deja que caiga
toda la nieve que quiera
y que los cierzos helados
silben en la chimenea,
que ni la nieve ni el cierzo
harán en mi cuerpo mella
sirviéndome de resguardo

y dándome fortaleza
chispas de vino por dentro,
chispas de fuego por fuera,
que vino y fuego esta noche
en los hogares chispean. —
Campanero, toma un jarro
del tinto de mi bodega
y bébelo y luego sube
á la torre de la iglesia
y tocando las campanas
hasta que rompas la cuerda,
lanza un *hosanna* bendito
á los cielos y á la tierra,
que, campanero del alma,
esta noche es Noche-buena.

II.

Gloriosa Vírgen María,
madre y abogada nuestra,
¡qué alegre el pueblo cristiano
tu alumbramiento celebra!
Ya la paz entre los hombres
de buena voluntad reina,
que el fruto de tus entrañas
es el mensajero de ella.
Esta noche el hijo pródigo
que por el mundo se fuera
torna al hogar de sus padres
lleno de amor y obediencia
y amor y misericordia
le reciben á la puerta.
Esta noche el desterrado
que vaga en lejanas tierras
ve en su triste corazon
renacer con dobles fuerzas
el santo amor de la patria
que en su corazon muriera

y á la tierra que maldijo,
la ingratitud viendo en ella,
hoy su bendicion envía
en una oracion envuelta.
Lo mismo en la humilde choza
que en la morada soberbia
blancas espirales de humo
hácia los cielos se elevan.
Son el tributo de gracias
que dan á la Providencia
los animados hogares
donde la abundancia reina,
que el pobre tiene esta noche
gracia de Dios en su mesa. —
El viento del Guadarrama
que silba en la chimenea
me trae los santos cantares
que en todas partes celebran
tu bendito alumbramiento,
gloria de cielos y tierra,
sagrada Vírgen María,
madre y abogada nuestra!
Campanero, sube, sube
á la torre de la iglesia
y tus *hosannas*, de gozo
el universo estremezcan,
que á cumplirse van los santos
vaticinios del profeta,
que, campanero del alma,
esta noche es Noche-buena!

III.

Nada me falta en el mundo:
tengo salud, tengo hacienda
y tengo el alma tranquila...
¡Dios mio, bendito seas! —
Bebamos, pues, y brindemos

con este sabroso néctar
como brindaban mis padres
que Dios en su gloria tenga.
— «¡Porque el Señor nos reuna
muchas noches como esta!»
así era el solemne brindis
de mi padre en Noche-buena,
y así el de la santa madre
que tengo bajo la tierra!
Yo no puedo repetirle,
que la soledad me cerca,
que de padres y de hermanos
solo el recuerdo me queda,
que unos me robó la muerte
y otros me robó la ausencia!
¡Padres y hermanos del alma,
quién os viera, quién os viera
en este hogar solitario
donde muero de tristeza!
Parece que os estóy viendo
en derredor de esta mesa:
aquí á la diestra, mi madre,
mi padre, aquí á la siniestra,
allí enfrente, mis hermanos,
aquí, mis hermanas bellas,
y sobre todos el ángel
del amor y la indulgencia! —
Baja, campanero, baja
de la torre de la iglesia
ó con el toque de gloria
el toque de muerto alterna,
que esta noche es para mí
la noche de las tristezas,
que esta noche es noche mala
y esta noche es Noche-buena.

IV.

(A D. Pedro Antonio de Alarcon.)

Hermano del alma mia,
como yo triste poeta,
que con los mortales vives
y con los ángeles sueñas,
¿no es verdad que así esta noche
placer y dolor se mezclan?
Rico tú de sentimiento
y rico de inteligencia,
alza tu voz poderosa
y díle al que no me crea:
— «Detras de Sierra Nevada
llora una madre mi ausencia
y al hijo de sus entrañas
ved aquí llorar por ella!
Si no veis padres y hermanos
sentados á vuestra mesa
y no lloráis como lloro,
¡tenéis corazon de piedra!» —
Miéntras otros el divino
alumbramiento celebran
de la madre de Jesus,
lloraremos por las nuestras!
Si á esas lágrimas de gozo
van las de nuestras tristezas,
sobre nosotros María
tenderá su santa diestra:
¡que ella tambien tiene hijos!
¡que madre tambien es ella!

54.

LA GUARDIA CIVIL.

I.

Pobre cantor vagabundo,
del palacio á la cabaña
voy solícito buscando
la virtud para cantarla
y donde la hallo, la canto
con el corazon y el alma.
Ni al rico ni al pobre adulo,
que mi pobreza me basta
para seguir poco á poco
por este valle de lágrimas.
Si caigo y un caminante
á levantarme se para,
poso agradecido el labio
en la mano que me alargan,
pero no me quejo nunca
de los que de largo pasan.
Mis ambiciones de gloria
son la de hacer mi jornada
con la conciencia tranquila,
con el corazon sin mancha.
Dios me dé una pobre choza
en mis queridas montañas
donde manzanas y guindas
coja desde la ventana,
donde oiga cantar los pájaros
al despuntar la alborada!
Si pomposas inscripciones
mi sepulcro no engalanan,
alguien dirá: — «En esa fosa
un hombre honrado descansa,»

y ese es mi único deseo,
esa mi única esperanza,
que siempre he vivido libre
de vanidades mundanas.

II.

Luchó iracundo el hermano
con el hermano en mi patria,
y allá en los campos benditos
que fierro y virtudes guardan,
los que lucharon Caines,
mansos Abeles se abrazan.
Pero la sangrienta lucha
dejó sembrado en España
el gérmen de las pasiones
rapaces y sanguinarias,
y gimió el bueno oprimido
por la maldad despiadada.
Oyólo Isabel la buena,
la compasiva, la magna,
y de sus ojos de cielo
brotaron piadosas lágrimas,
que se cernió el infortunio
sobre su cuna dorada.
«Exista, dijo, en la tierra
bendita, leal, hidalga,
donde la *Santa hermandad*
existió en la edad pasada,
un poder que al bueno sirva
de perenne salvaguardia.
Quiero que ese poder rijas
tú, noble duque de Ahumada,
tú que eres buen caballero
y de gloriosa prosapia,
tú que eres dos veces noble,
por la cuna y por el alma!»

Un grito de regocijo
resonó en mi dulce patria
y á la voz de Isabel, fué
la Guardia civil creada,
y al verla el pueblo español
cantó lleno de esperanza:
— *¡Viva la Guardia civil*
porque es la gloria de España!

III.

La nieve cubre los puertos,
el helado cierzo brama,
ruedan desde las alturas
aludes como montañas,
está el camino obstruido,
la luz del dia se apaga,
rugen en los matorrales
las hambrientas alimañas
y por todas partes reina
una soledad que espanta.
¡Pobres de los caminantes
que prosigan su jornada!
Mas... ¿qué bultos son aquellos
que en la nieve se destacan
y bregan á fin de alzarse,
y caen apénas se alzan?
Son dos pobres transeuntes
que han perdido la esperanza
de tornar á sus hogares
donde el amor los aguarda,
donde, mirando si viene
el dulce esposo del alma,
una mujer está puesta
de pechos á la ventana!
¡Ay míseros transeuntes!
pronto acabarán sus ansias,
que la sangre de sus venas

se paraliza y se cuaja
y las fuerzas faltan á ambos
y hasta el aliento les falta!
¡Ay míseros transeuntes!
¡ponéd en Dios la esperanza
y no dirijáis al valle
la moribunda mirada!
— «¡Señor! dicen con voz débil,
somos la única esperanza
de los seres desvalidos
que allá abajo nos aguardan!
No permitas que esos seres
en el desamparo yazcan.» —
Dios que escucha el infortunio,
dos salvadores les manda,
pues luchando con el cierzo
que entre la nieve los lanza,
con el pecho jadeante
y la faz amoratada,
trepan dos guardias civiles
á la fragosa montaña.
¡Si la ventisca los hiela,
la caridad los inflama!
¡Exánimes y ateridos
á los caminantes hallan
y ellos, valientes soldados
que en cien sangrientas batallas
hollaron muertos y heridos
sin derramar una lágrima,
ante aquel triste espectáculo
compasivos las derraman!
A aquellos cuerpos inertes
calor, abrigo les falta,
y del glorioso uniforme
despojándose los guardias,
esponen su propia vida
para conservar la estraña,
nuevos Martines que parten

con Jesucristo la capa!
El viento arrecia, la nieve
sepultarlos amenaza,
cierra la noche y las fieras
en los matorrales braman...
A los pobres caminantes
toman en hombros los guardias
cual tomó el buen caballero,
el de la invencible espada,
el Cid, al divino Lázaro
en la selva solitaria,
y así cargados con ellos,
descienden de la montaña
aquellos sublimes héroes
de la caridad cristiana,
con el cansancio en el cuerpo
y la alegría en el alma,
y al verlos el pueblo grita
desde puertas y ventanas:
— *¡Viva la Guardia civil*
porque es la gloria de España!

IV.

En una pobre vivienda
yace en el lecho postrada
una mujer, tan doliente
del cuerpo como del alma;
al lado del pobre lecho
está pensativo un guardia,
y tres niños, mas hermosos
que tres luceros del alba,
suspiran medio dormidos
en un rincon de la estancia.
— Hijos, es ya media noche,
¿porqué no os vais á la cama?
— ¡Madre, queremos cenar!
— ¿No cenasteis?

— ¡Casi nada!
¡Queremos mas pan!
— Pero, hijos,
¿no veis que no hay mas en casa?
— ¡Pues yo quiero pan!
— ¡Y yo!
— ¡Y yo!
— ¡Jesus, qué matraca!
¡No me rompáis la cabeza!
— Tengamos paciencia, Clara.
Mira que si te incomodas
te vas á poner mas mala.
— ¡Ay Juan! el caso es que tienen
las pobres criaturas harta
razon para pedir pan
y tendrán aun mas mañana!
— ¡Pediré á mis compañeros
para comprar en la plaza
y creo me lo darán,
porque en el cuerpo, á Dios gracias,
las almas buenas abundan
y la caridad no falta.
— ¡Pero hemos cansado tanto!
— Los buenos nunca se cansan.
— ¡Ay! ¡estas enfermedades
son la ruina de las casas!
— Clara, por Dios, no te aflijas,
que no nos faltará nada. —
Y al pobre guardia civil
se le saltaron las lágrimas,
que tambien estaba falto
su corazon de esperanza.
Despues, oyendo las doce
en una iglesia cercana,
se despidió con un beso
de las prendas de su alma
y el servicio de parejas
poco despues comenzaba.

Estaban ocho bandidos
ocultos en unas matas
y á Juan y su compañero
hicieron una descarga,
pero los buenos arrostran
los puñales y las balas
cuando el honor los anima,
cuando el honor se lo manda,
y léjos de intimidarse,
acometieron los guardias
y se trabó la pelea
aunque desigual, porfiada.
Seis bandidos entregaron
allí á Lucifer el alma,
y miéntras su compañero
al sétimo maniataba,
Juan maniataba al octavo
en la arboleda cercana.
— Cien onzas le doy á usted
si consiente que me vaya.
— Aunque me dé usted doscientas.
— ¡Muchas tiene usted en casa!
— Suplico á usted que se calle,
pues me ofenden sus palabras.
— ¿Pero quién ha de saberlo?
— Mi conciencia y eso basta.
¡Ande usted delante! —
Y Juan
se une con su camarada
y escoltando á los bandidos
entran en el pueblo al alba;
circulan de boca en boca
las nuevas de aquella hazaña
y el pueblo viéndose libre
de los bandidos, esclama:
— *¡Viva la Guardia civil*
porque es la gloria de España!

V.

¡Feliz el pueblo que puede
dormir en la confianza
de que hay un ángel custodio
que le cubre con sus alas!
Ya reduzcan á cenizas
los edificios las llamas,
ya la corriente del rio
las poblaciones invada,
ya el infeliz trajinero
se hunda en simas ó barrancas,
ya carezca el caminante
de alimento ó de posada,
ya el puñal del asesino
atente á la vida humana,
siempre la Guardia civil
cual la paloma del arca
en medio del cataclismo
es nuncio de la esperanza,
y por eso en todas partes
bendiciones la acompañan,
por eso Dios la protege
cuando al peligro se lanza,
por eso la canto yo
con el corazon y el alma.

APENDICE.

Hace algunos meses recibí un pliego sellado con las armas reales de España, y le abrí palpitándome el corazon no sé de qué: era de SS. AA. RR. los serenísimos señores Infantes Duques de Montpensier, que me pedian algunos ejemplares de *la última edicion* de EL LIBRO DE LOS CANTARES. La última edicion no existia ya, y solo pude enviar á los augustos príncipes una prueba de mi libro que conservaba, llena de correcciones, para hacer por ella una nueva edicion cuando mis recursos me lo permitiesen. Al dia siguiente SS. AA. me remitieron espontánea y generosamente, con una delicada carta, lo que necesitaba para hacer la presente edicion. La mano de los ilustres príncipes que tantos desdichados besan y bendicen, es la primera que se me ha alargado en mi larga y penosa jornada. Por eso la beso y la bendigo llorando de agradecimiento.

La presente edicion del LIBRO DE LOS CANTARES es la primera que se hace bajo mi direccion y á mi gusto, por mas que sea la cuarta, sin contar las dos ó tres que se han hecho subrepticiamente. Sin quitar á mi libro nada de su primitivo carácter, sencillo y á la buena de Dios, le he reformado notablemente suprimiendo unos cantares porque me parecian malos, añadiendo otros porque me parecian buenos y corrigiendo no pocos de la primera edicion. En lo que he puesto especial cuidado ha sido en dejar mi libro tal, que sin rubor puedo ponerle en manos de un sacerdote, de una jóven ó de una madre honrada. Si en la primera edicion hay algunos cantares indignos de un poeta honrado, cúlpeseme de débil y no de libre: los suscritores á mi libro, publicado por entregas, pedian al editor cantares *picantes* y el editor los pedia al autor. Por mucho respeto que me inspiren los intereses ajenos, no volveré á sacrificar á esos intereses la pureza de mi pluma. Que me llamen hombre honrado, ya que no me llamen hombre de talento.

Confieso ingenuamente que profeso un singular cariño á este libro que me ha proporcionado las mayores satisfacciones de mi vida literaria. Cuando hace seis años di por primera vez á luz EL LIBRO DE LOS CANTARES, me hallaba muy distante de esperar que el público le dispensase

la acogida que le ha dispensado y que estos versos, tan humildes que hasta los niños los entienden, me habian de valer la amistad de muchos hombres ilustres que han venido á estrechar mi mano en el oscuro rincon donde vivo con mis tristezas ó mis alegrías.

Hace algunos meses un periódico literario, despues de prodigar á este libro elogios que no merece, me dirigió una acusacion que ya se me habia dirigido en otras ocasiones aunque no en términos tan esplícitos: me acusó de *holgazan* porque no enriquecia (estas fueron sus palabras que aun me parecen una burla) la literatura nacional con un LIBRO DE LOS CANTARES cada año. Por mas que un sentimiento benévolo haya dictado esta acusacion, necesito rechazarla porque, como saben muy bien los que me conocen personalmente, quizá ninguna mas injusta se me pudiera dirigir. Mi vida (y este es el único arranque de orgullo que cabe en mí) ha sido un modelo de laboriosidad. Niño aun, me dijeron mis padres: — «Vé á ganar honradamente tu subsistencia y no olvides que somos muy pobres los que aquí quedamos.» No sé si he cumplido en todas sus partes este mandato, pero sí que solo bendiciones han partido de mi aldea para buscarme en mi destierro. El que me acusa de *holgazan* sin duda no sabe esto; sin duda ignora que el autor del LIBRO DE LOS CANTARES no ha frecuentado mas universidades que la de su aldea, donde solo se aprende á leer y escribir y la doctrina cristiana; sin duda no sabe cuán injusto es calificar de *holgazan* á aquel á quien por espacio de diez años, despues de un dia de constante y ruda fatiga, se ha dicho todas las noches: «duerme y descansa para trabajar mañana» y en vez de dormir y descansar, ha velado y estudiado para aprender lo poco que sabe, falto de libros y temiendo cada instante que se adivinasen sus vigilias. El autor del LIBRO DE LOS CANTARES «enriqueceria» (Dios perdone sus burlas al periodista) la literatura nacional, no con un libro sino con dos libros como este al año, se sepultaria en los pacíficos valles donde nació y allí con el alma tranquila y el corazon siempre jóven, cantaria cuanto digno de cantarse hay en la historia y en las costumbres de su patria, si en España el que escribe al año dos libros como este pudiera contar para su subsistencia y la de su familia con la modesta retribucion que obtiene el que pasa la vida copiando minutas en una secretaría de Estado, ó manejando la garlopa en un taller de ebanista; pero no sucede así y el poeta ántes que á la poesía se debe á su familia, ántes que poeta debe ser hombre honrado, por mas que para merecer este último nombre tenga que sacrificar sus esperanzas, sus sueños de gloria, su vida.

1.

(Pág. 5.)

Oh Vírgen de la Almudena
que desde tu antiguo adarve
presides siglo tras siglo,
las fiestas del Manzanares!

Como en este libro se alude mas de una vez á la santa patrona de Madrid, invocada en la anterior estrofa, es oportuna y hasta indispensable

esta nota. En un antiguo muro situado en la cuesta de la Vega, se venera una imágen de piedra de la Vírgen de la Almudena. La tradicion dice que la imágen que se conserva en la parroquia inmediata, y de la que es copia la que existe en el muro, fué hallada en un cubo de la muralla adyacente al *Almodin* ó Alhóndiga de los moros, donde la ocultaron los cristianos al tiempo de la invasion y donde permaneció durante trescientos setenta y tres años, tiempo que al parecer duró en nuestra villa la dominacion sarracena. La tradicion añade que al hallarse la santa imágen, ardia aun la lámpara que al ocultarla habian encendido los fieles cerca de cuatro siglos ántes. Desde el muro donde está la imágen, se descubre un hermoso paisaje que ofrece en primer término las amenas riberas del Manzanares, desde la Vírgen del Puerto á la puerta de Hierro, y en último los altos puertos de Guadarrama, casi siempre coronados de nieve.

2.

(Pág. 7.)

Un soldado me dió un ramo,
yo le recibí con pena,
que de mano del soldado
nunca vino cosa buena.

Lo único que debo advertir acerca de esta composicion es que los versos

Una corona de flores
ofrezco á la Magdalena,

(Pág. 9.)

aluden á la creencia popular de que la Magdalena, pecadora de amor y despues arrepentida y bienaventurada, guia á los enamorados.

3.

(Pág. 14.)

Pues sabéd que en la villa
cuentan que un voto
hizo al Santo bendito
si hallaba novio,
y desde entónces
va un mancebo á su reja
muerto de amores.

Estos versos y otros que se encontrarán mas adelante aluden tambien á una creencia popular. Las muchachas de nuestro país y particularmente las hijas del pueblo, como ahora se dice en mal castellano y peor frances, creen que el bendito san Antonio proporciona novio á las que de corazon se le piden. No sé en qué se funda esta creencia, pero sí que está muy generalizada y que ya existia en el siglo XVII. — Las lomas de Sumas aguas limitan el horizonte por el poniente de Madrid.

4.

(Pág. 15.)

Desde mi balcon te veo,
cara á cara y frente á frente,
y no te puedo decir
lo que mi corazon siente.

5.

(Pág. 18.)

Tus ojos, morena,
me encantan á mí,
y nada me importa
la Guardia civil.

Puede asegurarse que no fué un amor puro y elevado el que inspiró esta copla, porque la benéfica Guardia civil, encargada muchas veces de alejar de las grandes poblaciones esas desventuradas mujeres que han perdido para siempre la esperanza de alcanzar las santas satisfacciones de la buena esposa y de la buena madre, no persigue los amores puros y elevados.

6.

(Pág. 20.)

Tienes ojos azules,
ojos de gloria,
y los mios te piden
misericordia.

7.

(Pág. 25.)

No te fies de los hombres
aunque digan bien te quiero,
que en volviendo las espaldas
si te he visto no me acuerdo.

8.

(Pág. 29.)

A la orilla del arroyo
vi una pastorcica bella
lavándose las sus manos,
peinándose las sus trenzas.

9.

(Pág. 33.)

Fueron mis esperanzas
flores de almendro
que nacieron temprano,
se helaron presto.

El asunto de esta composicion es histórico. Espronceda ha dicho

que no se mueren de amor
las mujeres hoy en dia;

pero yo creo que hoy en dia se mueren de amor las mujeres y los hombres. No se crea por esto que tomo en sentido absoluto la afirmacion del autor del *Diablo mundo*, á quien agraviaria suponiéndole tan poco conocedor del corazon humano.

11.

(Pág. 40.)

Salga el sol si ha de salir
y sino que nunca salga,
que para alumbrarme á mí
la luz de tus ojos basta.

12.

(Pág. 42.)

Dicen que el águila real
pasa volando los mares ...
¡Ay quién pudiera volar
como las águilas reales!

Inútil es advertir que en el verso

«como Isabel á Marcilla»

(Pág. 45.)

se alude á los amantes de Teruel, que, como dice nuestro buen pueblo, en vida y en muerte se quisieron bien.

13.

(Pág. 45.)

Tengo la salsa compuesta
y me falta el perejil:
dámele, perejilera,
que te le vengo á pedir.

Este cantarcillo fué deliciosamente puesto en música por el jóven compositor D. Manuel Fernandez Caballero. Publicado con la música en

un número-prospecto del periódico *La Ilustracion* que dirigia mi buen amigo el Sr. D. Angel Fernandez de los Rios, circuló con profusion y alcanzó la popularidad que merecia la música. Si este libro tuviera la dicha de sobrevivirme, que no la tendrá, quiero que me sobreviva la memoria de la íntima y tierna amistad que me une con los pocos literatos ó artistas que se nombran en él. Por eso en su lugar respectivo quiero dedicarles algunas líneas.

D. Manuel Fernandez Caballero si vale mucho por su talento y su amor al arte, vale aun mucho mas por la bondad de su corazon. Nacido en Murcia el año de 1835, comenzó allí su educacion musical bajo la direccion del inteligente y bondadoso profesor D. Julian Gil. A la edad de trece años compuso piezas que revelaban felicísimas disposiciones, y á la de diez y seis un oficio de difuntos que no desdeñarian maestros muy afamados. En 1850 vino á Madrid y continuó con mucho fruto sus estudios bajo la direccion del Sr. Soriano Fuertes, padre del que acaba de dar á luz en Barcelona una notable *Historia de la música española*, que es ya conocida en toda Europa, y debiera valer á su autor una recompensa nacional. Luego pasó á perfeccionar sus estudios con el Sr. Eslava. A los 18 tomó parte en las oposiciones á una plaza de maestro de capilla de la Catedral de la Habana, y fué calificado en primer lugar, si bien por falta de edad no llegó á tomar posesion de la plaza. Despues compuso varias misas y cantos religiosos que aun resuenan con frecuencia en nuestros templos. Dedicado por último á las composiciones teatrales miéntras continuaba estudiando en el Conservatorio donde en los últimos exámenes obtuvo el primer premio en la clase de composicion ideal, es autor de la música de varias zarzuelas representadas en Madrid en el teatro destinado esclusivamente á este espectáculo. En esta clase de trabajos habia sido poco feliz Fernandez Caballero hasta hace pocos meses, no sé si por la poca bondad de la letra, por la mala ejecucion de las obras ó por su poco conocimiento del teatro, que no puede suplir un gran talento; pero hace poco tiempo fué llamado á la escena al son de grandes aplausos, al terminar el estreno de dos zarzuelas tituladas una *Juan Lanas* y la otra *La Jardinera*, escritas ambas por el Sr. Camprodon y puestas en música por él. En Fernandez Caballero fundan grandes esperanzas los amantes del arte musical.

14.

(Pág. 47.)

Ojos que te vieron i
por esos mares afuera,
¡cuándo te verán venir
para alivio de mis penas!

15.

(Pág. 48.)

Si te cansa la sierra,
serrana hermosa,

deja tu serranía,
vente á mi choza.

16.

(Pág. 50.)

No vayas solita al campo
cuando sople el aire recio,
porque las niñas son flores
que hasta las deshoja el viento.

17.

(Pág. 51.)

Es casi inútil decir que este cantar es una imitacion de una de las mejores letrillas de Inarco Celenio, ó lo que es lo mismo, de D. Leandro Fernandez de Moratin, á quien el autor del LIBRO DE LOS CANTARES tiene gran aficion.

18.

(Pág. 56.)

Dáme la basquiña madre,
porque el tamboril aprisa
tan-taran-tan-tan, resuena,
resuena en la romería.

Hace tiempo que tengo el proyecto de escribir un libro dedicado á cantar las patriarcales costumbres, la historia y las bellezas naturales del país vascongado donde tuve la gloria de nacer. Que Dios me permita realizar este proyecto! No le he realizado aun porque ántes necesito refrescar mi corazon en aquellas queridas montañas, palpitar de alegría en el valle natal, llorar sobre la sepultura de mi madre, y rezar en la iglesia donde recibí el agua del bautismo. — *La Romería* es uno de los bocetos que tengo trazados para aquella coleccion de cuadros. Las palabras vascongadas *aurrescu* y *arin-arin* son títulos de bailes muy populares en mi país: la primera quiere decir *adelante la mano*, y la segunda *aprisa, aprisa.*

19.

(Pág. 63.)

Mi padre me da de palos
porque quiero á un granadero
y al son de los palos digo
viva la gorra de pelo.

20.

(Pág. 69.)

Puse en verso el diálogo que constituye la primera parte de este cantar pocas horas despues de haberle oido en Móstoles, pueblo cercano á

Madrid y tan célebre por sus órganos (que eran unos cañones por medio de los cuales pasaba el vino de una bodega á una taberna á donde iban á remojar la palabra los dias festivos muchas gentes de Madrid), como simpático para mí por la bondad de sus habitantes.

21.

(Pag. 74.)

Dicen que tú no me quieres,
no me da pena maldita,
que la mancha de la mora
con otra verde se quita.

22.

(Pag. 81.)

Canta, mi vida, canta,
canta y no llores,
que cantando se alegran
los corazones.

D. Antonio Arnao pasa con razon por uno de los jóvenes que mas dignamente cultivan las bellas letras en nuestro país. Nacido en Murcia hácia el año de 1830, se educó en el colegio de San Fulgencio de aquella cuidad donde tambien recibieron su educacion Fernandez Caballero, Selgas, Gisbert, Albacete, Marin Baldo, Boronat, Folgado, los hermanos Hernandez Amores y otros jóvenes que en el dia honran ya las letras, las ciencias ó las artes. Apénas entrado en la adolescencia, demostró ya su aptitud para la poesía con varias composiciones que vieron la luz pública en los periódicos de la corte. Vino á Madrid algunos años despues á seguir la carrera de jurisprudencia y en 1851 publicó con el título de *Himnos y quejas* una bella coleccion de poesías. En 1854 publicó una novela titulada *Primavera de la vida* y desde entónces acá ha escrito numerosos cantos, en su mayor parte religiosos, y artículos de mucho mérito. Las últimas obras que ha dado á luz son dos tomos de poesías, uno de ellos con el título de *Melancolías*, y el otro con el de *Ecos del Táder*. Arnao es un escelente poeta religioso: los versos de Arnao, decia otro poeta murciano, están vestidos de ángel, y decia muy bien. Le quiero por su talento, pero le quiero aun mas por su bondad: Arnao es religioso, delicado y bueno como deben ser los poetas.

23.

(Pág. 87.)

Lo manda así la ordenanza
y es preciso obedecer,
el que no es para casado
que no engañe á su mujer.

25.

(Pág. 91.)

Cada vez que paso y miro
la casa donde vivió,
con la jaula me divierto,
que el pájaro ya voló.

26.

(Pág. 95.)

Para alcarrazas Chiclana,
para trigo Trebugena,
y para chicas bonitas
Sanlúcar de Barrameda.

En la primera edicion del LIBRO DE LOS CANTARES, hecha en 1852, dije: — «En tiempo del rey-poeta Felipe IV, habia un ventorrillo, llamado de Manuela, donde ahora se llama Campillo del mismo nombre, sin duda por aquella circunstancia. Como entónces no habia cafés ultramarinos, se reunian los señores poetas en aquel *café manchego*. Sin esta advertencia no comprenderian algunos lectores el sentido de los primeros versos de esta composicion. Los poetas á quienes está dedicada, son poco conocidos en el dia, pero lo serán mucho ántes de un año: ántes de un año figurarán, particularmente uno de ellos, entre nuestros primeros poetas dramáticos.» — Esto dije á mediados de 1852, y á principio de 1853 se representó el drama *Verdades amargas*, que colocó á su autor el Sr. Eguilaz entre nuestros primeros poetas dramáticos. Véase si me equivoqué. *Verdades amargas*, *Alarcon*, *Las prohibiciones*, *Una broma de Quevedo*, *El caballero del milagro*, *Una aventura de Tirso*, *La vergonzosa en palacio*, *Una Virgen de Murillo*, *La vida de Juan soldado*, *La vaquera de la Finojosa*, *La llave de oro*, *Cuando ahorcaron á Quevedo*, *Grazalema* y *El patriarca del Turia*, son las obras que hasta el dia ha dado á la escena el jóven poeta.

Eguilaz nació en Sanlúcar de Barrameda hácia el año de 1833, aunque es oriundo del país vascongado, como lo demuestra su apellido, formado de las palabras *egui* (verdad) y *latz* (áspera), que pueden traducirse por *verdad amarga*, aproximadamente el título de su primera obra dramática. Eguilaz debió sus primeros conocimientos literarios al Sr. D. Juan Capitan, que Dios haya coronado de gloria. Su delicada salud y grandes infortunios domésticos han impreso en su alma un sello de tristeza que algunos traducen malamente por orgullo. Eguilaz es bueno en el sentido mas lato y mas honroso de esta calificacion. Luque, su inseparable y leal amigo, posee grandes conocimientos literarios y tiene mucho talento; pero, desconfiado de sus fuerzas y un poco indolente, condena á la oscuridad las pocas obras dramáticas que ha escrito, y solo ha dado á luz algunos artículos y poesías y una bellísima novela que lleva el título de

La dama del Conde duque. Nació en Jerez de la Frontera, viene á tener la misma edad que Eguilaz y asimismo tuvo por maestro al sabio literato D. Juan Capitan.

27.

(Pág. 102.)

La vida de Juan soldado
es muy larga de contar.
Que tender tender,
que lavar lavar,
que tender la ropa
en el retamar.

En la primera edicion de este libro dije á propósito de *La vida de Juan soldado:*

«Este romance se escribió, como todos los mios, sin ánimo de ofender á nadie; pero ha ofendido á algunos en alto grado y ha dado motivo á que se me dirijan anónimos llenos de insultos y amenazas. Quiero defenderme y satisfacer á los quejosos. Reconozco en la nacion francesa un pueblo ilustrado, pundonoroso y humano; pero, no obstante, los españoles en 1814 debian pensar de otro modo, y si en su boca hubiera yo puesto palabras diferentes de las que he puesto, hubiera faltado á la verdad y *La vida de Juan soldado* no seria un cuadro histórico. Abrase la historia y dígaseme si el pueblo que presenció las traiciones de Pamplona y Barcelona, las sacrílegas violaciones de Rioseco y el cruento sacrificio del *Dos de mayo* podia pensar y hablar de otra manera que pensaban y hablaban Juan soldado y sus oyentes. Por mi parte confieso que me inspiran profunda simpatía los franceses, pero me indigno y para escribir quisiera hiel en lugar de tinta, cuando oigo contar á nuestros padres las iniquidades que los soldados de Napoleon cometieron en España. Precisamente cuando me ocupaba en escribir *La vida de Juan soldado* vi anunciada en los periódicos franceses la venta pública de 117 cuadros pertenecientes á la galería del mariscal Soult y robados por este, durante la guerra de la Independencia, á nuestros templos y museos.

El parte del alcalde de Móstoles es histórico. No he visto el original, pero se asegura que decia al pié de la letra: — «Madrid es víctima de la perfidia francesa.»

29.

(Pág. 124.)

En este libro no cabia la apoteósis del amor sensual para cuya personificacion venia de perilla la mujer de tez morena y ojos negros. La mujer de tez blanca y ojos azules personifica en mi concepto el amor espiritual que es el que yo cantaré siempre. Por eso he dado la preferencia á este tipo.

30.

(Pág. 126.)

Mira que te mira Dios,
mira que te está mirando,
mira que te has de morir,
mira que no sabes cuándo.

Esta copla popular se atribuye á San Francisco de Sales.

32.

(Pág. 133.)

Este cantar se insertó en una corona poética ofrecida á S. M. la reina con motivo del feliz natalicio de S. A. la princesa de Asturias. Los versos

que ya le dió las primicias
de su maternal regazo,

(pág. 134.)

aluden al primer alumbramiento de la reina Isabel, ménos feliz que el segundo, pues S. M. vió morir, á poco de darle á luz, el primer fruto de sus entrañas.

33.

(Pág. 135.)

Esta es otra de las composiciones que deben tener cabida en el libro consagrado esclusivamente á mi país. La esclamacion

San Juan! San Pedro!
San Pelayo en medio!

con que saludan la Sanjuanada en las Encartaciones de Vizcaya, se reemplaza con otras mas significativas en varias comarcas del país vascongado. Hácia Guernica, por ejemplo, se dice que San Juan madura los trigos y chamusca las brujas.

36.

(Pág. 148.)

Ya cantan los pajaritos,
ya viene la primavera,
ya os podéis alegrar,
muchachas de la ribera.

37.

(Pág. 151.)

Ni el Padre Santo de Roma
hiciera lo que yo he hecho,
pasar contigo una noche
y no tocarte en el cuerpo.

He querido unir una idea casta y altamente moral á esta copla que puede calificarse de brutal si se atiende solo á su forma.

38.

(Pág. 155.)

Llorád, llorád, ojos mios,
llorád si tenéis porqué,
que no es delito en un hombre
llorar por una mujer.

39.

(Pág. 160.)

Nada me aflige y tengo
melancolía:
yo no sé en qué consiste
la pena mia.

El Cárlos á quien se nombra en este cantar es D. Cárlos de Pravia. Nació en el Real sitio de San Ildefonso hácia el año de 1832. Adquirió sus conocimientos literatos en Madrid. Se dió á conocer al público con varios artículos de costumbres escritos con mucha facilidad y gracia. En 1851 compuso, con mi colaboracion, una coleccion de fábulas que están declaradas de testo para las escuelas. Hácia la misma época y poco despues escribió un tomo de leyendas morales que piensa publicar con el título de *Al amor de la lumbre*. En 1853 dió á luz una novela que lleva el nombre de *Engaños y desengaños* y que ha sido traducida al portugues. Desde 1854 acá ha escrito y publicado numerosos artículos y novelas de cortas dimensiones. Su obra mas notable es *La duquesa de Montpensier*, novela histórica de mucho mérito que se ha publicado en un tomo y en el folletin del *Leon Español*, periódico que cuenta entre sus redactores á Pravia y en donde este ha publicado anteriormente *Los corazones de oro* y *El venado blanco*, que han merecido la honra de ser traducidos, la primera al portugues y al frances la segunda. Los trabajos que mas han ocupado y aun ocupan á Pravia son los del periodismo, para los cuales tiene una habilidad y un talento poco comunes, de lo que pueden dar fe *El Mensajero* y *El Amigo del pueblo*, donde tambien ha escrito. Pravia es muy querido de cuantos le tratan, por su carácter bondadoso y sus virtudes domésticas.

40.

(Pág. 163.)

Aunque andes por el mundo
dando mil vueltas,
imposible es que encuentres
quien mas te quiera.

41.

(Pág. 166.)

Preso en la cárcel estóy
y no me vienes á ver;
digo que no tienes alma
ni corazon de mujer.

Aprovecho esta ocasion para consignar en este libro un nombre oscuro que hubiera sido ilustre á no haber desaparecido tan pronto del libro de los vivos. El cantar á que corresponde esta nota fué el primero que compuse de la presente coleccion. Un jóven murciano, que aunque jóven era ya un sabio, tuvo ocasion de leerle y me animó á continuar mi obra. Aun no estaba concluida cuando la muerte arrebató á Noriega que diariamente estimulaba mis trabajos con su benevolencia, y á veces con sus lágrimas, pues siempre las habia en sus ojos cuando se hablaba de cosas puras y buenas.

42.

(Pág. 172.)

A la mar van á parar,
María, todos los rios
y allí se irán á juntar
tus amores y los mios.

43.

(Pág. 175.)

Es María mas hermosa
que el oro y la plata fina
y que el agua cristalina
que corre de losa en losa.

Esta copla, que es de las mas populares, es en mi concepto demasiado culta para que haya sido compuesta por ese gran poeta que se llama Pueblo.

44.

(Pág. 178.)

No son todos cazadores
los que por el monte van:
unos cazan las perdices
y otros las hijas de Adan.

D. Juan de Tasis, conde de Villamediana, aquel hijo tan desgraciado de los condes de Oñate, como dice Pellicer, fué asesinado una noche cerca de su casa, en la calle Mayor, sin que se sepa de fijo por quién ni porqué, aun que se supuso que habia sido muerto por órden del rey

Felipe IV, indignado de que el conde hubiera osado poner sus ojos en la reina Isabel de Borbon. En este suceso está basado el cantar á que corresponde esta nota, aunque en sus pormenores se aparta algo de la tradicion, lo que se me perdonará en gracia del buen lugar en que he colocado al desventurado conde, á la reina y al rey. Es muy general la opinion de que la reina Isabel amaba al conde de Villamediana y de que este murió *á impulso soberano*, como dicen unos versos de aquella época. Mas aun en el Retiro hay un cipres solitario al que va unida una dolorosa tradicion que ha aprovechado Barrantes para una linda balada. Dícese que aquel cipres existia en tiempo del rey-poeta, y que á su pié lloraba Isabel de Borbon la muerte y el amor del conde de Villamediana.

A últimos del signo XVII, y aun en la primera mitad del de XVIII, habia en el pueblo de Madrid una bellísima creencia, que tengo noticia por una anciana del barrio de Lavapiés. Las muchachas que perdian el amor de su novio iban la mañana de San Juan á sentarse al pié de un árbol que habia en el Buen Retiro: la que lloraba, recobraba el amor que habia perdido; la que no lloraba, debia renunciar la esperanza de recobrarle. Tal vez el árbol á que se refiere esta tradicion sea el cipres que se supone regado con las lágrimas de la reina Isabel. Pero volviendo á la muerte del conde de Villamediana, yo creo, á pesar de todo lo que se ha dicho y escrito, que ni la reina tuvo amores con él, ni el rey tuvo parte en su muerte. D. Juan de Tasis tenia muchos enemigos debidos á su procacidad, de la que son triste ejemplo las sátiras con que insultó de la manera mas indigna de un caballero á las comediantas María de Córdoba (Amarilis) y Josefa Vaca, en venganza, segun se cree, de que hubiesen desdeñado sus galanterías. Es, pues, mas verosímil que á estas enemistades debiese su trágico fin aquel hijo tan desgraciado de los condes de Oñate.

47.

(Pág. 191.)

El tiempo y el desengaño
son dos amigos leales
que despiertan al que duerme
y enseñan al que no sabe.

49.

(Pág. 206.)

A la sombra de una encina
duerme un mancebo la siesta:
no turbéis su dulce sueño,
pájaros de la arboleda.

Este cantar se dirige á D. Hipólito Perez Varela, poeta casi niño, á quien el viento de la desventura arrebató al nuevo mundo, á donde mi memoria y mi cariño le han seguido.

51.

(Pág. 214.)

¿Cómo quieres que una luz
alumbre dos aposentos?
¿Cómo quieres que yo adore
dos corazones á un tiempo?

52.

(Pág. 217.)

Dicen que tú no me quieres
aunque doblones me sobran:
los doblones son doblones,
aquí y en Constantinopla.

53.

(Pág. 219.)

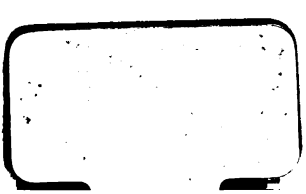
D. Pedro Antonio de Alarcon nació hácia el año de 1832, me parece que en Guadix. Es uno de los jóvenes de mas talento y de mas corazon que cultivan hoy la literatura española. La poesía le debe cantos ricos de ternura y elevacion, y la novela obras llenas de originalidad y sentimiento, entre las cuales merecen especial mencion el *Final de Norma* y *Los seis velos;* pero lo que le ha dado la envidiable reputacion literaria que ya goza, son sus artículos críticos y de costumbres. Entre estos últimos hay uno titulado: *La noche buena*, que será siempre la delicia de los qué tengan gusto y corazon. Ultimamente ha escrito con el título de *El Hijo pródigo*, un drama que á pesar de su forma descuidada, encierra grandes bellezas morales y literarias. Alarcon nunca escribe con los ojos enjutos: este es su mayor elogio.

54.

(Pág. 226.)

Yo no temo á los ladrones
si civiles me acompañan
Viva la Guardia civil
porque es la gloria de España.

Es poco ménos que inútil el cantar que he dedicado á la Guardia civil, cuando no hay en España un corazon honrado que no la bendiga, que allá en su fondo no eleve un himno entusiasta y agradecido á tan benéfica institucion, orgullo del reinado de doña Isabel II y noble título de gloria del señor duque de Ahumada, que desde su creacion la ha dirigido, sin mas intervalo que el de dos años, durante los cuales le sustituyó dignísimamente el general D. Facundo Infante. — La crónica de la Guardia civil cuenta ya mil hechos tan admirables y honrosos como los dos que yo he cantado.

Un diario monárquico-religioso de Barcelona *(La España católica)* ha censurado el título del LIBRO DE LOS CANTARES al hacerse cargo de un artículo que el eminente crítico catalan D. Juan Mañé y Flaquer ha dedicado al análisis de mi obra: el diario barcelones dice que á muchas personas ha oido quejarse de que á mi libro se haya puesto un título que recuerda un libro sagrado. Yo solo conozco un libro sagrado que se titula *Cántico de los cánticos*. Es verdad que por antonomasia suele llamársele libro de los cantares ó de los cánticos, pero tambien lo es que por antonomasia suele llamarse Escritura á la Biblia y á nadie le ha ocurrido quejarse de que los escribanos den el mismo nombre al acta ó instrumento público denominado Escritura.

Leipzig. — En la imprenta de F. A. Brockhaus.